SELECCION DE PROSAS



MINISTERIO DE CULTURA

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COMISION EDITORA

DR. FEDERICO GARCÍA CAPURRO
Ministro de Cultura

JUAN E. PIVEL DEVOTO
Director del Museo Histórico Nacional

DIONISIO TRILLO PAYS
Director de la Biblioteca Nacional

JUAN C. GÓMEZ ALZOLA
Director del Archivo General de la Nación

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol. 127

PEDRO LEANDRO IPUCHE

SELECCION DE PROSAS

Tomo I

Cuidado del texto a cargo del
DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

PEDRO LEANDRO IPUCHE

SELECCION DE PROSAS

Prólogo de
DOMINGO LUIS BORDOLI

TOMO I

MONTEVIDEO
1968

PROLOGO

Hay algo de único tanto en la poesía como en la prosa de don Pedro Leandro. Algo nada raro pero único y verdadero. Si ponéis una serie de cajones o casilleros por el camino de un niño es casi seguro que empezará a puntapiés con todos ellos. Los amontonará, luego, y se subirá encima como a un trono. A poco tendrá también la ocurrencia de meterse dentro de uno solo de esos cajones y quedarse un minuto tan tieso allí, como una gallina que pone un huevo.

De esta manera es la prosa de Ipuche. Es y no es: crónica, historia, memorias, fábula, cuento, autobiografía, crítica, estampa, entretenimientos, relato de viaje, artículo, ensayo. Con la añadidura de que su prosa no es prosa, o al menos su autor no la reconoce como tal. A sus 70 años, luego de haber recordado su producción en verso reflexiona en *Hombres y Nombres* de este modo: "No he dejado, por esto, de hacer prosa. *Fernanda Soto, Isla Patrulla, El Yesquero del Fantasma* y los *Cuentos del Fantasma*, son libros de lo que se acostumbra llamar prosa".

"Yo, profundamente no creo en la prosa. Creo, con exclusividad, en la poesía."

"La prosa que no alcanza vibración poética, no existe."

"La poesía es quien confiere categoría y permanencia."

"La buena prosa suele ser más poesía que los versos."

Aun mucho antes, cinco lustros más o menos, hablándole a sus treintaitresinos sobre *Isla Patrulla,* decía: "Declaro que no soy novelista ni podría serlo".

"No poseo esa paciencia del escritor artesano que, bajo el rigor constante de un plan vasto, acumula antecedentes, madura personajes y describe con interés y entretenimiento."

"Admirable familia de la que hay acabados modelos."

"A mí me gusta la narración interior vivaz, es decir, el *hecho atravesado.* Contar las cosas con propiedad entrañada." *(El Yesquero del Fantasma.)*

Aunque alcanzan estos testimonios propios agregaremos el de Sabat Ercasty porque adiciona un matiz particular: "Su prosa casi no lo es. Tiene la emanación de una cosa conversada, llena de nervio y de firme dinamismo interior. Sus narraciones son historia novelada, crónica que se exalta en la memoria del aeda; de ahí, su sabor de rapsodia".

Acá se ha dado con la calificación exacta. Sobre todo en las dos primeras obras, y más que nada en la segunda, *Isla Patrulla,* el lector experimenta, en efecto, un "sabor de rapsodia". Encantadora y sombría *Isla Patrulla,* nos sobrecoge con el peso de la vida misma: cuchillito trapero de la fatalidad clavado en una vista donde el campo se había hecho plétora. Cuando terminamos su lectura se nos vino a la mente, de súbito, *Crónica de Muniz,* con mayor músculo y menor encanto, pero de análoga respiración trágica inolvidable.

Continuando ahora con la alegoría del niño y los cajones, debemos decir que cuando Ipuche prefiere mantenerse dentro de la casilla de un género, realiza,

por ejemplo, cuentos impecables, con hechos y personajes insólitos pero verdaderos. Así podrá comprobarlo el lector leyendo "Arturo Santana", "La Yaguaretesa", "Tata Roque", "Severiano" "Goyo Mentira", "La ovejita monja", por citar sólo ejemplos indudables. Y como veremos, se repite este caso en géneros como la biografía, la crítica literaria, la crónica, el ensayo y el relato de viaje.

1. El Niño

Don Carlos Sabat Ercasty ve en Ipuche al mismo tiempo, a un vasco, a un gaucho y a un indio. Y si esto es verdad cabe agregar aún un cuarto personaje: el niño.

Sin necesidad de recordar sus libros de versos, desde su primera obra en prosa *Fernanda Soto* vemos aparecer no sólo el mundo recordado de la infancia; se es la infancia. Y todo un saber de hombre y una industria de artista se han puesto a su servicio para rescatar la maravilla que veían los ojos del niño de entonces. "¡La vieja sorda! Juré que no habría de morir, desde entonces me puse a soñarla. A despertarla con mi niñez".

Para quien ha sido eterno amador de lo fusionante, para quien no puede respirar más que en la diafanidad, y ha identificado el pensar con un estado mudo de asombro ante el cosmos; para quien ama las cosas hasta querer ser ellas mismas, y vivir es un grito de júbilo porque vivir es ¡vivir!, la edad del embeleso, productora incesante del gozo y, en cada instante, llena, y a desbordar, tenía que ser ineluctablemente el alma y el cuerpo de toda esta obra.

Nosotros hemos advertido que casi siempre, cuando

por imposición del tema, Ipuche se ve obligado a contar algo donde el hombre huele mal, casi ní quiere contarlo. Va sobre ascuas. Lo da por contado. Mira sólo con el rabillo del ojo, y se asusta. Le importa muy poco que la obra flaquee en ese instante. Es que no puede sentirse a sí mismo delante de una porquería. No puede ser él. Clarísima prueba de que estamos delante de un diáfano niño firmamental.

Hay, sin embargo, seres que no puede olvidar. Y que, estamos seguros, deben molestar hasta ahora su sueño. Son los poseídos por un horror esquiliano, por una satánica atracción del abismo: la bruja ciega Bruna Méndez, por ejemplo. También aparecen con mucha frecuencia los matreros en los relatos de Ipuche. Pero aunque sus crímenes son feroces hay un coraje en ellos que no podemos menos de admirar. Y aunque sea por este único rasgo los sentimos y queremos nuestros.

He aquí las frases que ha confiado Ipuche a sus amigos del pago:

"No me importa. Seguiré siendo el niño de siempre."

"Ya lo he dicho y cantado. El niño debe crecer indefinidamente. No hay nada más triste y mortal que un hombre con minúscula."

"Los que atesoran curiosidad trascendente y sutil sentido, han conservado al niño."

"Dije en cierta ocasión una frase en broma que hoy la creo de veras."

"A mí me cuida el ángel de la Guarda, porque nunca he dejado de ser niño."

Esta adhesión a la infancia es tan total que Ipuche parece no querer hacer una selección de recuerdos.

Todos parecen interesarle, hasta los nimios: una escena familiar piscatoria, por ejemplo; una picazón de bichos colorados, la caída sin consecuencia desde un petizo de baqueteo. El acento de verdad que poseen es innegable, pero orientan malamente hacia escenas capitales en las que, por ellas sí, la narración se justifica. "Francamente, mi sensibilidad se presta a toda suerte de infantilismos", confiesa en *Chongo*.

Queda sin embargo el acento, el sabor de lo que ha sido verdaderamente vivido. Puede extrañarse el lector de la frecuencia con que aparecen en la obra de Ipuche sus seres familiares: abuelos, padres, tíos, hermanos, particularmente la hermana Juanita. Con todo, ni de su obra en verso, ni de su prosa, surge el intento de componer una autobiografía. Esos seres familiares y él mismo están como marcos de la narración, o testigos. Infunden cordialidad, contento, lirismo.

2. Los Romances

De todo lo que ha escrito Ipuche en prosa: *Fernanda Soto*, *Isla Patrulla*, seis de los *Cuentos del Fantasma* y la *Quebrada de los Cuervos* constituyen, para nosotros, el núcleo más sólido, más poético y musculoso.

Las dos primeras obras consiguen un efecto que se parece al de un golpe. El lector queda perplejo ante ese relámpago de la verdad, hallada en la vida, no en los libros El estilo, en ambas, es el de un poeta. Pero el de un poeta que cuenta; y no que canta recurrente, circulatoriamente en la impresión. Aquí, la efusión es al mismo tiempo narración. Por ejemplo:

Un sabiá casero andaba siempre, detrás de la madre, dando saltitos. "Cuando mamá cosía, ese chiche

vivo del caserón, jugaba como un niño, en el sube y baja del pedal, dando píos de regocijo."

Las imágenes comparativas asaltan la descripción, pero la refuerzan y singularizan. Así este rostro de Fernanda Soto: "Embalada su cabecita en un pañuelo vernáculo, salía su cara como una cáscara. Cara mantecosa, no arrugada, sino vuelta trocitos y patas abiertas de insectos, con ojos mojados de agua final. La nariz blanda y grande, y una boca sumida, pelada y aceza". Advirtamos la audacia: ¿cuántas veces hemos oído decir nosotros "boca pelada"? Y sin embargo el adjetivo es exacto, fuerte, castellanísimo.

Veamos ahora un rasgo de humor. Hay en la plaza del pueblo un esperpentoso monumento a Lavalleja. Y el autor categoriza así: "Ni que decirlo, las charreteras del general eran dos nidos de horneros".

Estos ejemplos no deben hacer suponer al lector que Ipuche escribe con una "voluntad de estilo". Cuando esto ocurre, la vestimenta de un escrito se percibe como encorsetada y no suelta. En Ipuche las palabras salen como halladas y no buscadas. Veámoslo con este ejemplo: "En la punta de abajo había una tuna muy visitada por nosotros cuando se pezonaba de higos maduros, como una diosa india, y cruelmente desvalijada por los blanqueadores que le arrancaban sus paletas para ponerlas en las latas de cal y agua". Ningún estilista refinado ha de aceptar el comienzo y la terminación de esta frase. Habrá sí de escoger la hermosa imagen central. Ipuche lo ha dado todo en una ráfaga de "cosa vista", con un contorneo de vida circunstancial sobre la planta. Y nos parece mejor.

Fernanda Soto es una breve obra que se ilumina toda cuando ya en la última página los ojos del lector

ruedan sobre una sola frase. Esa frase salta como una brusca fulguración que opera hacia atrás y os ilumina de cabo a rabo toda la obra. Se queda ésta, entonces, absolutamente misteriosa. No creemos exagerar si decimos que, por un momento, permanecemos como atontados ante la pasmosa reflexión general sobre la existencia a la que, conminatoriamente, nos ha empujado aquella frase. Es un efecto de estupor espléndido.

Isla Patrulla pone en circulación un más trágico soplo. Es una obra a la que el lector tiene siempre deseos de volver. No sólo por su fuerza y frescor en las palabras, sino por la gente tan sana y tan buena que — ¡bien verdadera! — come, ríe, charla, trabaja y cabalga sobre estos campos. Ese Ezequiel Cruz... ese Hermógenes... esa Adelina... Claro que esta historia ha sido vista por un niño, aunque el autor nos dice que lo vio todo un año antes de casarse. La obra huele siempre a pasto con rocío que empieza a calentar la mañana. Hay también este vaho inmortal: "Buey que vi en mi niñez echando vaho un día". Pero sobre este radiante mundo se desploman dos fatalidades: una, no puede menos que provenir de un dato real, increíble y verdadero. La otra, acusa un mayor tránsito literario.

Lo que nos agarra es esto: la felicidad imposible pese a la bondad inalterable, en medio de la suculencia de un mundo verde, en torno, que se os da por entero, casi comestible.

En cuanto a la técnica, no hay aquí más técnica que la del corazón. El es el que hace saltar al autor de un lado a otro. Se nota su apremio; que pasa al lector. No hay una frase que esté escrita en frío. Cuando esta tensión acierta léense verosímiles exageraciones como

éstas: "La noche con su majada selenita y sus macuines íntimos, ya no existía para mí".

"A nacer con el día."

"Atravesé el patio y sorprendí las barras del cielo, coloradas, como enjambres de lacres."

"El lucero se sostenía tan imperioso y atento sobre la atonía de la naturaleza, *que miraba.*"

En cuanto al modo de composición más o menos típico de una novela, Ipuche parece no querer conocerlo ni apreciarlo. No quiere ser enlazado. Y hasta prefiere ingenuidades como éstas: "...Al no verlo movido en el principio del drama, ustedes me preguntarán ahora por don Floro, el capataz de la estancia". Mal pueden recordar los "ustedes" (lectores), a una persona cuyo nombre ha sido omitido y que hasta el propio autor ha olvidado.

Estas dos primeras obras fueron definidas por Ipuche "romances en prosa". Admite el diccionario una definición muy lata de "romance" como composición poética escrita en idioma español. Es desde este único punto de vista que la clasificación de Ipuche puede ser aceptada. Y si ha preferido tamaña vaguedad es porque ha querido salvar su intención principalísima: que se vea en sus obras un producto sólo elaborado por estados propios de la poesía. De este modo invalida cuanta objeción pueda levantarse con arreglo a exigencias generadas por cualquier tipo de prosa narrativa.

3. Su Treinta y Tres

"Escribe sobre tu aldea y serás universal." León Tolstoi ha escrito esta frase. Es el mismo hombre que ha escrito *Guerra y Paz,* la más grande novela del siglo XIX. Si dijéramos esta frase a uno de nuestros

jóvenes escritores de veinte años, estamos completamente seguros que le haríamos sonreír; y acto seguido nos miraría con compasión. En esta época de navegaciones hasta la luna, de marxismo ecuménico, de cibernética, psicoanálisis, angustia existencial, compromiso, cine sueco, cultura anglosajona, atomización humana de la urbe, sexo, crimen, Vietnam, Cuba; y de amenazas atómicas sobre inminentes revoluciones continentales y conflagraciones mundiales; en esta época tiene toda la apariencia de ser un consejo canalla, o por lo menos estúpido, el que ha brotado de la pluma de Tolstoi.

Sin embargo, lo que entre nosotros se ha escrito en verso o en prosa bajo el influjo de los tópicos más actuales, es un mero reflejo sin profunda necesidad, es un estudiantón reflejo sin ninguna originalidad, es un ridículo reflejo de lo que se escribe, se graba, se lee y se filma en otras partes. Y hasta el escribir bien se ha prohibido con estos espasmódicos reflejos. Y hasta parece estar prohibido. En una polémica, Francis Jeanson ha reprochado a Camus que su estilo tiene el defecto de no presentar ninguna "baba de existencia". A lo que el denunciado replica con esta ironía: "Entendamos que escribir bien consiste en privarse de existencia, en alejarse de la vida a la que sólo podemos acercarnos mediante fallas de sintaxis, lo cual es la señal de la verdadera pasión".

Contrariamente a ciertos consuetudinarios macaquismos, las evocaciones y relatos de Ipuche, Julio Da Rosa, Eliseo S. Porta, y José Monegal sobre sus respectivos pagos — para nombrar sólo los escritores en permanente actividad — han ido logrando comunicar una fisonomía pasada y presente del país, una vida y

alma del campo del que material y espiritualmente nos nutrimos. Este tipo de literatura no escandaliza, no da tampoco lugar a la polémica, no hace ruido; pero penetra lenta, poco a poco, igual que esas lloviznas despaciosas que son las más benditas por la tierra.

"Declaro que nací en Treinta y Tres, cuando era un pueblecito de pocas viviendas y mucha gracia." Y no deja luego de recordar los cacareados natalicios de los que proclaman haber visto la luz en Florencia, Atenas, Burgos o París.

"Bueno. Yo quiero que sepan y me lo crean. Tengo el orgullo y la alegría de haber nacido en un villorio silvestre de corta edad" — replica. Nacer en un pueblo que nace es asistir al nacimiento de todas las cosas y, sobre todo, a la necesidad de que ellas existan. Nunca más cordial y más visible el vínculo del hombre hacia el hombre.

"Toda mi vida lleva el aire de esta región querida" — agrega. ¿Cómo poder olvidar el primer sitio y el primer momento en que nos dimos cuenta que nuestros ojos miraban el mundo? Y más aún si la vocación electa como hombre actúa retrotrayéndole hasta la transparencia de los asombros primeros.

Cuenta, sin embargo, este diálogo con un amigo escultor que había triunfado en un concurso cuyo tema era un episodio nacional. Después de ese exitoso contacto con la patria, sin pensar dos veces, el escultor decide un viaje, y dice: —"Me voy a París con Bourdelle. Quiero hacer bien estas cosas".

Y he aquí la contestación de Ipuche:

—"Hermano, metete Uruguay adentro, a buscar gauchos, si querés "agarrar" la raza". Y el recuerdo de este diálogo se acaba con su siguiente convicción:

"Esta ha sido la vigilancia reguladora de mi poesía. Cuando he intentado realizar algo vivo, durable y humano, he venido a Treinta y Tres".

¿Y qué es lo que allí ha venido a buscar: una memoria, una presencia, una euforia de infancia, un origen de sí? He aquí unas líneas delicadísimas de Santiago Dosetti (febrero de 1958) cuando escribe a Ipuche:

"Hace poco, realicé una experiencia conmovedora, al enfrentarme a lugares del Olimar — eventuales en mi niñez de campesino desarraigado — a los que encontré físicamente inalterados. Ni las aguas, ni los vientos ni los hombres habían conseguido modificarlos. Las mismas colinas arenosas, ligeramente curvadas antes de llegar al río, moteadas de sandías. Las mismas casas grises y espaciadas, aproximadas entre sí por el canto caminador de los gallos. Memoria más que presencia. Como si fuera un retrato del lugar y no el lugar mismo."

"Si hubiera dado un grito, el antiguo y largo grito convencional, acaso hubieran salido de las aguas — agitados por los juegos, con la cara morada de las pitangas — todos los muchachos del pago y de la época recordada." "Ahora, ante *Caras con alma* las sensaciones son aproximadamente las mismas. Los hechos, los seres están iguales. Iguales y presentes como si recién amanecieran. Húmedos de rocío inicial. (...) Uno se siente frente a los acontecimientos narrados, pero la voz y el índice orientador le llegan por la espalda."

Todos sus recuerdos de Treinta y Tres entran a su prosa, a su verso, a sus pasatiempos, crónicas, cuentos y relatos de viaje. En todo lo que ha escrito Ipuche hay, por lo menos, como una orla o marco autobiográfico.

4. Autoanálisis

—"Mirá, Pedro: a vos sólo te lo digo..." Cuando a veces, después de media noche, empezaban a cantar los gallos y llorar los perros, entre los "¡juera!; ¡juera!" del viejo Floro, le escuchó Ipuche como viniendo del otro mundo, una tras otras estas palabras: "gritan... dispacito... las ánimas..." — empapadas de astrales silencios y muertes vividas, momentáneamente borrado el límite con el más allá. En nota al pie, melancólicamente, pone el autor esta frase: "Por aquí se puede llegar al "gauchismo cósmico" que siempre hemos cantado y que tantas bromas fáciles nos ha valido".

Si es posible a todos sentir la sustancia de una noche, así como decimos sentir la sustancia de algo comestible; ya no lo es tanto sentir la sustancia de una vida de hombre; y aún la mucha más tenue y abstracta de una raza.

Pero la manera más propia de gustar la obra de Ipuche es darse cuenta que ha sido escrita por un "gaucho íntimo"; en él quedó transformado el gaucho áspero de ayer. Y este gaucho íntimo, fiel a todo lo suyo, tanto en la vida como en los libros, ha logrado sentirse como una antena de la raza.

"No, no, no. Nuestra estupenda raza es algo más que ese montón de pendencieros, de tarados, de guerreros y de cigarrones de enramada que a cada momento nos presentan los escritores fáciles y sistemáticos que han ofendido al gaucho!"

"Nuestra raza es sustancialmente poesía moral." Es imposible ver a nuestra raza dentro de nosotros si no nos hemos acostumbrado a un punto de vista — hasta convertirlo casi en un órgano — que Ipuche, con voz

gaucha, llama la "Lejura". Se amplía así en el tiempo nuestra visión, como paralelamente se dilata nuestra sensación si la dejamos inundar por cualquier espectáculo cósmico.

Con lindo orgullo de ser uruguayo nos habla Ipuche de Selva Márquez, a la que siente nuestra por su aliento subterráneo, telúrico o subconsciente. Y entusiastamente nos promociona así: "El Uruguay trae desde sus orígenes destino universal."

Esto no quiere decir que otros pueblos no puedan pensarse a sí mismos del mismo modo. Pero, pasado el "Modernismo", y contra él — por lo menos desde los tiempos de José Vasconcelos con su "Raza cósmica" — el americanismo, el indigenismo, los criollismos buscaron en lo telúrico y cósmico su originalidad literaria. No se rechazaba lo regional, pero se lo quería hacer vivir más allá de sus fronteras. Era, como decir, una crisis de crecimiento o de mayoría de edad.

A Ipuche, en este sentido, las cosas le salieron bien. Claro está que no puede convencer a todos. Y así, le oímos decir: "Sé que el destino de mis cosas es tremendo. Por lo que percibo, o se me quiere todo o se me niega absolutamente. Hasta con saña "voluntaria"... Es que la sinceridad hace mal... Hay tanto "simulacro", tanto engaño, tanta buena educación, que uno resulta "inaguantable". Como vemos, no es un momento de buen humor éste que está viviendo don Pedro. Ha empezado a escribir: "Es tremendo (...). Pero nosotros, que le conocemos, y hemos mantenido cordialísima charla en su casa de la calle Justicia, le estamos viendo; le estamos viendo, sobre todo, patentemente el rostro. Hay un estremecimiento con pestañeo en sus ojos. Hay una mano — es la derecha — que

va hacia ellos, convulsa, cual abanico que se despliega. Este "tremendo", viene de su candor; y aunque se crea engreímiento. este "tremendo" proviene de una fe y una generosidad que él ha prodigado sin sentirse, del mismo modo, recibido. Por otra parte es una palabra muy usual en su conversación. Don Pedro "tremendiza" y "genializa" muy de continuo; y, sin embargo, pocas veces hemos estado en presencia de un crítico tan excelente. Bien puede él decir con Sarmiento: "Yo he vivido en el éxtasis permanente del entusiasmo".

Cuando escribe sobre "El nativismo uruguayo" que logró imponer junto con Silva Valdés, recuerda sus primeros afanes de entonces, de un modo que será en él modalidad permanente: "tentar la expansión informante" para que el asunto desarrolle desde adentro "su mensaje sinfónico de expresividad". En efecto, su verso o frase, no sólo siempre son muy suyos, sino que no vienen del comercio que las palabras hacen entre sí, sino de un "dentro" que podría considerarse como una pre-natalidad de la expresión. Hallada la palabra, ésta brota como una mecha encendida que necesita para producir explosión la atmósfera de afuera. Pero siendo ella quien dicta su apuro y su fuerza a la frase, ésta muestra una torsión peculiar. Su apariencia musculosa es lo primero que se percibe. Lo segundo su pigmentación: está en esas palabras que parecen haber tomado por asalto su sitio sobre el color ordenado de las otras.

¿Qué es lo que ha buscado con esta originalidad expresiva? El mismo nos lo ha dicho: "desatar cierta ionización lírica para coronar la faena raigal de nuestra seña poética". He aquí que, sin quererlo, hemos dado con uno de los tantos ejemplos de eso que lla-

mamos pigmentación de su estilo: "faena raigal". Contempla el lector esta extraña pareja, y queda un tanto asombrado. Algunos la encontrarán "bizarra"; otros, tras una dubitativa oscilación craneana procurarán comprimir una sonrisa. Ya nos ocuparemos de esto. Pasando, ahora, a los aspectos más profundos de su nativismo, define Ipuche: "Se podría decir que en lo gauchesco hay humanidad, y en lo nativo, mística racial".

Concluye diciendo que, a diferencia de Silva Valdés, sería lo más lastimero para él "adquirir un discípulo". Puede estar don Pedro tranquilo en eso. No quiso él imitar a nadie, y no hay quien pueda ser menos imitado. "Es tan Ud. mismo..." Le escribía Gabriela Mistral. No hay sólo asombro en esta expresión. Antes le había dicho: "Desconcierta Ud. al principio". Gran verdad. No hay relamido que no se erice un poco ante estas "atropelladas de Ipuche" (Borges).

5. Crítica y Narración

Su crítica puede derivar hacia el recuerdo literario o hacia el ensayo. Como narrador estricto lo vemos superiormente en los *Cuentos del Fantasma*. De tal obra hemos seleccionado seis relatos.

Lo que le gusta de la crítica son cualidades como éstas: penetración simpática, revelación afirmativa; revelar la esencia oculta de la expresión; el crítico, en fin, como intermediario trascendente, "puesto entre lo visible y lo invisible, en la zona de fusión de la ausencia con la presencia".

¿Se trata entonces, de revivir personalmente una obra, o de ayudar al autor construyendo una paralela vía de acceso hacia esos objetivos trascendentes e in-

visibles? No sé si la malevolencia puede llegar hasta pensar que la crítica, concebida de este modo, se convierte en un "pretexto" para una nueva exposición de sí mismo. En Ipuche, las cosas están muy lejos de ser así. Su primer acierto ha consistido en escribir sólo sobre los libros que le han gustado. No será nunca un crítico profesional. Pero cabe aquí — y va por nuestra cuenta — advertir que tanta "mulatería" juvenil encaramada en la crítica y que cree enseñar a escribir a los demás, no está haciendo otra cosa que una autobiografía disimulada de su única — y estrechísima — forma de concebir las obras. ¿Puede utilizarse más de pretexto un libro, si decimos de él que no está escrito tal como nosotros lo hubiéramos concebido y compuesto?

He aquí una muestra del estilo crítico de Ipuche al pensar en el capítulo inicial de *El hombre de la pampa* de Supervielle: "Se ha venido a la tierra con los vaivenes, los vientos y las desataduras del mar conmocionado de aguas anilladas y resilbadas, como rebaños y tropeles y ponchos y tumultos de gauchos invisibles a galope desdoblado" Supervielle la ha sentido como una página "infinita y generosa". Se observa en esta frase que el idioma ha entrado en estado de ebullición. Alguien podrá afirmar que no es éste el lenguaje de un crítico sino el lirismo de un poeta. Sin duda. Pero el lector que puede leer completo este estudio en nuestra colección, no dejará de advertir qué atisbos, iluminaciones y también, precisiones del mejor Supervielle, han quedado recogidas en estas fruiciones de agua y tierra.

La visión crítica de Ipuche tan amiga de las profundidades, tiene asimismo gusto por lo ocurrente y por

lo travieso. Veamos este ejemplo tomado de su conferencia sobre Jorge Luis Borges: *Luna de enfrente* es la misma caja de asuntos, más decorativa y numerosa... Desparramo tintinador de versitos limpios..."

"Por aquí es por donde se puede acechar y acertar a Borges".

"Borges tiene una manera de ser menuda y trascendente. (Te agarré, duende!)".

Como vemos don Pedro venía persiguiendo una definición. Se trataba de dar con una manera de ser. ¿Lo menudo puede estar al lado de lo trascendente? Ahí está cierta modalidad de la poesía de Borges, para ejemplificarlo. No es nada raro encontrar exclamaciones personales, jirones de conversación y diálogos caseros en cualquier momento de la prosa de Ipuche. Hombre "sin vidriera", entusiasta, familiar; cada vez que sale a la calle, sale con "casa y todo".

Como narrador tiene esto de bueno: todo lo que cuenta parece haber sido vivido. Vivido primeramente, y revisto después. Mucho tiene que hacer aquí el recuerdo tanto en la selección de figuras y casos como en el decorado y tono emocional. Es, por supuesto, una selección de vida. No puede descontarse el caso frecuente en que la historia sólo de oídas ha llegado hasta él. Mas en su recreación ha puesto el autor una simpatía desbordante.

Agreguemos este otro incentivo: las personas que allí aparecen no sólo son auténticas sino que hacen cosas curiosas. ¿Cómo se le ocurrió a la madre de Arturo Santana lo que se le ocurrió?; ¡Qué espléndido personaje es ese negro viejo tata Roque! ¿Quién podría suponerlo así? Pero el que se nos graba indeleble es Severiano con su disparatada terquedad. Aparecen

allí hombres tan raros como Goyo Mentira, y animales tan sorprendentes como la ovejita monja.

Este mundo narrativo de Ipuche es absolutamente personal, como todo lo suyo. Encuadra perfectamente dentro de la comarca de nuestra narrativa gauchesca y campera, a la que amplía sin presuponerla.

6. Ensayo e Historia

A un libro suyo pensaba Ipuche ponerle como título *Dos de bastos,* porque estaba presentado en doble manera: en prosa corrida y en contrapunto. Lo había destinado a ser "baraja de pasatiempo". Es este libro el que hoy lleva por título *Alma en el aire.* De su calidad podrá hacerse el lector una idea con sólo leer los cuatro primeros breves ensayitos de los cinco que hemos recogido. En dicho libro aplícase a muchos temas, pero con visión de poeta filósofo, y el efecto final de coherencia es de tan hermosa rotundidad como el que nos deja, por ejemplo, *Isla Patrulla.* En esta última hay una unidad de emoción. En *Alma en el aire* se desprende una unidad de pensamiento.

Todo muy firme siempre en Ipuche. Pero ¿por qué no? todo fluyente, familiar, travieso, cordialísimo. Como de antemano sabe don Pedro que no hay persona más puntual que un pedante, previénese del caso al representarlo en un interlocutor.

No una vez, sino varias, debe oír el autor asentimientos tan burlones como éste: "Por algo te das a cada rato título de indoamericano militante". Pero don Pedro, impávido, se declara sin más ni más indigenista: "Nos debemos a una cruzada de indigenismo, para ser un destino universal". Para las ocasiones en que las ironías arrecian, allí van, en réplica, estos dos

¡hurras! a Zapicán. En *El yesquero del Fantasma*, sin dubitativa alguna bebemos, como un cordial, esta embriagadora frase: "Desde Zapicán somos cancha de francos prodigios". Para que no se piense que esta frase fue sólo un instante frenético sin ninguna ulterioridad, recordamos esta otra escrita 16 años después en *Hombres y nombres:* "Tuvimos así la conciencia indígena uruguaya que se corporizó — intencional y armada — en Zapicán".

¿Que todo esto puede ser fruto sólo de una beoda imaginación? Aquí está Rivera, en un documento de 1824: (...) "son los charrúas unos restos *preciosos* por su oriundez, pero (ahora) detestables por su carácter feroz" (...)

¿Que amar lo uruguayo; y, segundo, estar contento de serlo, significa sólo sentar una nulidad para acompañarla de otra más deplorable? Pues bien, sería cosa de decírselo a Artigas: "Los orientales son los primeros que han entrado a la inmortalidad de América" — en carta a Sarratea, de 1812.

En consecuencia, Ipuche no es un historiador de profesión, pero ha sabido muy bien asesorarse y ha pacientemente leído y rebuscado. Desde 1943, por ejemplo, ha pensado, primero como atisbo psicológico y, después con autoridad de documentos, que Artigas no fue un asilado sino un prisionero del Dr. José Gaspar Rodríguez de Francia. Al cabo de su argumentación confesamos que, si con sentimentalismo un poco teatral nos gustaba aquella imagen de Artigas, mártir voluntario — influencia sin duda de *La Epopeya* de Zorrilla de San Martín — nos gusta mucho más ahora este Artigas prisionero, a quien se engrilla preventivamente aún después de haber muerto Francia en 1840.

"Y tengo mi cultura ganada con brasa y paciencia" — escribía don Pedro hace más de 40 años. Y con qué generosidad la ha vertido gratuitamente, en libros con problemas de venta y difusión, sin más apoyo oficial que el deducido de un premio anual escaso y asimismo problemático. A esta regla de pagar sus propios libros se exceptúa *La Defensa de Paysandú* que costeó la "Sociedad la Criolla, Dr. Elías Regules". Como pórtico digno de la heroicidad homérica y dantesco dolor que va a evocar, hace Ipuche esta admirable confesión:

"Colorado y Batllista como me siento, tuve la valentía de despojarme de toda limitación partidaria para interpretar el asunto con limpia mirada oriental."

De sus retratos de personajes históricos como Gorgonio Aguiar, Florentino Cabrera y Juan Rosas, hemos elegido la semblanza de este último para nuestra selección. Juan Rosas fue el sobreviviente postrero de los Treinta y Tres.

Alguna vez ha hecho Ipuche investigación documentaria por su cuenta. Es la que sostiene su página histórica titulada "El milagro de Montevideo". En general ha propendido más a la interpretación humana que a la reconstrucción histórica. Pero no ha dejado de ser bien sensible al encanto de esta última. Lo dice así: "recuerdo con qué angurria y regocijo leía de muchacho las "páginas sueltas" del viejo Cuestas, de Isidoro de María y aquel perfecto artesano de la narración histórica, Víctor Arreguine".

"Así vale la pena. Tales hombres, vistos con pasión desinteresada, realizaron tales cosas. Esto — que parece una anécdota — provocó tan magna decisión. Casualidades, golpes de audacia, indecisiones, lluvias,

sorpresas, vientos, nacimientos, ocurrencias, esto que no se sabe, aquello que ni se vio..."

"Un verdadero historiador en su arregosto de narrador o rapsoda, debe contar con esas minucias tremendas que vienen a ser para la historia una equivalencia de lo que resultaba para el conocimiento lo "imperceptible" de Leibnitz".

7. "Mi Castellano"

Ahora sí, con este tema dejamos la adormecedora carretera hormigonada y entramos, de pleno, al "camino de las toscas". ¡El castellano de Ipuche!... sabemos que es su orgullo; aunque para algún tipo de lectores impresiona como desvarío y escándalo. Cierta vez que disertó en las ondas del Sodre contó esta anécdota de su primera juventud. Estaba conversando con un sacerdote. Como la tarde era fría y el niño tenía, naturalmente, su gorra en la mano, el sacerdote le dijo: "cúbrase". Y se quedó enseguida pestañeando alelado porque el niño, después de escuchar esas palabras, en vez de cubrir su cabeza, se hincó.

—¿Pero qué hace?

—¿No me dijo que me cubriera?

Inútil es rebuscar hasta en diccionarios etimológicos una acepción del vocablo que estuviese concorde con el acto del niño. ¿Cómo pudo entender de tal modo la palabra "cubrirse"? Ipuche no nos ha podido dar una explicación clara, pero la relaciona, sin duda, con el idioma que oía en su niñez. Todo esto es, reconozcamos, bastante confuso.

En compensación, Ipuche no tiene ninguna duda en cuanto al lenguaje que paladeó en los días de su Treinta y Tres. Zumos del siglo de Oro tuvo en la boca, entonces. Palabras como éstas: "dejuramente,

lo truje, ansí, se ha rompido, anda mal del celebro, la melecina, anque", palabras analfabetas, sabrosas, de aquel más puro tiempo cenital de la cultura española. Al evocar dichas voces y los fogones, escribe Ipuche esta frase: "Porque en repetidas ocasiones, me ha parecido estar en compañía, no ya de personajes familiares de Cervantes, sino del mismísimo don Miguel, de Santa Teresa, de Luis de León, de Quevedo y hasta de ciertos aparecidos de la Picaresca; — al hallarme de visita en ranchos y caserones de parientes lejanos — allá por las sierras ariscas de Treinta y Tres".

Sin embargo, pese a este leal cariño don Pedro no ha escrito nada en sostenido lenguaje gauchesco. Precisando más: a cada dos por tres brota en su estilo una expresión que nos hace decir: esto no viene de libros, viene del campo. Pero pocas veces aparece entrecomillada la palabra o la frase; y ello porque no era necesario, porque si bien han sido halladas en el campo, provienen de la más áurea plenitud del idioma. Nunca se lo agradeceremos bastante. Leyéndolo, uno aprende a ser de aquí; de donde es. Se recupera un alma nuestra, y criolla. Y con la alegría de que está bien, y si ya no lo es, ha sido hermosa. Todo ello sin anacronismo, sin monería, sin desplantes. Apurando mucha cultura, aquella que confirma en vez de arrancar, la raíz.

Pero ya dijimos que andamos por un camino de toscas y es necesario presentar el vehículo del idioma en sus zangoloteos, barquinazos, sacudones; también quizá en algún tumbo o vuelco. He aquí unas muestras del lenguaje "bizarro" que, parapetados, miran los gramáticos llenos de horror; he aquí las metáforas incongruas, los tremebundos neologismos que suenan

como pedradas en los oídos de seda y brisa de alguna aterciopelada crítica:

"Esto es de una grandeza cerrante", hablando de Ducasse.

"A Espínola se le halla más como mojadura que como expresión", en un comentario sobre *Raza ciega;* y de apropiar nuestro símil, la crítica podría ver aquí un barquinazo con vuelco.

"Después, salieron como llamados por un avieso soplo oculto, los Consejos y los Colegios.

Y tuvimos jefes de agrupaciones frenantes y sacerdotes de amanse", al hablar de la domesticación humana en *Alma en el aire.*

Otros ejemplos: "conservando (la mujer blanca) el fuego que vio chispear y efundir de los peñascos heridos y de los leños rozados en cruz dentro de las oquedades líticas"; — se está hablando, como se ve, de la mujer, en tiempos bastantes remotos.

Comparando invenciones, la rueda o el lenguaje:

"Mucho más meritorio que armar una rueda y utilizarla, es producir y perfeccionar un lenguaje jeroglífico que toca en lo fonético; sobrepujando en hieratismo y riqueza oculta y experiencia a nuestros mismos idiomas, al ligar el signo escrito con su carácter naciente y su excarcelación glósica".

Expresiones como "lítico", "glósica", "hiperdúlico", "fúsil", etc. y participios de presente como "continuamente", "frenante", "cerrante", frecuentan sin duda alguna su prosa. Aun puede admitirse que hace el autor un abrupto empleo de ella.

Pueden ser éstas las "rugosidades de peñasco" que le viera Sabat Ercasty, quien juzgó allí también la frase "crespa y barroca", y muy diestro en el análisis señaló este conflicto fundamental del estilo de Ipuche:

la persistencia llana del campo vive luchando con la fuerza de la cultura, con la retórica afiligranada. "Es así como la palabra brusca y plebeya, de cimarrona dureza gaucha, se enamora y se ensambla al léxico de bruñido linaje".

Pues bien, bien. Que marchen juntos un "abran cancha" y una "excarcelación glósica". No será del gusto de todos, es verdad. Pero ¿cómo no darse cuenta que con los brazos del vasco y del gaucho, con la salud del viento campero y la ebriedad transparente de un poeta se ha hecho este estilo? Estilo añoso, estilo de prensil euforia y que transparenta a cada paso su musculatura.

¡Y qué propiamente suyo es este estilo! Su mayor lección es, para nosotros, que tantas veces — como dice el mismo don Pedro — "nos hemos vuelto faraónicos con el susto y el culto de las palabras impuestas".

Para terminar, la obra en prosa y en verso de Ipuche nos parece, desde su primera hora, esforzada y culminante en un propósito exclusivo, que él ha sabido llevar a cabo como el mejor: es la de hacernos sentir en oriental, la de enseñar a serlo. Oriental sin regionalismo alguno y sin cómica paranoia nacionalista. Con dolor y cariño, con temor y con ansia, sin quitarle el aire a nadie, este sentimiento identificador trasciende de lo patrio — aun amándolo filialmente —, y se hace telúrico enigma humano sin fronteras.

Y si toda obra dictada por la emoción deja siempre un margen... para la ironía, la crueldad y el olvido, vaya en contra, entonces, este otro nuestro de admiración creciente y gratitud tardía.

Domingo Luis Bordoli

PEDRO LEANDRO IPUCHE

Nació en Treinta y Tres el 13 de marzo de 1889, hijo de don Juan B. Ipuche y de doña Beatriz Mariño. Cursa hasta cuarto año de Secundaria en Montevideo pero es, fundamentalmente, un autodidacta. Luego es nombrado empleado judicial.

Desde muy joven colabora en "El Fogón". Publica *Dos lágrimas* (Mont., 1909), *Canto al centenario* (Mont., 1910) y *La muerte del gran mártir* (Mont., 1911). En el año 1912 es laureado en el Concurso de la Virgen del Pintado, cuyo jurado preside Juan Zorrilla de San Martín, por su poesía *Pro aris et focis* (Mont., 1913). Más tarde da a la estampa *Salmos atreidas* (Mont., 1916), *El gran solitario de Piedras Blancas* (Mont., 1916) y *Baltasar Brum* (Mont., 1918).

En 1922 publica *Alas nuevas* en Montevideo, al que siguen *Tierra honda* (Mont., 1924), *Júbilo y miedo* (Mont. Bs. As., 1926) y *Rumbo desnudo* (Mont., 1929). Escribe en diversos diarios y revistas nacionales y extranjeras. Da a publicidad *Fernanda Soto* (Mont., 1931), *Isla Patrulla* (Bs. As.-Mont., 1935), *Tierra celeste* (Bs. As.-Mont., 1938), *La llave de la sombra* (Mont., 1942) y *El yesquero del fantasma* (Mont., 1943). En 1944 reúne en el volumen *Caminos del canto* gran parte de su obra poética ya publicada lo que le vale la Medalla de oro del Ministerio de Instrucción Pública. Escribe luego *Cuentos del fantasma* (Mont., 1946), *Dino el Rey Niño* (Mont., 1948), *La espiga voluntaria* (Mont., 1949), *Alma en el aire* (Mont., 1952), *César Mayo Gutiérrez* (Mont., 1953), *La quebrada de los cuervos* (Mont., 1954), *Diluciones* (Mont., 1955), *Caras con alma* (Mont., 1957), *El milagro de Montevideo* (Mont., 1958), *Hombres y nombres* (Mont., 1959), *Chongo* (Mont. 1961), *La defensa de Paysandú* (Mont., 1962) y *Aire fiel* (Mont., 1964).

Contrajo matrimonio con doña Espíritina Riva y es padre de la escritora Rolina Ipuche Riva y del compositor Pedro Ipuche Riva.

Es Miembro de Número de la Academia Nacional de Letras. Ha ocupado la presidencia de la Asociación Uruguaya de Escritores desde 1955 a 1957.

CRITERIO DE LA EDICION

Los textos que integran la presente *Selección de Prosas*, fueron tomados fielmente de las primeras ediciones de las obras: *Fernanda Soto*. Montevideo, "La Gaceta Comercial", 1931; *El yesquero del fantasma. Entretenimientos*. Montevideo, Biblioteca de Cultura Uruguaya, 1943; *Cuentos del fantasma*. Montevideo, Ed. Ceibo, 1946; *Alma en el aire*. Montevideo, Imp. L.I.G.U., 1952; *La quebrada de los cuervos*. Montevideo, Imp. L.I.G.U., 1954; *Caras con alma. Cuentos*. Montevideo, Imp. L.I.G.U., 1957 y *Hombres y nombres. Libro cincuentenario (1909-1959)*. Montevideo, Imp. L.I.G.U., 1959, con la excepción del de *Isla Patrulla*, para la cual se ha utilizado el texto de la 2ª edición, Montevideo, Barreiro y Ramos, 1961.

SELECCION DE PROSAS

FERNANDA SOTO

1931

JUANITA:

Tú sabes que yo te ayudé a crecer.
Que te enseñé a sentir las cosas.
Y fui padrino de tu primera muñeca.
Fuiste la hermana que siempre me oyó.
Una noche, en La Calera, después de cena, tenías a Perucho en la falda.
¡Velada alegre que juntó nuestra familia andariega!
—¿Te acuerdas de aquella canción de la Vieja Sorda?
Y cantaste:

> Esta moza bien criada,
> De tan buena educación,
> Encuentra una proporción
> Que nadie se la esperaba...

Ese canto iluminó mi infancia. Me hizo llorar para atrás.
¡La Vieja Sorda!
Juré que no habría de morir.
Desde entonces me puse a soñarla. A despertarla con mi niñez.
Nuestra vida duerme una pureza hundida.
Hay que desencantarla hasta sentirla drama presente del alma.
Ella entraba a casa viniendo de un limbo de cuento.
Con silencio y palabra de cal.
Hoy volverá a entrar.
Fantasma del Arte. Para no salir más.

I

—Buenos días de Dios — salmodió la vieja, al trasponer el portón de casa.

El pirincho de Laudelina se le fue encima, y empezó a picotearla en la cara, y por la nuca, atravesándole el pañuelo.

—Cruces diablo. Sáquenme este pajarraco.

Laudelina se abalanzó al alboroto, y desprendió el pintarrajeado vigilante.

El pirincho era un fardo de plumas coloreadas.

Nuestra hermana, con infantil maternidad, se entretenía en pintar, pluma por pluma, el cuerpo flechero y esponjoso de su pájaro.

Cuando la Vieja Sorda se vio libre del cruel centinela, pudo cobrar conciencia con las manos de que traía un regalo.

Portaba un copón de cristal lleno de... dulce.

Era una extraña mistela de tomate y pimentón en almíbar.

Mi madre salió al encuentro del obsequio. Traía detrás el sabiá casero, saltitando. Cuando mamá cosía, ese chiche vivo del caserón, jugaba, como un niño, en el sube y baja del pedal, dando píos de regocijo.

—Aquí tienes, mujer, una cosa muy linda. Lo hice para tí.

Mi madre acogió aquella cómica donación. Suave, sonriente, casi riéndose.

La vieja, con las manos vacías, quedó como sin eje.

Un compás inevitable empezó a motilizarla.

Miró a un costado, y "vio" que Pichón estaba tocando la guitarra.

—¡Ah, qué lindo! — exclamó, levantando con el índice acostumbrado el borde del pañuelo de yerbas que le tapaba la oreja derecha.

Un aro grande salió moviéndose en el lóbulo.

Con un pasito dulce de pájaro cansado se acercó a mi hermano. Puso el oído sobre las cuerdas. Y llevando seguro el compás de un cielito, tomó las dos puntas del delantal, alzándolas hasta formar una ensenada móvil.

Y en un encendido balanceo que la envolvió de magia criolla, se puso a cantar:

Cielo, cielito,
Cielito y llanto:
No puede ser feliz
Quien pena tanto...

II

Cuando mis ojos empezaron a separar las cosas, me sorprendí un día de la arcaica presencia de doña Fernanda Soto.

La impresión que conservo es la de haberme desprendido de una atonía preparadora, sufriendo el asombro de Ella mi niñez recién despierta.

¿Cómo no voy a acordarme?

Embalada su cabecita en un pañuelo vernáculo, salía su cara como de una cáscara. Cara mantecosa, no arrugada, sino vuelta trocitos y patas abiertas de insectos, con ojos mojados de agua final, la nariz blanda y grande, y una boca sumida, pelada y aceza.

Traía el nudo del pañuelo debajo de la floja carretilla. Vestía un esperado batón de franela balsámica.

Recuerdo que calzaba unas zapatillas brasileras, tejidas de colores, dentro de unos zuecos livianos de suela de sauce... para no mojarse los pies.

Había quedado sorda con lenta inmersión senil. Sordera de desgaste. Así, la sordez privaba en aquel cuerpo como en lugar ganado.

Pero, los ojos, embalsados en los colirios de la ancianidad, OIAN con el caudal de las experiencias.

Por eso, su presencia era asordada, radiante y fantasmal.

¡Pobre vieja!

Retenía en el rostro un tinte remoto de porcelana almejada.

Se contaban primores y turbulentas hazañas de su hermosura lejanísima.

Había nacido en Minas, tropel de piedras ariscas y acollaradas.

Fue vecina y amiga de Lavalleja. Lo recordaba repetidamente, llamándolo "mi compadre".

De mocita anduvo en amores con el romancesco payador Manuel Juncal.

Lo abandonó con una travesura de muchacha festejada.

El aeda criollo le descargó unas décimas que todavía da miedo oírlas. En ninguna literatura restalla una maldición amorosa como la de ese payador.

Por tu ingratitú y vileza,
Ya que con otro te empleas,
Llagada y sucia te veas
De los pies a la cabeza.

Un día llegó a casa con apagada solemnidad.

Se acercó a mi madre.

Como siempre la creyera sorda, le gritó al oído, después de hacerle una seña para que se inclinara:

—Vengo a traerte, hija, la bombilla aquella... que te prometí. Ya sabes que con ella tomábamos mate... cuando nos visitaba mi compadre. Era un regalo de él...

¡La bombilla del héroe, Petizo bravo que acaudilló los Treinta y Tres!

Cortita, de paletilla redonda.

Mi madre cometió una herejía patriótica.

La destinó a soplar tripas para llenar chorizos.

Mis hermanos se escandalizaron.

—Pero, mamá, una reliquia de esas... una joya nacional...

—Pero, muchachos: ¿y quieren ustedes mejor empleo?

Con el tiempo, de mano en mano, de broma en broma, la bombilla acabó sus días en el fondo del aljibe.

Allí buceaban dos tortugas que nos limpiaban el agua.

III

Treinta y Tres era, por los tiempos de mi niñez, un pueblo silvestre.

Bien dicho: un caserío ceñido de bosques.

El Olimar y el Yerbal abrían cerquita la presencia de sus picadas, y el villorrio asentaba sus términos poblados sobre la plaza.

En el ombligo de ésta gallardeaba un monumento pistonudo a Lavalleja, hecho por un maestro de cuchara que había ideado y construido no sé qué edificio importante del perímetro urbano.

Ni que decirlo: las charreteras del general eran dos nidos de horneros, pájaros humorísticos que desde los hombros del héroe estaban predicando a la gente lugareña y hazañosa el trabajo y el beneficio sosegado del techo.

Conservo este recuerdo de los patriarcas duros de aquel centro.

Cierta vez los hombres de Treinta y Tres, como un tribunal español del Santo Oficio, resolvieron quemar a petróleo, en la plaza central, a la bruja Bruna Méndez. Había destrozado una familia con la muerte y la locura, valida de sus recursos diabólicos. Gracias a la fuerte intercesión del Actuario, se salvó de las llamas aquella ciega condenada.

Yo iba al Colegio ritualmente.

Sólo una vez hice la rabona.

Era un modelito.

Mis libros, al abrirse, soltaban una fragancia de malva fina.

Hoy, después de tanto tiempo, cuando vuelvo a percibir ese olor, se me agolpa al pecho mi vida escolar.

El Colegio estaba a una cuadra de la plaza, tocándose con los fondos de la Parroquia.

Sobre el campanario —rígido y atento como en sacra alcándara— ilustraba la torre sonora el cuervo de mi padrino.

En la Escuela todos los muchachos contaban una hazaña propia.

Quien había sacado un camoatí sin una picadura de las avispas; quien había cortado, con el canivete de su cometa, el hilo de la de un vecinito taita; quien había cacheteado al pendenciero Ibáñez; quien había cazado un chimango con la aripuca; quien había

muerto un hornero sin que se le secara la mano; quien había enredado el baile de su trompo en el peinado de la maestra...

Yo no tenía hazaña. Era un chico inédito en aquel escenario de cachorros de circo.

Un día se me ocurrió ir a buscar mi hazaña.

La Vieja Sorda tenía un tataranieto a quien apodaban El Muleque.

Era redondo, áspero y callado. Al lado mío parecía un tatú cerca de una garza.

Mi padre había puesto una pulpería en la esquina del edificio grandioso de nuestro caserón.

Enfrente se achicaban las casas de la Vieja Sorda.

Una tarde, a la hora de la siesta, me hallaba sentado en el umbral del negocio.

El Muleque andaba por atar a soga el petizo de la anciana.

Me le fui encima y lo peché.

—Dicen que andás hablando mal de mí... y yo te voy a enseñar.

El Muleque me apretó por la cintura y me ajustó una zancadilla.

Fácilmente fui revolcado. Y ya, sobre el pucho, empezó a asestarme una pedrea caliente de puñetazos, mordiscos y talonazos.

¡Quién iba a decirlo!

Quedé hecho una lástima.

El Muleque, macizo y asustado, se entró por el portón a las casas de la tatarabuela.

Yo, despachado y dolorido, me vine para el sitio del caserón.

Pasé por el gallinero.

Tomé el caminito de los dos membrilleros que se volcaba en el pozo.

Y me acosté sobre los pastos.
Había conseguido la hazaña.
Pero al revés.

IV

La casa de la vieja sorda arraigaba en la esquina del sitio.

En la punta de abajo había una tuna muy visitada por nosotros cuando se pezonaba de higos maduros, como una diosa india, y cruelmente desvalijada por los blanqueadores que le arrancaban sus paletas para ponerlas en las latas de cal y agua.

Era baja y entejada la casa, y taciturno el patio.

Estaba aquéllo presente de manera tan extraña que la casa por adentro parecía interminable, y el patio, imponente. Sería por una enredadera, por el portón, por el muro, o porque las cosas no son, con frecuencia, en nuestra intimidad, lo que parecen...

A mí me enfriaba, con sutilísima y agradable angustia, la idea de entrar en el patio. En un rincón de ese espacio, anegante para mí, guardaba el aljibe su hondura sonora, de abismal goteo. En otro ángulo, el mortero robusto de las mazamorras. Quieto, como un ídolo torpe.

La gente de aquel predio poblado era escasa y desmontable.

Doña Fernanda, El Muleque, don Juan Lima, una cotorra mimosa y la perra pelada que servía a la vieja como abrigo de los pies.

Don Juan Lima era un hombre de edad inmutable. Pelo retinto, dientes firmes, sonrisa fresca.

Se decía que aventajaba en años a la vieja. Que

la había conquistado en sus mocedades. Que era su marido.

Pero allí daba la impresión de haber vivido siempre separado de ella.

La llamaba "doña Fernanda" con humildad de yuyo sufrido.

Bien es cierto que el infeliz vivía de lo que aportaba la vieja.

Cocinaba,, lavaba, lavaba los platos, ordeñaba, barría...

El Muleque cebaba mate de leche, hacía los mandados, y cuidaba del petizo y de una lechera que ofrendaba su jugo mejor para el mate de su dueña.

Don Juan Lima usaba boina negra, chiripá de apala, tamangos de tiento y una camisa invariable, como su edad. Solía andar con un ponchito rabón y una soguita en la mano.

En sus buenos tiempos fue carrero, compositor de caballos, domador.

Ahora leñaba de vez en cuando, quinchaba con habilidad pacienzuda y hacía pozos de agua en las casas nuevas.

La única ocupación de la vieja sorda era besuquear y alimentar a la cotorra que se le trepaba desde los zuecos a los hombros, y le miraba con gracia fija la cara mortalecida.

En aquel bendito hogar cada uno iba por su lado.

La misma perra sólo establecía un acercamiento con la anciana cuando se acostaba a los pies del camastro.

Doña Fernanda poseía, además de la casa y el sitio del pueblo, una chacrita muy simpática. Quedaba sobre el camino real, cerca del cementerio.

Allá por los ochenta años de su vida, un patriarca

de Treinta y Tres formalizó con ella un convenio llano y macabro. Estaba habituado al tal arreglo, pues le había dado un resultado engolosinador.

Su fortuna era el fruto picaresco de esa costumbre.

Don Lalo Medeiros (así se llamaba) tenía una tentadora carnicería y un espacioso almacén.

Se acercaba a cualquier persona vieja, inocente o abandonada, (pero con bienes) y le proponía darle carne y mercadería mientras viviera, a condición de que, al morir, le dejara las propiedades. Casi todos aceptaban, y el hombre se puso pechón de tanto título como le caía a las manos.

Doña Fernanda, con bienes y sin plata, aceptó el ofrecimiento de don Lalo.

Don Lalo no contaba con que doña Fernanda le iba a vivir CIENTO CINCO AÑOS.

Cuando murió la Vieja, hacía quince años que la carne y la mercadería habían ultrapasado los cálculos.

Hombre de palabra, a pesar de todo, cumplió lo estipulado.

No se sabe si el trasiego influyó en la cosa.

Pero es lo cierto que don Lalo Medeiros clausuró sus arriesgados almacenes a los pocos meses de haber fallecido la Vieja Sorda.

V

Como estuviéramos en Carnaval, resolvimos formar una comparsa.

A los niños nos gustaba agrupar una farándula. Rápida, sin preparación, como saliera.

Yo fui elegido director. Era el centrito de imantación de los muchachos.

Mis hermanos, primos y amigos se fueron repartiendo los puestos.

Nadie quedó sin título. Así éramos. ¿Quién iba a formar montón?

Cada componente tenía que ser un ser distinto y distinguido.

Uno con el estandarte; otro con el tambor de lata; quien soplaba una flauta de apio cimarrón; aquél barajaba la escoba perdida. Víctor fingía animar un clarinete en un tronco de repollo. Isabelino se había cruzado a la espalda un arco como un bajo helicón. Pichón firuleteaba la guitarra, y tremolaba los solos.

Todos éramos cantores.

Nos pusimos en marcha.

No me puedo olvidar: yo saltaba adelante, tiznado, y exhibiendo mi bonete especial.

Golpeaba el suelo con una vejiga atada a una vara. La había inflado con la bombilla del héroe de Sarandí.

Ibamos a cantar nuestras ocurrencias a casa del Muleque. En nuestra inteligencia de farsa considerable equivalía a un personaje recíproco que nos aguardaría con algo digno para festejarnos.

Pero al penetrar en el patio aquel que me escalofriaba, un cuadro de sainete doméstico nos hizo reír tanto, que la comparsa se descompuso, irreverentemente.

La vieja sorda atesoraba un frasco con dibujos demediado de pitangas. En un tiempo surtieron de gusto con sus entrañas a un guindado casero.

Ya inservibles, resolvió tirarlas al patio como alimento extraordinario de las aves que poseía.

Los primeros en aparecer fueron seis furibundos patos que, en un santiamén, se engulleron los numerosos granos.

Al poco rato andaban revolcándose.

Yo nunca había visto una cosa de esas.

Los patos, habitualmente, andan en hilera, con un zandungueo importante.

Allí, borrachos, querían pararse y se caían sobre un ala o con el pico de punta.

Se revolvían unos contra los otros, o se tomaban de sostén para endezarse.

Imposible. Las planchas natatorias nadaban en el aire.

Y ¡cuén, cuén, cuén!... ¡cuén, cuén, cuén!.. En el mismo lugar. Desesperadamente.

El Muleque, acostumbrado a estos entremeses. les fue echando agua por el buche, abriéndoles los picos a la fuerza.

Al sentir la influencia juiciosa del líquido, los patos se fueron plantando con violenta torpeza, hasta que, ya dueños del zapateo de sus membranas, endenezaron en fila para el fondo del sitio, estirando los pescuezos con un resople de escándalo y vergüenza.

La comparsa sufrió también una reposición.

Y agarrando nuestros adminículos de juerga inocente, salimos a la vereda a recibir los homenajes del señor Muleque.

Este, había dejado el jarro de agua con que disolvió la bacanal palmípeda.

Nos estaba esperando.

Tenía aderezada una bandeja de tallos de hinojo y una fuente de pepitas asadas de durazno.

Después de la cantarola, el bailoteo y el uso libre de los instrumentos, nos servimos las ofrendas.

Terminada la ceremonia, nos retiramos, volviendo tres veces sobre el Muleque para inclinarle nuestro estandarte de titiriteros, armado con una cortina de

coco federal. La habíamos descolgado de una puerta interior de la pulpería del viejo mi padre.

Al trasponer el portón de casa, una apretura al corazón me tumbó.

Me llevaron a la cama.

Al volver en mí, me sorprendió una curandera blandiendo el hisopo sobre mi cuerpo chico.

Y cruces y bisbiseos de ensalmo...

Las pepitas tostadas de durazno me habían intoxicado.

VI

Estábamos en Semana Santa.

Para mí, Dios había muerto, y el diablo campaba vivo por el mundo.

Durante tres días iba a darse ese gusto impune, desquite perverso.

¡Qué días extraños!

Oír una lechuza de noche o caminar solo de día, me ponían una angustia inerme de chiquilín de Dios abandonado del cielo.

Pero así estallaba mi júbilo el Sábado de Aleluya.

Era uno de los más estrepitosos muchachos que festejaban la quemazón retumbante de los judas colgados en las esquinas del pueblo. Sobre las barricas calafateadas de las hogueras.

...La Vieja Sorda iba para la Iglesia como podía.

Llevaba un hábito de café denso, trémulo de medallas y tablones, dedicado a la Virgen del Carmen.

Aquella tela de penitente era un acierto humano de ritualidad.

Calzaba callados zapatones de abrigo.

Como no pudiera subir los peldaños de entrada al atrio, yo me acerqué a servirla de sostén y acompañamiento.

Me utilizó distraída, y no me dijo nada.

En la mitad del atrio, un milico feroz le cruzó las canillas de un varazo al atorrante Ramón Carrasco.

—¡Qué horror! —dijo la anciana.— ¡Qué herejía! ¿No sabe ese soldado que HOY no se pega a nadie? ¿Que es Viernes Santo?

—Este mataperros es un hijo del diablo, — pensé yo, alarmado, sintiendo el chasquido de la vara de mimbre fogueado con un sugestionado temblor.

Entró la anciana al recinto tenebroso, macerado y clamante.

Yo me fui a la casa parroquial para pedir la bolada de llevar la matraca en seguida del almuerzo.

Conseguido tal privilegio, permanecí un buen rato en la vereda de la iglesia, esperando la salida de la vieja.

Quería acompañarla para conocer un hijo suyo que había llegado dos días antes a visitarla, y del que se comentaba una proeza estupenda.

Se llamaba Clementino, y cuando alguien quería aislarlo prestigiosamente, añadía: — El hombre que ahorcó al tigre.

Parece que un día le salió de un bañado un jaguar. Con inaudita rapidez, empuñó y revoleó el lazo, lo anilló del pescuezo, y espoleó el redomón como una furia.

El jaguar fue estrangulado a la carrera.

La gente lo miraba como a un ser mágico.

Cuando volvimos con la Vieja, don Clementino estaba sentado en una silla chata de quebracho y cuero de ternera.

Como no nos sintiera, doña Fernanda lo sorprendió fumando.

¡Escena increíble! Realidad gaucha.

—¡Fumando delante de su madre! —entregritó, ahogándose la vieja, con un penduleo colérico.— ¡Hínquese enseguida!

La anciana se agachó, desde su agachadura senil, haciendo esfuerzos mortales y amenazantes.

Con quejosa dificultad tomó en la mano derecha uno de sus zapatones de ceremonia, y se estuvo aguardando la antigua obediencia.

El hijo, el arrastrador del jaguar; aquel hombre inmenso de fiereza y corpulencia que le rebasaba la casa, se hincó como un sacristán.

La vieja le mesó las barbas largas y canosas; se sostuvo en ellas, y empezó a pegarle con el zapatón en la boca.

Salí disparando, con un terror que me hizo saltar el muro del sitio, y caerme entre unas ortigas, sin darme cuenta de nada.

¡Qué pinza úrtica iba a sentir yo con mi loca impresión!

En seguida del almuerzo, me fui a la casa parroquial. Salvador, el sacristán auténtico, me puso la matraca en mis manos retozonas.

Arranqué "matraqueando", y la muchachada empezó a seguirme, barullenta.

—¡Qué oficio macanudo! — gorjeábamos todos, turnándonos en el golpeteo ritual por las calles y aledaños del pueblo.

Al anochecer, regresamos a la casa sagrada.

El párroco, enérgico y dadivoso, nos regaló medallas y caramelos, y alcanzó a pellizcar a un atrevido que le pisó un pie doliente.

Nos prometió la resurrección de Dios para el otro día.

—DIOS VOLVERA A VIVIR MAÑANA A LAS NUEVE.

VII

Ya con más de cien años, doña Fernanda resolvió purificarse de una manera aturdida y ensañada.

Todos los días se daba un lavaje a cualquier hora, exagerando la cantidad.

Comenzó a hincharse.

Un día determinó hacer un viaje a la chacrita que poseía sobre el camino real, cerca del cementerio.

Mientras el Muleque le ensillaba aquel petizo cazurro y tubiano que permanentemente pastaba en las cercanías de la casa, ella se vino con una soga en las manos.

La traía como una idea ingenua de lazo: con lazada y rollos.

Hizo un infantil y acertado tiro de lazo al pescuezo del ternero.

Quería dejarlo atado.

Pero el diablejo, de geográficas zonas bermejas, era de lo más salado.

Pegó un tirón, volteó a la vieja, y le escurrió la soga de entre las manos rayadas y tembleques.

¡Pobre vieja!

Fui a levantarla. Le alcancé mis manos serviciales. La alcé como una cosita maneada y plumosa. Y se encaminó a las casas sin mirarme ni agradecerme.

Este desdén me hería. Me avivaba una detención conocida y amarguita.

Y ¡cómo me ponía esa forma absoluta y madura que se estaba doblando, geotrópicamente!

Porque han de saber que la anciana mantenía, como resorte arduo, un orgullo final que la sostenía. Nunca usó bastón, cayado ni apoyo alguno.

Siempre sobre los pies gastados, llevándose desde el afán de andar sin ayuda... lo más que pudiera.

Don Juan Lima y el Muleque la levantaron fácilmente, y ella montó en el petizo a la clásica usanza gaucha: con los dos pies para la izquierda.

Naturalmente: la vieja no tenía montura de pico ni estribo de zueco.

Su zueco sufrido estribó en un triángulo ordinario de hierro liso, muy lustrado en la cara interior de la plancha.

De las casas del pueblo a la chacra habría media legua.

La vieja hacía ese camino en un día.

Daba el petizo cuatro pasos, y se detenía.

Rastroneaba de vicio, alzaba la cabeza dura y maliciosa, miraba a los costados, y después de repetidos ruegos y desasosiegos, movía las patas lentas, y adelantaba otro trechito.

Así, hasta que al mostrarse la noche, pisaba con tranco regular y entraba en el galponcejo de la chacra sin hacer caso del freno ni de los pedidos de su propietaria.

El petizo sabía que en aquellos viajes era el dueño de la aventura.

En el galpón se paraba muy serio.

Yo sé que el diminuto equino bromeaba de lo lindo, esperando que le bajaran el ATADO.

...Una chacrera fortacha y cincuentona que le cuidaba la chacrita vino a sacarla de arriba del petizo bandido.

Doña Fernanda, desmadejada y sin movimiento, se estuvo prendida de la chacrera.

Después, atinó a caminar despacito, como recordándose un momento.

Entró a la cocina.

Allí se alojó en una silla baja de palo y cuero, atraída por las llamas fragantes de las chilcas.

Entibiada y alegre, se fue durmiendo...

VIII

Se venía asomando el amanecer en las costas disueltas de la noche.

Quebradas y movidas las barras del día, sólo las estrellas más atrevidas iban manteniéndose, mareadas.

Al fin, quedó el Lucero.

Parecía la mano del cielo vertiendo la aparición de las formas.

Desde el anuncio sumergido del día, los horneritos y los churrinches habían abierto el acto de los saludos a la luz.

Ahora los pájaros se variaban por los tejidos cingaleses de los paraísos del patio.

La Vieja Sorda se había levantado con las gallinas, y llevaba maíz en la ensenada del delantal.

Al desparramo del primer puñado de granos, las aves se agruparon ruidosamente en un círculo de fiesta.

Después, doña Fernanda se puso a mirar por los alcances de los términos hasta que sus ojos añados se detuvieron en el cementerio.

Suspensa, notaba, en un sopor sinfónico, cómo el sol cambiaba las tonalidades sobre el predio augusto.

Impuso una sorpresa de rosas fluidas; siguió con flechas líquidas, laminajes amarillos y licores zarcos,

para sostenerse en unos torrentes, blancos hasta la lividez.

Resolvió regresar a la casita del pueblo.

Hacía seis días que estaba en la chacra. Y no podía hallarse más...

Apurada y apresurada por llamados finales, un desasosiego pávido, de congojosa y entrevisible lucidez, la manejaba de aquí para allá, ya sin conciencia, casi sin pulso.

Le manaba una ebriedad que la colmaba de un anhelo consumador: dormir, descansar, llegar a un estado fundamental de paz y sueño...

Y volvió a su casita.

¡Cómo le costó!

Don Juan Lima y el Muleque salieron a buscarla por la orilla del pueblo.

La conducían sobre el petizo, sosteniéndola.

Colocáronla en la cama.

Allí un sosiego perfecto la iluminó de una serenidad macerada.

Una sonrisa de un plano más suave le abrió la boca, y dijo, alejándose, estas palabras, que presentaban la verdad remota, y juntaban la cuna y el sepulcro:

—Quiero mamar... RECIÉN NACÍ...

Y se aquietó, transfigurada.

En ese momento el Crucero volaba sobre la cruz de la parroquia.

Como la hidropesía la dejara sumamente túmida, hubo que acercarle los pies atándole una cinta sobre los tobillos.

El velorio fue tan apacible que hacía bien.

Nadie lloraba.

Era un renacer.

Pasaban los mates por entre las manos como urnas ardientes de libaciones íntimas.

La sigilosa perra pelada entraba y salía en y de aquella pieza en un estado traqueteante de sonambulismo y supinez.

La cotorra, desde el patio, apuntaba, por momentos, con uno y otro ojo, hacia la ceremonia.

El Muleque se me allegaba, decía: — ¡Pobrecita! — y me abrazaba.

Así, mientras estuve en el velorio.

Don Juan, como un preso de cocina, tomaba mate de leche, SOLO, soplaba el fuego, y letanizaba con una tregua aliviadora:

—Así es la vida... Tarde o temprano todos nos iremos...

Estaba yo al lado de mi madre y de uno de mis hermanos formando rueda solemne, ensartado con unas cuantas personas taciturnas.

Como un personaje importante, empecé a aclarar una impresión respecto de la Vieja Sorda: me dí cuenta de que conservaba, de manera viva y hendida, la sutil ofensa de no haberme mirado nunca, y de no haberme dirigido una sola palabra... Nunca...

En eso, se desató el cordel tensivo que le unía los pies.

Y se movió el cadáver.

Disparamos casi todos.

Mi madre se aproximó al cuerpo indefenso y licenciado.

Volvió a ceñir la cinta.

Y besó la frente detenida de doña Fernanda Soto.

Aquí está la décima que cantó Juanita·

Esta moza bien criada,
De tan buena educación,
Encuentra una proporción
Que nadie se la esperaba,
Y haciendo que se paseaba
Con tanto gusto y placer...
Pues quien había de creer
Que siendo de tanto juicio,
Que hiciera lo que ésta hizo,
Y sin saber el porqué.

Versos de un valor estupendo, embalsados en una música cómplice, — rancia y nuestra como doña Fernanda.

De niños los aprendimos en la garganta alejada de aquella forma sin peso, en estado de vuelo.

Algún día hemos de hablar largo sobre esa décima y su música inseparable.

ISLA PATRULLA

Romance

1935

Pitila:

Cuando conociste a Hermógenes, en el momento de su liberación íntima, tus lágrimas más lindas se adueñaron del Romance.

PRIMERA PARTE

I

Un año antes de casarme, en un acceso alegre que me llenó la vida...

Mi madre... mis hermanos...

Me resolví.

En el fondo de esta determinación se movía Treinta y Tres con su llamado mágico.

Preparé mis bártulos, y allá me fui, calándome en aquella arisca zona del este.

En la estación, encendida y escénica, asaltada por la magna trepidación de la locomotora refrenada, estaba mi gente en grupo de recibimiento, y se me acercaron alejados amigos aparecidos...

Después me llevaron al caserón de calcomanía de mi infancia.

* * *

...Mientras celebraban un postre de damasco y merengue que había llevado de Montevideo, le pregunté a Juanita si tenía preparado el viaje que le propuse telegráficamente como condición para visitarlos.

—Está todo pronto, ché.

En la sobremesa, resolvimos salir al otro día.

Iríamos a Isla Patrulla.

Allí amontonaba sus piedras sagradas el espacioso colegio que dirigía mi hermana.

Era época de vacaciones.

—¿Sabes quién nos va a llevar?

—¿Quién?

—Agustín Diogo.

—¿Ah, sí? ¡Qué compañero para las cuerdas!

Infuso guitarrero era Dioguito.

La guitarra, inclinada y abierta por sus dedos, se volvía urna iluminada de sorpresas.

Atrevido y seguro, presentaba el auténtico genio gaucho de la intuición musical.

No descifraba una nota.

Tocaba de oídas y creaba por pálpito.

* * *

...Salimos, pues, con Diogo.

El viaje de Treinta y Tres a Isla Patrulla resultaba como para nosotros, acostumbrados a cruzar desde la infancia pasos, bañados y sierras, desparramados en sus caminos.

Me acuerdo de un corredor del Yerbal donde las piedras se aligeraban hasta poner manos de punta, sobre las que las ruedas se lijaban como una molienda.

Le decían El Quebradero.

Yo había hecho registradas veces ese recorrido: a caballo — solo y en ancas —, con carro de lechero, sobre coche de estancia, a pata cruda.

Preferentemente, en petizos manoteados.

Pero, ahora, hombre montevideano y comprometido, bien me merecía el carruaje del auriga melodioso.

...Nos instalamos en el colegio.

Yo iba muy sutilizado de lecturas teosóficas, con una imposición íntima y fanática para expresar la poesía por manera directa, distinta, transfigurada.

* * *

...Estaba una mañana a la sombra del edificio, siguiendo las moles titánicas, desmontándose en la luz, — cuando troloreó en el camino el galope robusto de un caballo oscuro, integrado con una figura clásica de gaucho del este.

Pañuelo volador debajo del sombrero; poncho negro, moldeante; barbas antiguas, blanqueando como un torrente.

Al galope, con tranquilidad avezada, miró para las casas, y me saludó con una reposada inclinación de cabeza.

Vi que era hombre de numerosos años.

—¿A qué no lo conoces? — me preguntó Juanita, apareciendo y empezando a saludarse con el viejo grande, que se fue dando vueltas sobre el caballo hasta perderse.

—¿Quién es?

—Don Ezequiel Cruz.

Era el Patriarca de Isla Patrulla.

* * *

...Principal ocurrencia donativa, había ocupado la idea raigal de su padre esa hija de las sierras, donde Ezequiel fijó con moral heroica la estancia heredada, acendrando las virtudes esenciales de la raza.

El coronel Santos Cruz edificó primitivamente las poblaciones estrenadoras con los peñascos de la sierra generosa.

Esto fue enseguida de clausurada la Guerra Grande con el abrazo difícil del Pacto.

El formidable Santos había intervenido en las correrías fantásticas de la división Cerro Largo.

Hijo de aquel Filomeno Cruz, celebrado en los Compuestos de los campamentos artiguistas, había elegido para Ezequiel la estancia de Isla Patrulla, donde pasó más de la mitad de su vida las escasas treguas de las revoluciones.

De los doce hijos, Ezequiel mostró, desde sus primeras andanzas, inequívocamente, la herencia patrimonial de la familia.

Era como el abuelo, como su padre.

A él, pues, destinó la más valiosa suerte de campo.

* * *

...Cuando el coronel Santos Cruz se determinó a edificar en Isla Patrulla, marcó una parcela donde, según lo había oído referir a los antiguos, se hallaba un cerro hundido.

En sus tiempos asomados, ese cerro tuvo en el centro una laguna, como un corazón, como una copa.

El caudillo blanco armó el cuadro de las poblaciones encima de la porción plana y ancha del monte, y buscó, con tenacidad minera, la boca de la fuente, sobre la que plantó la bóveda y el brocal del aljibe, recubriéndole el círculo, desde el nivel del suelo, con baldositas albas y celestes.

Con el tiempo, dos enredaderas de zocará se tre-

paron al cuadrilátero del brocal, colocando sus calados rojos sobre el genio pocero sumergido en la laguna del cerro.

II

¿Adónde va don Ezequiel con el galope mojado y caliente de esta mañana de enero?

Sigue por el camino palpitante y sin dueño.

Allá, frente a la guitarra estirada de una portera, detiene el caballo.

Se apea.

Afloja y tiende el corazón sufrido del alambrado.

Cruza el oscuro por entre los hilos.

Vuelve a enderezar la portera y la anilla al horcón de la derecha que la retiene como un brazo.

Monta de nuevo.

Y otra vez al galope.

Al galope, al galope, al galope... Pero ahora por un caminito íntimo, que lleva de intento a unos ranchos.

Las viviendas de su compadre Polo Guiní.

Ha fallecido la ahijada, y el viejo taciturno y sentimental viene con la idea cuidadosa de presidir la entrega del angelito.

* * *

...La noche anterior, sobre la madrugada, había dejado el velorio, después de inaugurar la ceremonia de los ritos obsoletos con que la raza festeja el tránsito del ángel.

La mayoría de los asistentes había practicado ya

el acto de los nudos, tomando las cintas largas del vestido a aquella silvestre muñeca detenida.

Logró la última vuelta, la más cerca del cuerpo tabú, una de las muchachas vecinas que estaba para casarse. Precisamente, la madrina.

Madrina, madrina, madrina,
Rilo, rilo, riló, rilo, rina,
En el pecho de la golondrina
Ya te viene la suerte más fina .
Tácate, técata, tócata, tina,
En el pico de la golondrina.

* * *

...El baile se desenvolvió con tácita solemnidad, cantándose refranes alusivos y evocaciones esperadas.

Fue establecida la música por las manos sabias del negro Sixto Téliz: había puesto contra su corazón la acordeona pierna, apretándole el dibujo más alto con la dulce costumbre del mentón.

Dos guitarras pisaron el acompañamiento. Honorio ajustó la abeja sorda de sus bordonas, y Soria, el carrero, sutilizó las hormigas locas de sus primas con el temblor agudo de sus callos digitales.

* * *

...Carbón cordial de la más genuina herencia africana, la tía Felipa andaba, tableteando el zueco, con un porongo curado por cuya boca se asomaba el rabo de la bombilla navegante.

Obsequiaba por turno a la concurrencia sin fallar la persona rotativa.

Cada vez que pasaba cerca del angelito exclamaba,

explotando un nudo de humo desde el depósito de su cachimbo blanco:

—Parece una flor grande.

Después bisbiseaba rezos especiales en su bilingüidad afrogaucha, y contaba, con vivacidad de camoatí rajado, cómo eran los velorios de los angelitos negros allá por los adentros del Africa perdida.

* * *

...Don Ezequiel desmonta; entra a la pieza iluminada del velorio, y acercándose al padre, que se encuentra estólido y hundido entre los paisanos, lo empuja con una voz que hace bien:

—Vamos, compadre.

Enseguida se inclina sobre la carita quieta, la besa, y ordena el tapamiento de la caja.

Lloran bruscamente la madre y las hermanas.

El padre y los hermanos, parientes y amigos, salen a requerir sus cabalgaduras.

Montan los hombres que han de asistir a la entrega del párvulo.

No habrá entierro, porque los gauchos entienden la calidad de los seres, como nuestros mejores indios.

Aquella criatura estaba todavía en el aire.

No había recogido tierra por ninguna entrada de su cuerpo.

Los gauchos no enterraban inocentes.

La voz de la raza hasta les prohibía llorarlos.

Los ponían sobre piedras suaves, coronadas por árboles tutores.

...Seguido de un montón lento de criollos, viene don Ezequiel con la caja clara sobre las cruces del oscuro.

La envuelve con un brazo hasta la orilla de los dedos.

Lo acompañan como a jefe sacerdotal.

Llegados al dolmen elegido, desmontan, y don Ezequiel alza la caja hasta la piedra verde donde deja a su ahijada.

El tala se hace depositario de aquel ser chico, y toca el estuche sumido con la crespa criba de su sombra.

Los asistentes se retiran al paso de los caballos, sin hablar.

Al tomar el camino real se separan, despidiéndose con rigor.

* * *

...Don Ezequiel agarra solo el rumbo de sus pagos.

Frente al colegio, sofrena.

Se apea.

Abre la portera, y con el oscuro de tiro, endereza al galpón.

Mi madre y una hermana se interesan sensiblemente en recibirlo.

El viejo, avisado y prudente, pregunta por Juanita... y por un mozo que había visto cuando pasó por el colegio...

—Es Pedro, que ha venido de Montevideo a visitarnos.

—Pero ¡qué barbaridad!, ¡un hombre! ¡Cómo crece pronto la gente cuando no la vemos!

—Y ¿qué anda haciendo por estos lugares, don Ezequiel?

—Vine al entierro de una ahijada.

—¿Cuál?, porque usted es el padrino de toda la isla.

—Una hija de mi compadre Polo Guiní. La más chica.

Y enseguida:

—Y la maestra y el forastero, ¿por dónde andan?

—Fueron a lo de Amejeiras.

—¿Con que Pedro está en la isla?... Mire: dígale que mañana mismo le voy a mandar un caballo ensillado para que nos haga una visita. ¡Qué alegría vamos a tener con él en casa!

Y sin más, habiéndose enterado de quién era el forastero que había entrado en la isla, se despidió de mi madre y mi hermana; remolcó al caballo por la rienda, y con una agilidad y tiesura admirables en sus setenta años, subió al oscuro que, con un envión natural, se tiró al galope sobre el cuero reseco del camino.

* * *

...Bajo el tala, quedó el angelito jugando a volar con los pájaros y la luz ligera.

El árbol duro y dulce iba a ser desde ese día el verdadero padrino de la criatura sola...

III

A eso de las nueve, Juanita tenía listo el sulky que guardaba en el galpón del colegio.

Después de haberme invitado a que la acompañara,

pues iba de compras a lo del gallego Amejeiras, salimos en el pequeño vehículo, que parecía un juguete.

Yo llevaba el pillo interés de averiguar la fecha de la penca que había oído anunciar a un vecino dispuesto.

Llegamos a la pulpería de la Isla.

El avispado pulpero nos recibió con saludos estrepitosos, haciendo entrar a mi hermana en las piezas de la familia, a través de un patio atorrante, asaltado de plantas fáciles y yuyos atrevidos, con un parral huesudo y rotoso en un ángulo.

Yo me quedé acodado al mostrador, charlando con el Juez de Paz, que se dedicó a tratarme con lujosa y medida cordialidad.

Al regresar a mediodía, traía el día de la penca y la promesa del oficial de justicia de venir a buscarme con un caballo vestido de plata, para que "el poeta", como se dio a llamarme, hiciera presencia resonante en la reunión.

Llegados al galpón, mi madre, desde lejos, adelantó:

—¿A qué no saben quién estuvo hace un rato?

—¿Quién, mamá? — preguntó Juanita, que era muy poco sagaz.

—Don Ezequiel. Y piensa mandarte mañana un caballo ensillado para que vayas a visitarlo, — siguió, dirigiéndose a mí.

* * *

...Repentino entusiasmo me endulzó el pecho.

Acontecimientos de la niñez... Días de aquel tiempo infinitamente inapercibido que nos va tejiendo el tiempo puro... La vida lo irá desconociendo o sacri-

ficando... Pero náuticos ejercicios del alma saben descubrirlo.

Me sentí en estado idílico de espera.

Vísperas cabales.

* * *

...Esa tarde — avanzada — salí a visitar el campo.

Caminando... caminando..., con suspenso mareo de fiesta, me iba presentando la Contemplación cosas grandiosas y lindas.

Anhelo hendido me movía a la soledad andariega y sutil que habría de entregarme como a mago o novio las reconditeces de la naturaleza.

Así lo creía.

Bañados guerreros y peligrosos; árboles agarrados coronando las moles hurañas, invadidas de escamas y felpas verdes y salpicaduras de herrumbres; mangueras pétreas con su perfecto círculo; primitivos muros marcadores; dibujados vacunos; cuervos sabios y graves, de acechanza aviadora; bandadas de mirlos indios; sierras titánicas acollaradas, donde el sol pasaba torrentes colorados de luz présaga...

Un guazubirá se me acercó con la cabeza pícara y provocativa.

Se me escapó, salto sin tiempo.

Chivitos salvajes colocaban su gracia empinada y alpestre, como piezas de rompecabezas.

Me atreví — por su caminito mudo — con uno de los cerros más vistosos.

Miré para abajo, y vi un abismo lúcido maravilloso.

Allá, por lo más calado, relampagueaba la hebra viva de un regato.

En el filo de sus orillas, cenobitas palmeras perdidas. Sus casquetes, por reducción visual, les dibujaban figura de mosqueros fanalizados.

Plácida águila mora frisó el viento sobre mi cabeza descuidada.

Casi me caigo.

Recién pude admirar hasta dónde había trepado.

Tenía el cielo a la mano encegueciéndose en el sacrificio de la transfiguración nocturna.

* * *

...Cansado, me tiré, como llamado, sobre los pastos.

Inevitable costumbre animal que conservo de niño.

Una luna entera fue levantando desde la garganta serrana su círculo luciente.

Aparecía tan fuerte, que su claridad atacaba las cercanías y distancias con eléctricas lluvias de flechas verdes.

¡Qué luna, señor!

Quebrándose en las piedras, les hervía las bases y los pechos con encadilamientos hasta rebasarles una marea de fantasmas que inundaban todo con su influencia adormiladora.

* * *

...Cenamos en el patio bajo la ebria llama selénica.

Murciélagos de capa abierta y dormilones con alas de género, sesgaban, sigilosos, sobre la encantada mesa de la escuela.

El chisperío nupcial de los bichitos de luz hacía desparramo alucinado de una joyería de cuento.

Terminada la cena, salí al camino.

Nunca lo olvidaré.

Ovejas... ovejas... ovejas... Corderos... corderos... corderitos...

Una majada fantástica, balando, medrosamente, sobre el pezuñerío menudo y acorde.

Carneros con cencerros de cantineo empañado...

Perros ordenadores...

Gauchos clamantes y sibilantes...

Cosa imponente y suave.

En aquella escena de mareo fosfórico, fluidas cales astrales producían el fondo móvil y el ambiente mágico.

Al desvanecerse la majada, la luna tropera se la arreaba con su vaivén aéreo y asordado.

* * *

...Allegándome a las casas, percibí un charloteo animado.

Había visitas, y como refrescara de un modo inesperado, estaba mi gente en el comedor, proseando con un matrimonio vecino que había venido a pasar el rato, aprovechando la noche iluminada.

Cuando a mi paciencia de auditor le pareció muy desabrida la pareja, me fui a acostar.

Empezó el drama conmigo mismo de aquella época.

Mi intimidad, removida y desarmada, sufría una congoja maligna que solía llenarme de temblor intencional y sudor cómplice.

Mis sienes... mis dientes... las varas de mis dedos...

¡Cómo demoré en acomodarme al supino descanso que nos envuelve y saca a planos renovadores del ser!

* * *

...Hacía rato que me había dormido, cuando mi cuerpo, sintiendo ciertas zonas irritadas, me despertó en un estado cáustico y premioso.

Me tiré de la cama que me habían armado en el salón del colegio, y llamé a un hermano.

Yo sabía que en este local había cosas alarmantes, como para tener prevenido al más aposentado de ánimo.

Sin ir más lejos, debajo de la tarima donde colocaba la maestra su silla, como un peinetón, se ensilaba una caterva de zorrillos.

Un águila amarilla, "renga", que días antes se había abalanzado sobre mi madre abriéndole el envés de la mano izquierda, se erguía sobre la canilla sana encima del escritorio de la pedagoga, mostrando el pico quebrado, sin la aguja carnicera.

Mi madre que, como San Francisco, andaba siempre ceñida de pájaros, se había opuesto autoritariamente a que matasen el águila cruel.

Sólo fue castigada en el pico.

Le parecía obra fácil convertir un ave mala, siguiendo su apostolado eglógico de hablar con los pájaros y hacerse atender de ellos; viéndose en todo momento festejada con saltitos contentos y píos especiales. [1]

---

1 Estaba en Santa Lucía sometiendo a pruebas continuas este romance, cuando falleció mi santa madre en Treinta y Tres. Enero 12 de 1934

Malva de San Francisco. Veneración balsámica Recuerdo inagotable.

...—¿Qué será, che? — preguntaba yo, rascándome como un condenado.

—Los macuines — contestaba mi hermano, riéndose de mi estreno —. Echate creolina.

Conseguí un pañuelo frondoso. Lo empapé en el insecticida terciado. Y con esa arma de defensa en la mano, volví a la cama.

Al momento recrudeció el regalo de los "bichos colorados".

Donde manaba la erupción, iba aplicando el lienzo mojado.

* * *

...Había llegado la madrugada y mi derecha brava golpeaba todavía las partes atacadas de mi cuerpo.

Cuello, pecho, hombros, piernas, talones...

En todos lados caía mi mano fulminadora y mi maldición creciente.

El sueño, al fin, pudo más que los macuines.

Y me dormí, alterado, quedando el pañuelazo sobre mi cara como un arma pronta... y quieta.

IV

Costumbre de nacer. Antes de quebrarse el vichadero del sol, me vi despierto.

Tiré el pañuelo aséptico, y puesto de pie, pasó mi actividad a los actos y pensamientos olvidadores.

La noche, con su majada selenita y sus macuines íntimos, ya no existía para mí.

A nacer con el día.

Atravesé el patio y sorprendí las barras del cielo, coloradas, como enjambre de lacres.

El lucero se sostenía tan imperioso y atento sobre la atonía de la naturaleza. QUE MIRABA.

* * *

...En la cocina, Eduviges, amontonada sobre el trafoguero, había hecho fuego en la céntrica rueda del suelo.

Las calderas del mate estaban llamando al "vicio verde".

—Güenos días, don Pedrito.

—Buenos días. ¿Hay mate?

—Esperándolo.

—Lindo. Deme mi pavita. Yo me lo cebo.

Y me fui a tomar mate al galpón que abría su pentágono sobre el este, como el ojo de las casas.

* * *

...Estaba sumido en mi visión natural, cuando una hermana corrió desde el comedor con una crucera colgada de sus dedos por la cola.

—Fijate de lo que se escapó mamá.

La había encontrado rígida entre las patas del sillón.

Con seguridad, como refrescara de golpe, la víbora se entró a la pieza donde estaban las visitas.

Buscando abrigo, se colocó debajo de las draperías caudalosas de mi madre.

El sillón, balanceándose en el movimiento de la conversación, le quebró apenas la cabeza.

La examinamos temerosamente, admirando la perfección de sus emblemas.

Después mi hermana la expuso en el alambrado interior del potrero.

* * *

...Venía asomándose el sol, como un ojo valiente con ceja y todo (nube de chispa cómplice).

Dando gritos de anuncio, cayó un gurí de la estancia del coronel Ezequiel Cruz, trayéndome el caballo prometido.

—Güenos días, mocito. Aquí le manda padrino. Lo esperan esta tarde. Mire que están de aprontes.

Y tirando un

—Adiosito, — rayó con la vara pelada el anca del petizo que montaba.

Al redondito lo ofendió bastante aquel varazo aturdido delante de la gente.

Pero eran muy camaradas y se dominó.

—¿Cómo se llama usted? — me decidí a preguntarle, poniéndomele delante del malacarita.

—Lagarto, Lagartija, Lagartero, — contestó, salpicándome con una risa limpia y bellaca.

Y de un talonazo me refregó las costillas del petizo por el costado.

Pisó la portera. Se plantó en el camino.

La primera intención del petizo, al verse afuera, fue arrojar a Lagarto por las ancas con un corcovo de sorpresa.

Seguía ofendido...

Volvió a sujetar su mala ocurrencia. Y...

Gurí y petizo arrancaron un galope infantil que los

llevó como un resorte en dirección a lo de Amejeiras, hasta perderse de vista.

V

Don Ezequiel había ordenado a los muchachos que me enviaran un caballo al colegio para que fuera a visitarlo.

Los tales muchachos me fletaron por Lagarto, el gurí más calificado de la estancia, la tostada brillante, solapadamente mansa, que estaba esperándome ensillada para llevarme a su querencia.

Serían las cuatro de la tarde cuando, vestido a la gaucha, estribé y monté con torpeza maturranga.

Saludando a mi gente de a caballo... (de a yegua, es más verdad), salí por la portera al camino invitador.

Al verse la yegua en aquella pista conocida que, orillando sierras, hundiéndose en pasos ríspidos y escoltada por los fusiles infantiles del alambrado se le adelantaba hasta la entrada de sus canchas, empezó a trotar con un balanceo contento.

De pronto, se dio a galopar por su cuenta, pues yo no la había estimulado.

Creí que ese arranque fuera debido al poderoso imán de su centro.

Pero un relincho, bravo, como un aviso, me alarmó, creyéndome envuelto en algún encantorio.

Quise frenar, y un cabezazo de la maldita por poco me da en la frente, haciéndome caer el sombrero.

Frenaba y frenaba yo, con energía y chistido, y la yegua, cabeceando, desobedecía, afanosa, los tirones de las riendas.

De varios puntos de los campos serranos contestaron a los gritos de la poseída.

Sobre las dos manos del alambrado se presentaron caballos erizados y rijosos.

Con resoplantes ollares, los "enteros" miraban coléricos a la yegua, y amenazaban llevarse los hilos fijos a pechazos y patadas.

¡Feroz contrapunto de relinchos y deseos contenidos en las rayas y las púas de los alambres!

* * *

...En esto acertó a pasar un paisano.

Iba para la comisaría a hacer una denuncia, según me lo dijo con sonrisa socarrona.

Al ver aquel cuadro y valorarlo, se apeó y me alcanzó el sombrero.

Entonces pude notarle una cojera pilla que lo hacía andar en un vaivén de punta.

Con el sí y el no de sus piernas, me acompañó largo trecho, sacándome por el bozal de aquella zona de influencias despóticas.

—Ande con cuidao, mocito. Esa tostada está salida. Ta loca. No la moleste con las riendas.

Y dándome, sobre el consejo, su mano cueruda y servicial, se despidió, poniéndose a mis órdenes.

—Pero usté no va a servir más pa testigo. [1]

Colmando la impresión que me tenía turbado y opaco, le oí una risa que, aunque se producía dentro de su persona, parecía no corresponderle.

Ejejejejeje ejejejejejeje ejejejejejeje.

1 *Refrán bromista gaucho*: el que anda en yegua no sirve para testigo.

Seis jotas de la mano. Inolvidables. Por adentro.

No era una manifestación orgánica, puesto que la risa no le llegaba a la cara, y la boca quedaba lejos de su alcance derramado.

Era como si otro ser, hundido en su vida y contrariándola, se entretuviera en tocar un resorte brusco y exacto que le dejaba la figura humorística.

Ejejejejejeje...

HOMBRE DOBLE.

Resultó ser nada menos que tío mío cercano, y capataz de la estancia del coronel Ezequiel Cruz.

Si le conocería las mañas a la yegua.

A lo mejor estaba en el secreto de la jugarreta.

Ejejejejejeje...

* * *

...Suavizada la vehemente, siguió las huellas de su querencia que le fueron aliviando el llamado tremendo del instinto.

Ya divisaba la isla mayor que rodeaba las casas por un costado, cuando Lagarto se me presentó, riéndose.

—¿No le pasó nada, mocito?

Le vi la vuelta a la pregunta.

—Nada, Lagartija.

Al llegar a la portera de entrada, casi toda la familia se agolpó a recibirme.

Abrazos, saludos numerosos, barullo entusiasta que se me fue haciendo ácido al verlos envueltos de luto.

Los muchachos, separándome para llevarme al galpón, preguntaban, atropellándome con interés:

—Y ¿no le pasó nada?

—¡Qué broma! — les contesté, entendiéndolos y recriminándolos —. Pero no me pasó nada. Lo único que se cayó fue el sombrero.

* * *

...Estábamos en lo más rebullente de la gracia, cuando se acercó don Ezequiel a saludarme, sellando patriarcalmente la bienvenida con un abrazo gaucho que nos apretó directamente los pechos.

—Tas un hombrazo, Pedro.

Después, poniendo un interés cordial despejadísimo, me invitó a internarnos en las casas.

* * *

...Había dado los primeros pasos en el patio, cuando, de una pieza, salió alta ciega procesional, trajeada con telas negras de arriba abajo.

Al verla detenida en el medio del patio, cerca del laurel blanco que abría su lámpara nupcial y escoltada por un perro atento que la seguía como hipnotizado, le pregunté al patriarca quién era.

—Pero Pedro, ¿ya no conocés a Adelina? ¿No te acordás de la pobre?

En la puerta del comedor apareció un mozo de luto que no perdía de vista a la ciega.

Cuando lo tuve bien al alcance, me atrajo con su influencia.

Daba la sensación de haber sufrido un cambio penoso en lo más céntrico de su profundidad.

Eran casi perceptibles las vidas que lo denunciaban un niño diferente de lo que había sido antes de llegar a este estado de costosa vigilia en que se encontraba.

Pronto iba a saber las mutaciones de aquel macerado muchachón, sumergido en sus verdes ojos empozados.

La ciega me saludó con mano suave y sosegada, y una sonrisa hermosa, aérea, sin dirección.

El mozo me dio una mano disparada y convulsa, colmada de revelaciones quirománticas.

Su cara cerrada, acumulada, para adentro.

VI

La forastera impresión de la llegada se me fue resolviendo en un juicioso asiento de ambiente.

Y una revoltosa indagación se soltó a removerme la intimidad más alejada, echándome preguntas y despertando momentos de mi vida que tenían que ver con aquel escenario y aquellos seres.

Salí del colegio ignorando la tragedia que había quebrado a esta familia, — hundida y presente en los limbos cordiales de mi infancia.

Y se me habían venido con divisas negras .. géneros tenebrosos... delantales y pañuelos, espesos de oscuridad y notificación...

—¿No te acordás de la pobre?...

Me trabajaba esa palabra "pobre", dicha por el viejo majestuoso.

Vaya si me acordé.

Pero yo la había conocido con sus dos ojos vivos, líquidas gemas zarcas de las sierras... Después se le habían ido dibujando con una lividez criolla que les aceró la seriedad verdegris de las motitas vegetales que entristecen nuestras piedras... Cuando se casó Palmira... la mariposa alegre de su mirada... un valse... de los ligeros... ¿Y este mozo compacto y

mudo, manejado desde otro mundo?... ¡Ah!, ¿no será Hermógenes... el que seguía a Palmira?... Pero ¿qué lo habrá puesto así?... Suave era y quebradizo. Lo llamaban "Lagrimilla"... Una vez rompió a llorar porque yo, según mi costumbre, había escrito versos en los cuadernos de los muchachos, y no me di cuenta de él, que esperaba calladito, con la hoja pronta, doblada... Lo que me costó conformarlo... Pero aquello nos ocasionó una amistad de trenza y yunta que se nos avivaba cada vez que yo aparecía en la estancia sobre un petizo disfrazado... Esa tarde fuimos a bañarnos y a sentir los rezongos de un jaguar que habían inventado en las casas para incorporar asuntos a sus cuentos inagotables... Ni que hablar: oímos y sufrimos los truenos eléctricos de la fiera... Disparamos con cierto gozoso espeluznamiento... Repuesto yo de la agitación, revoleé el "arriador" para barrer una perdiz que se nos cruzó con su cascabel amarillo... — No hagas eso, Pedro. No puedo ver matar un pájaro...

* * *

...En estas ahincadas cuestiones me somovía, sentado en un banco de la cocina, sobre el círculo del fuego, entre el cordón charlotero del mate, — cuando la voz pícara de Lagarto nos llamó a la mesa.

—Vamos, Pedro, — dijeron los dos hijos de la casa que me acompañaban desde que me dejó don Ezequiel.

Entonces, una mujer cincuentona que dirigía los preparativos desde la cocina y llevaba un pañuelo a la cabeza como una bolsa ceremoniosa, se detuvo para decirme con tono de invitación, plácido y reciente:

—Pueden dir pal comedor, nomás. Tuito 'stá pronto.

...Don Ezequiel me aguardaba sentado en su sillón, hablando acompasadamente a Adelina que se sonreía para sí con un niño grande en la falda.

En un rincón del comedor, absorto y amargo, se adensaba el mozo que había visto en la puerta, y que estuve reconstruyendo penosamente en la cocina...

Reprimida cosa triste. Tan amigos de chicos... y ahora, al encontrarnos, tan diferentes... No podía arrancar una palabra acercadora... Lo reconocía, sí, a pesar de tanta separación... Pero no atinaba a decírselo. El no me daba entrada ni con la más leve insinuación simpática.

En el ángulo principal del fondo, a la derecha, se erguía la espiral de la escalera cuya punta desembocaba en el mirador acechante de la estancia.

Colgado con tanteo geométrico y noble preocupación, un cuadro de las tropas del coronel desparramaba su pelotón de guerreros, asustantes de barbas, divisas y moharras. Al frente y rebasándolos, venía su caudillo, como el viraró principal que guía y tapa una isla.

A la izquierda, en el rincón, detrás del mozo cerrado, la lanza de las setenta hazañas...

Las hijas y ahijadas de la casa andaban ultimando los arreglos de la mesa: enarbolando los cubiertos; colocando las mejores servilletas; ordenando las sillas y los escaños; trayendo vino animador, pan casero, plumas de pajaritos para los dientes; agua del prestigioso aljibe de los zocaraes...

Coronando los primores, pusieron con cuidado ritual el vaso gigante de apoyo para el patriarca de la casa.

...—No te veo bien, Pedro, — habló, con bromeadora voz el coronel.

Una moza comedida se encaminó a la lámpara.

Con la estrella del fósforo, se pintaron dos trenzas endrinas y unas redondas y duras mejillas coloradas.

La lámpara abrió un péndulo iluminador sobre el medio de la mesa vestida.

—La bendición, tatita... la bendición, padrino... la bendición, abuelito...

Y enseguida, el desfile de un escuadrón doméstico. Mozos, mozas, niños, visitas calladas, se dedicaron a buscar sitio y asiento en la anchura y preparación de la espaciosa pieza.

¡Qué bien peinaditos y tiesos los gurises, y cómo les chillaban los "polonesas"!

Adelina, con lírica seguridad de balada, llevó, como una ofrenda, su hijo a la cuna.

Allí lo dejó, después de besarlo y arreglarle las cobijuelas.

Volvió. Y se sentó a la derecha de su padre.

* * *

...La cena no se desenvolvía con la soltura animada de otros tiempos. Se había iniciado con una obligada sopa campesina de fideos distintos, arroz pastoso y pezones de pasas de uva.

Al retirarse los platos hondos, apareció una montaña de puchero frío de espinazo.

Don Ezequiel me pasó una vértebra vacuna, recomendándome la pelara bien para sentir el sabor del ojo del hueso.

Caudalosa ensalada de colores anunció la llegada de los corderitos asados.

Acendrada y conocida fragancia llamó con tentación acogedora mi atavismo dormido.

Los corderitos habían sido tostados con lentitud y maestría exclusivas.

Yo que siento tanto la grandiosidad como la sutileza de mi raza, percibía el olor y el momento de la leña que abrió la rosa de sus brasas para sobredorarlos.

Molestos temores de mis concesiones teosóficas se me ponían en la sensación del paladar y la alegría pregustadora.

Pero el gaucho arrasante que decide mis detenciones escrupulosas, me empujó a un estado seguro para celebrar el agasajo.

Y comí corderito, como de niño, pensando en el sacrificio universal de los seres y las cosas.

* * *

...Gallinas rellenas alzaron sus patas truncas y un olor denso y sustancioso.

A todo esto, el pan casero que establece la patriarcalidad más auténtica y el vino navarro que arroja una armada jovial alrededor de las mesas más solemnes, se habían interferido generosamente con los platos cuidados de la cena extraordinaria.

Pasado un rato de charla, empezaron a viajar desde el secreto de las piezas los postres importantes.

Adelina los había hecho.

Dulces de sidra y calabazas; bizcochitos desmenuzables, dibujando letras, moñas, corazones, medallas, granos... con escondido aviso de limón quemado.

Cuando me senté a la mesa, había notado la ausencia de los dos hijos mayores de la casa y del esposo de Adelina.

Yo sólo sabía que no existía doña Cleta.

El luto estaba contando el paradero de ellos.

Pero tan aislado me tenía la ciega romancesca, que no me había dado por preguntar dónde podrían estar los tres ausentes.

—A Cecilio le gustaba tanto el dulce de sidra... — comentó la ciega, valorando, memoriosa, un bocado del postre...

Por último, llegaron unas sólidas empanadas, bañadas de huevo tostado y azúcar correoso.

—¡Cómo hacía estas empanadas la finada Cleta! — continuó el viejo, evocando a su compañera.

Aquella mujer ciega y viuda, por lo que acababa de oír, y este gaucho sagrado, áspero y amoroso, daban a la casa un aire de hosquedad agradable y poderosa.

* * *

Terminada la cena, nos hicimos atrás y abrimos cancha, cada cual maniobrando su órnito mondadientes.

Considerando don Ezequiel que demoraban mucho en sacar los manteles, ordenó, con una de las más antiguas ideas gauchas:

—Levanten los manteles pa que cenen las ánimas.

* * *

...Al verme en aquella rigorosa reunión, donde el más desprevenido tarareo hubiera sido un escándalo, vine a pensar en Agustín Diogo.

Su destino era el de entretener familias y visitas con su guitarra maravillosa...

Después de cena, en aquella estancia, — lo recordaba ahora —, se echaba siempre mano a las cuerdas,

y se producía ese desorden familiar de la templadura y el fraseo entusiasta.

Cuatro guitarras mágicas aguardaban la noche para llover su cristalería menuda, influenciada con el bote íntimo de los cascabeles ofídicos.

Pero ni siquiera se mencionó la costumbre perdida de las guitarras que terminaba — invariablemente — en un holgorio ligero y sin censura técnica, donde aprendía a bailar la gente orejana.

Entonces, me acerqué a Adelina.

Nos pusimos a hablar de los asuntos de su vida, hasta que se me fueron aclarando y ordenando cosas tremendas que ya hemos de contar.

Por ahora sepan que aquella noche me costó dormirme más que la noche anterior con sus macuines.

SEGUNDA PARTE

VII

Al poco tiempo de hallarme en la estancia, empecé a tomar en cuenta dos personajes: el asombrado hermano de Adelina que andaba centrado en su cara ardua, y el perro extraño, señero y preferido. Llevaba un nombre que le venía muy bien: Alférez.

Movidos eran por idéntica atracción. Pero la lealtad de Alférez me parecía más inusitada.

Triángulos mellizos le abrían signo marrón en los costados altos del cuerpo, sobre un fondo espeso y negro. Peinada blancura le asomaba el pecho crespo y le aclaraba los remos trepados y suaves. Graves y plácidos ojos le endulzaban la figura. Ojos de viejo macerado.

Inevitablemente seguía a Adelina.

Se le hallaba echado a sus pies o cerca de la cuna del hijo dormido.

Por lejos que ella fuera, la detención de Alférez se verificaba dentro del límite encantado.

Además, estaba tan metido en las personas y los asuntos domésticos, que para mí era una intelección humana.

Los otros perros, amontonados o entreverados por los galpones y los corrales, en el campo y las islas, formaban el perrerío militar de las estancias.

Se venían al bulto, anunciaban, o se asaltaban en sus juegos, manoteos y maniobras.

Pero este Alférez era una vida aparte, sutil, entendedora.

* * *

...Cuando nació Adelina, gustó don Ezequiel la alegría de la primera hija.

Le habían nacido —¡años hacía!— dos varones, y el coronel, acaudalado de ternura, pedía una mujercita para adornar su vida y coronar la estancia con la flor más linda de su sangre.

Los primeros días entraba en la pieza de la natividad.

Besaba a Cleta, — removida compañera que, al fin, lograba traer otra vida con destino físico desde el desprendimiento maduro de la entraña.

Después se acercaba a la cuna de la recién venida, y se detenía, con designio mejorador, en los ojos: en aquellas nébulas mareadas que mostraban la luz sin atención dentro de la carita mórbida.

¿De qué color serán estos ojos cuando se acostumbren a ver?

El iba notando que los iris afinaban bordes de un azul flamante que posiblemente iría creciendo hasta llenar los ojos.

Pensaba en esas cerrazones de las sierras que anuncian dentro de sí la zarquedad de los días... y la van despejando... y la van acentuando, hasta que desaparecen, dejándola dueña del aire.

Así fue. Antes del mes, don Ezequiel contaba que Adelina tenía ojos azules. Con júbilo de astrónomo.

Los ojos que tanto ayudó a manifestarse empezaron a ver como la flor de Santa Lucía: pareja de pétalos teñidos con grumitos del éter en estío.

Adelina se bajó de la cuna; gateó como los niños todos; representó sus pininos, y un buen día apareció dándole el primer mate amargo a su padre.

Inolvidable fue: la besó; la envolvió con brazos orgullosos; le devolvió la calabaza trajeada de plata, armándole la mano, — y exclamó, riéndose hasta la orilla de las barbas:

—Un hijo es un asistente. Una hija es un ángel.

Con los años, y a pesar de los contratiempos de doña Cleta, don Ezequiel contó diez hijos.

Espiga gaucha de grano moral perfecto.

Adelina fue la hija. A todos quería. En ella adoraba.

* * *

...Adelina empezó a ejercer una influencia inocente, simpática.

Los chiquilines le pusieron "mamita".

Ella iniciaba, arreglaba y concluía las diversiones.

Una palabra suya movía o sujetaba a los complicados en los juegos.

Entre el padre y los hijos, su ruego desarmante evitaba los castigos, hasta los rezongos.

En una ocasión, don Ezequiel, colérico por un quebrantamiento imperdonable de respeto, se abalanzó como un trueno sobre Goyo, el hijo mayor.

Había empuñado el arriador feudal.

—Tata, perdónelo.

Don Ezequiel se puso rezumado y congojoso, sin esperarlo.

El hijo asustado se le acercó, y se abrazaron.

—¡Qué escena!

Goyo, un señor mozo. Adelina, pergenio de ocho años.

* * *

...Goyo y Antonio María, los dos hijos mayores, se querían tanto, que habían jurado no casarse mientras vivieran los padres.

Llegaron a conseguir novias con esa absurda condición.

Eran tan graciosos...

Naturalmente, las amarteladas se pasaban la posta a medida que se iban dando cuenta de que los mozos no podían entrar en las varas.

Siguiendo a nuestra Adelina, a Palmira y a Hermógenes, venían tres mujeres y dos varones, entreverados.

Les recuerdo los nombres: Miguel, Belarmina, Ubaldo, Luisa, Rosa...

Goyo había empezado a manifestar, desde los primeros arranques, de manera extraña y ocupadora, un entusiasmo ciego por los colorados.

Cierto que en varias revoluciones sirvió con su padre. Pero lo había hecho por voluntaria devoción filial. Sin divisa ni armas.

Antonio María salió blanco, como su padre, como el abuelo.

En ningún momento trató don Ezequiel de que su hijo mayor cambiara de inclinación.

Hombre de profundidad armoniosa, dejaba que el destino resolviera, desde la conciencia de los hijos, la orientación de sus vidas.

Y eso que era el caudillo del lugar.

En su estancia estratégica, con mirador y salidas imprevistas, se prepararon románticas revoluciones.

Aquellas islas que desde lejos llegaban hasta abrazarle la sombra de las casas, estuvieron encendidas veces sonoras de gente rebelde, con armamentos de contrabando.

Se hablaba de un sótano que tenía su tapa invisible en el centro de una pieza oculta por el cual se desembocaba en la isla principal.

Bajo los naranjos ensimismados — con sus dos paredes y su plancha de piedra mora — permanecía, como un altar áspero, la mesa enderredor de la cual se reunían los jefes zahareños, para deliberar sobre soluciones pacíficas o movimientos armados.

Más de una vez, partidas coloradas, sabiéndolo caudillo activo y presente, le habían cercado de noche el cuadro de las poblaciones.

No se sabía cómo: pero el coronel desaparecía siempre de las casas con sigilo fantástico.

Pronto transitaban en bocas y guitarras las andanzas del coronel Ezequiel Cruz.

* * *

...Don Ezequiel Cruz fue uno de los escasos gauchos de genuina culminación racial.

Educación fundamental; tino humano; temeridad organizadora; gracia honda y parva; fuerza titánica y estética.

Desde chico, al lado cálido del padre, se había hecho a las guerras repetidas; pero esclareciendo los actos de su vida y el móvil colectivo.

No era hombre de recibir una herencia interior y realizarla sin la decantación de su voluntad.

Atesoraba una energía iluminada como para pararse en sus adentros y transformar la más imperiosa corriente atávica en hecho nuevo, contrario, benéfico.

Su palabra era cabal salida de la intimidad vigilante.

Así, su conversación, sus refranes, su consejo, veníàn con vertimiento sazonado y sabio.

Era de naturaleza hazañosa, y su comportamiento en actos de paz y de guerra fue celebrado reiteradamente con felices compuestos.

En los tiempos bárbaros, solía plantarse en el ombligo de la manguera madre, y con su brazo palenquero sujetaba por el bozal los baguales acrobáticos, mientras los colaboradores y el domador les apretaban la jeta con el bocado y les fajaban las cacharpas premiosamente.

Muchas veces se vio sorprendido por los jaguares. De a caballo, los había arrastrado con el lazo a la carrera, hasta estrangularlos. En el bosque, les engañó las fauces con el señuelo, partiéndoles el corazón con el rayo de la daga.

Enlazaba los toros montaraces con la más suave seguridad.

En las yerras cimarronas, los piales de volcao, limpios y secos, se hicieron tenso cierre en su mano rápida; arrojando a los novillos de rodillas sobre los pozos de llamas de las marcas.

En las correrías, volaban certeras las boleadoras desde el vértigo circular de la derecha a las patas potentes de los ñanduces.

Fue de los gauchos magos que elegían al potro más astuto, y después de encrespar un círculo de fuego alrededor de las manadas, colocaban el anillo del lazo en el pescuezo del caballo sentenciado, empinándolo

de un cimbronazo, entre la marejada redonda de las cabezas enfurecidas.

Y ¿quién se le aventajaba en cepillar el malambo, cuando, con las chispas del ritmo, cruzaba las dos dagas sujetas, como espuelas, a los talones?

Conocía al país por la geografía lancinante de sus cicatrices.

Su corpachón alzado y ceremonioso había cerrado cincuenta y seis heridas sin arrebato, sin fiebre.

Cuando las tormentas le corrían por la piel, nombraba en cada parte doliente una zona de su terruño.

El grito de los pájaros le anunciaba la situación del tiempo y de sus islas.

El color de las piedras le avisaba la duración de las secas.

Nuestro cielo abría a sus ojos un orientador emblemático en el abismo de la noche campesina.

De día, su cuerpo regulaba las horas como reloj astronómico.

Cuando se anegaba el cielo, el olor de los campos, el gusto de los pastos, el lado del viento, lo guiaban...

* * *

...Entre sus hazañas, una sobresalía, cobrando resonancia épica y trashumancia payadora.

Había ido al depósito de la raza como sucedido gaucho de máxima expresión.

En una llanura de Flores se enfrentaron sus tropas con las de Sandalio Aguirre.

Llevaba sus trescientos voluntarios.

Otros trescientos traía Sandalio.

Al avistarse, se apercibieron.

Con formidable aplomo, los dos jefes pusiéronse de acuerdo para definir el lance mano a mano.

Se dibujó un cerco de hombres feroces, entrepuestos en una tregua consentida y noble.

Allí desapareció la división fatídica de la raza.

Una pasmosa fusión de fieras encantadas se dedicó a calificar el torneo.

Los dos jefes fueron recogidos, — agujereados y quebrados de sangre.

Cada bando retiró su héroe, separándose con primitivo respeto.

De repente, un negro condenado salta al caballo del coronel Cruz, y dispara, escandalosamente, llevándose el chapeado valiosísimo.

—Ya te agarraré... — fue el grito difícil del coronel, pintado de heridas.

Tiempo después, los dos ejércitos se distinguieron.

El coronel Cruz sorprendió de lejos al negro hereje con su caballo metálico.

Espoleó, atropelló como un trueno derecho, y tirando de un lanzazo al retinto por las ancas, se boleó desde el caballo que montaba al suyo, dando vuelta vertiginosamente para iniciar la batalla con la carga de espinas de sus lanceros sobre su brilladora caballería reconquistada.

* * *

...Cuando Adelina cumplió doce años, se hizo un festejo completo.

Dispusieron el asado con cuero sobre fuegos especiales en la boca de los galpones.

Llovió vino. Se sirvieron empanadas y dulces olorosos.

Armóse un baile diurno.

Adelina, sus hermanos, los gurises de la estancia y un pelotón de chicos de las familias invitadas, pusiéronse a jugar a las escondidas.

La fiesta coincidió con uno de mis viajes picarescos.

Así, yo también me veía comprometido en el lote de la diversión.

Adelina se ocultó detrás de la mitad baja de la puerta de una cocina.

Hermógenes andaba insoportable con la daguita que le había regalado su padrino don Valentín.

Metía la lengüeta en las hendijas y en los agujeros de las puertas, buscando a la escondida.

Dio la tremenda casualidad de que al entrar la punta de la daga por el pequeño boquete de la media puerta del escondite, Adelina, agachada, pusiera allí uno de sus maravillosos ojos.

La daga, como lanceta malvada, le tocó el iris.

Al sentir el grito de la dueña de la fiesta, vinieron a ella.

Aparentemente, nada había.

Por más que agudizaron la visión, no le descubrieron herida ni seña alarmante.

Pero Adelina se quejó largo rato de la fina hincadura...

Así festejó sus doce años, y nació su ceguera.

Ahora empezarán a comprender el sonambulismo de Hermógenes...

VIII

Nada más envidiable que la libertad con que nos criamos.

Al oeste, nuestro caserón ocupaba la punta de los silvestres sitios de la propiedad.

Terminando las alas del ángulo, dos portones abrían su hoja enteriza para manar gente, animales, aves.

Por el del frente, salíamos nosotros, los hermanos varones, pergenios de la picaresca criolla.

Mirábamos los caminitos que arrancaban su interminable invitación.

Uno, para el Yerbal. Otro, hacia lo de tía Felicia. Aquel, como diagonal descuidada, por la chacra de Laco.

A mí me llamaba la decoración permanente de las sierras del Yerbal.

¡Qué fondos más bien pintados y ordenados!

Las cinco candelas líticas de Lago; el Cerro de la Laguna, ofreciendo al cielo andariego su fija copa de agua; elefante nadador con su oreja de luz y cuarzo azul, la mole triangular de Méndez; un cerrezuelo como una corbata; el Cerro Aspero, marcando los límites sentimentales de nuestros campos perdidos...

De preferencia, pues, elegía el trillo del Yerbal.

Me iba con una soga y un cojinillo rabón en las manos malintencionadas; me apoderaba del petizo más simpático que encontraba rastroneando; y después de "enfrenarlo" y "ensillarlo" con las dos míseras prendas que llevaba, me le enhorquetaba sobre las cruces con un perfecto salto de circo.

Insolente chapoteo de vasos, atravesaba el Yerbal, y me presentaba en la estancia de un tío mío muy jetón, antiquísimo hermano de mi abuelo.

Llegaba allí como si fuera de las casas.

Ni el peón más insignificante salía a recibirme.

Los perros me olían y me saludaban con brincos y restregones.

Nadie me hacía caso.

Al otro día montaba el petizo manoteado, y seguía por entre los bañados arañadores hasta retomar el camino que había dejado para colarme en las canchas de tío Galo Mariño.

Con un trote gordito, alcanzaba el Verde Alto.

Los genios arachanes de los cerros principiaban a revelar sus panoramas hasta las bases, donde islas reservadas sacaban a la vista las piezas armadas de sus ranchos.

Sujetaba el talón delante de la estancia de mi abuelo; reconocía los higuerones epónimos, abrazándoles el tronco, y me entretenía un rato en la laguna colgada del bajío donde lavaba mi madre cuando era niña...

Ahora aparecía por Cerro Chato, y asustaba a mi madrina "renga".

Mi madrina me hacía caso.

Me besaba con sus olores de alhucema y espinillo.

Me surtía de bizcochos prolijos los bolsillos.

Me prestaba un recadito y un freno.

Ya era otra cosa.

Con el petizo adornado mi dignidad florecía.

Entonces, me animaba a visitar la estancia del Coronel Ezequiel Cruz.

Aquí resultaba una figura de precio.

El patriarca me destinaba a leerle de noche unos mamotretos que guardaba en el ropero de caoba, como misales.

Los muchachos me admiraban porque era el lector misionero de la casa y escribía con rapidez malabar versos desconocidos en los cuadernos.

Mi caligrafía era sagrada para ellos, como los jeroglifos.

Me detenía unos días gorjeantes en la estancia del coronel, y después regresaba contento y jactancioso, como un pequeño protagonista.

En lo de mi madrina *renga* devolvía el apero astroso.

Reanudaba el personaje del petizo desarrapado.

Al trasponer el Yerbal, le suministraba con la soga al calladito equino dos o tres recuerdos desagradecidos, desentendiéndome de su compañía...

Poco después entraba en mi casa, dando los buenos días de una persona que nunca hubiera salido de su hogar.

Así había ganado una caudalosa biografía en la estancia del coronel Ezequiel Cruz, y entrañaba muchos de mis mejores días con la gente y los lugares de Isla Patrulla.

* * *

...Un día nos avisó Hilario Céspedes que una hija de don Ezequiel Cruz se casaba.

Cierto. Palmira, la hermana que seguía a Adelina, iba a fusionar su destino al de Coralio Sosa, mozo rico y llano, dueño de una estancia estéticamente colocada en una altura áspera de Avestruz Chico.

La conocían como "Estancia Celeste", porque la frente de las casas se mostraba teñida de un celeste tan espejeante que, al pasar cerca, la cara de las personas sufría un baño luminoso de célica reverberación.

Mi padre había inventado una banda de música, utilizándonos.

Eramos cinco hermanos prodigiosos y algunos co-

nocidos que, no hallando más linda ocupación, se habían consagrado a la sencilla melodía.

Yo manejaba un instrumento más alto que mi menuda estampa.

Era un trombón que se entregaba con obediencia tónica al designio de mi aliento músico.

La concurrencia de cualquier espectáculo en donde yo estuviera con mi coleóptero metálico, sólo atinaba a desparramar elogios hechizados.

Los impresionaba como serafín al alcance o un pájaro sabio.

Había que verme en los solos con variaciones...

* * *

...Con bastante tiempo por delante, fuimos invitados para el acontecimiento sacramental de Palmira.

Ensayamos lo más retozón y calificado de nuestro bailábile.

Y allá nos fuimos acomodados en la caja andariega de don Ruperto Gadea.

¡Viejo automedonte, con su cachimbo blanco entre las barbas rojas de tabaco!

* * *

...En lo más alto del mediodía llegamos al Juzgado de Paz de la Isla.

Aquí nos esperaban los novios y su plana de honor.

Fuimos recibidos con aplausos especiales.

Veníamos a colocarle corona de música a la fiesta.

A una orden de Hilario Céspedes, la caravana enderezó al camino, entre vivas y tiros contra el aire,

como se hacía en el Yemen por las antiguas épocas de los árabes.

Adelante iba el Juez de Paz con cinco gauchos principales.

Después venía el carruaje de los novios. Escoltado.

El, macerado, casto y bárbaro.

Ella, sobrecogida y callada, como paloma de sierra.

Enseguida rodaba nuestro vehículo.

Nos pusimos a tocar dianas.

La cabalgata epitalámica se detuvo sobre las casas blancas de la estancia enrejadas con cruces y arcos de lanza.

* * *

...Antonio María, armado en su traje flamante de medida, se había consagrado a cumplimentarnos, ofreciéndonos un licor de naranja, buido de eléctrica dulzura.

Goyo, embalado también en la represión del sastre, agasajaba al cura que había venido a bendecir la boda.

Fraile macanudo ese padre Osácar. Fumaba, como murciélago asustado. Truqueador estratégico. Y más chancero que tropero vasco.

* * *

...Después de la cena que duró horas farragosas, pues la mesa se renovó siete veces, hicieron los novios su entrada prestigiosa en la sala del baile.

Una de las parejas delanteras que hacían cortejo a los recién casados era la de Adelina con Cecilio Sala.

Comentaban todos la extraña belleza de Adelina.

Su esbeltez natural y ornamental.

Esta pareja estaba sentenciada para la fiesta siguiente.

...Un valse claro como una broma abrió el baile.

La sala fue movida por el compás de las parejas ligadas a nuestra música.

Soplamos enseguida una mazurka trotadora, y una habanera espaciada que estableció cadenciosa coyuntura a los palıques, chistes y declaraciones.

A una guiñada de Hilario Céspedes, mandamos una polka lunanca con la que combinaron el entremés del pavo.

Hicieron cerco, y se sucedieron escamoteos de cadena trampeada, hasta que, con violencias, habilidad y risas, Hilario Céspedes fue echado dentro del redondel.

Aquel bandido, con sus esponjamientos, resultaba máximo actor de fábula bullanguera.

En lo mejor del asunto, le fue comunicado al dueño de casa que el pavo le estaba comiendo las flores más ricas del jardín.

—Díganle a tía Felipa que lo corra a palos, — ordenó don Ezequiel a los chiquilines, chirigoteando.

La negra tía Felipa se hallaba en la cocina secando una columna china de platos.

Charloteaba de lo lindo con don Ruperto.

Tía Felipa fue siempre infaltable actriz de casamientos y velorios.

Cuando se decidía a procurarse una cosa, decía, jocoseria, como canalizada:

—Voy a buscal la palmatoria.

Velo en forma de pandereta y colgajo... aros redondos a la vista, llenándole el lado de las galletas

oscuras... La jeta y el cachimbo blanco se adueñaban del sitio donde se encontrara...

Comentaba con don Ruperto en aquellos momentos los versos cumplimentosos que les había endilgado a los novios, y los dos celebraban la miga de la cuarteta bajo el humo de sus sendos cachimbos bailoteados.

—Tía Felipa, el pavo se está comiendo el tulipán del Rey.

—Pero no me digan. Voy a buscar la palmatoria.

Y empuñando la escoba de chilca de la cocina, enderezó a la sala de la fiesta; embistió contra el interior de la rueda, y sacó a escobazos al pavo que... recogiendo el moco y apretando las alas y la cola, desapareció con tres zancadas de canguro gigante.

Hilario Céspedes volvió a su puesto de maestro de ceremonias, quejándose del primer escobazo que le cayó muy de lleno en el último hueso de la cola.

* * *

...Allá, por lo más ejercitado de la danza, resolvieron presentar el número supremo de la noche.

Se iba a bailar el pericón nacional.

* * *

...Trajeadas gauchamente las parejas, las cuatro guitarras de la casa, con sus cascabeles encajonados, dieron tregua a nuestra murga importante.

La voz del bastonero ordenó: — Alinearse.

Las parejas obedecieron.

Y desde el arranque, siguieron dóciles los mandatos del dueño de casa que empezó a regir con versos rituales las figuras, motivos y evoluciones del escuadrón coreográfico.

Mirá mis espuelas:
En los talones llevo
Dos estrellas.

Mirá mis dos trenzas:
Ellas son los caminos
De tus estrellas.

En un descuido, se desprendió una pareja de la rueda.

Fue encerrada dentro del círculo alborotado.

Era el momento ingenioso de las "relaciones".

El verso de un hombre brinda una salida a la broma gaucha.

La mujer lo abaraja. Y casi siempre pone una sanción de risa sobre el varón apabullado.

Por turno, se fueron tirando las yuntas en aquel corral circulante y ruidoso de la raza.

Al fin, cayó la pareja perfecta de la fiesta: Adelina y Cecilio.

El se puso tímido y solemne:

Tienes los ojos del cielo
En tu carita de sierra:
Por ellos conozco siempre
Mis caminos en la tierra.

La espectación se ahondó hasta quedar tremolando la contestación de la moza:

Estos ojos Dios un día
Los hizo y los aclaró.
La tierra los trata mal,
Porque no son para vos

Nadie aplaudió aquellos versos cómplices, dichos con absoluta inocencia y descuido risueño.

Hermógenes seguía entusiasmado las relaciones.

Rara vez recordaba la tarde de las escondidas.

Al oír la cuarteta, sintió un miedo brusco, recién nacido, maligno.

Vuelto el baile a su cambio de compases y las parejas a sus ropas estiradas, Adelina, del brazo de Cecilio, se acercó a mi padre para pedirle, con dulce vivacidad, un valse... de los ligeros.

Le miré solamente los ojos. Con sutil ansiedad.

La flor de Santa Lucía mostraba un leve estrabismo que le daba a la mirada un movimiento de pequeña mariposa.

IX

La muerte de doña Cleta impuso las primeras tinieblas sentimentales en la estancia.

Los repetidos contratiempos que establecieron entre los dos hermanos mayores y Adelina una distancia de diez años, habían dejado sus rezagos, su peligrosa costumbre, sus vitales heridas interiores.

El mal tenaz que le desacordaba los nervios y le abría dolores en los resortes óseos de las caderas y las piernas, la había ido trabajando áridamente años y años...

Al poco tiempo de su última estadía en Treinta y Tres, un vómito despótico la zamarreó y tumbó, falleciendo con la sonrisa alejada del alma que confirma en la cara la aparcería benéfica...

Nerviosa, con alteración reprimida y acuciada sensibilidad, doña Cleta dejó una impresión de mujer sufrida, extraña y amorosa.

...Desaparecida doña Cleta, vino doña Maura a ser la merecida "capataza" de las casas.

Esposa del capataz, había sido, hasta la "ausencia" de la patrona, la cocinera y sirvienta mayor.

* * *

...Ahora disfruta el uso de las llaves y el mando doméstico, siguiendo devotamente las indicaciones de Adelina.

Establece los turnos semanales de las muchachas que han de cocinar, lavar, ordeñar.

El almácigo de los gurises se desparrama a su voz: uno, a la pulpería; otros, a conseguir verduras y frutas en la huerta y la quinta. Aquellos, a carnear la oveja del sacrificio diario. Estos, a transitar con los mates y a barrer el frente y los corredores de la estancia. Los demás, a echarles la bazofia a los gorrinos, a buscar las vacas y encerrar los terneros, — y a curar los ovinos, luchando a brazo cerrado con ellos.

Doña Maura exhala de los merinos que la envuelven desde arriba hasta los zuecos una fragancia seca de abrojo y maíz quebrado, — y el olor de las leñas criollas que acampanaron el humo en las telas.

* * *

...De su matrimonio conserva siete hijos.

Las dos mujeres consiguieron casarse temprano, y vivían cerca de la estancia donde nacieron y se criaron.

Una, esposa del puestero preferido de don Ezequiel.

La otra, en sus ranchos limpios y parejos, plantados en el cabezal de una chacra peinada.

Los dos hijos mozos se habían empleado. Uno, en Treinta y Tres. El segundo, detrás del enrejado zoológico de la pulpería de Umpiérrez, en las piedras del Avestruz.

Alrededor de ella, andaban sus dos "charabones", aptos para los trajines caseros, y un gurí divertido de cinco años, seseoso y de lenguita corta... domador de petizos, según se lo habían dicho, y lo creía, fanfarronamente. Repetía que había domado al malacarita de Lagarto.

—Durmiendo... se agarra el cielo... — remachaba Lagarto, dejándolo sin asunto.

* * *

...Con voz sacramental don Ezequiel había clausurado toda ceremonia bulliciosa.

Sugestionado amorosamente en su lealtad, el recuerdo de la compañera llamaba en sus cosas, en sus ocurrencias, en el tembladeral de su intimidad.

Cada movimiento de su vida venía informado por la abisal y empírea influencia de su esposa.

Una vez fue a visitarla al cementerio bayo y pentagonal de Treinta y Tres.

Se le escapó el tiempo.

Los pájaros del sagrado censuraban a pico directo el retardo de aquel forastero hereje que se detenía con los muertos después de la muerte del sol.

Lo estaban corriendo con sus indicaciones insólitas y estridentes.

El sepulturero don Serapio se iba alarmando...

Don Ezequiel se volvía una porción oscura, cada vez más espesa y fija, sobre el sepulcro de su compañera.

...Cerró la noche.

Al lado del estribo derecho aguardaba una masa fuliginosa que se puso de pie al subir a caballo.

Iniciado el trote, el bulto acorde se dio a seguir sobre el estribo con regularidad conturbadora.

Llevado y mareado en el vaivén de aquel perro o ternero mudo, una mano invisible le paró el caballo.

Era el ánima de la finadita que lo envolvía, necesitándolo desde el otro mundo.

Lo percibió bien, con una sumida pausa de secreto, en la parte encantada de su conciencia.

Le prometió una vela bendita... una misa... no olvidarla... traer sus huesos que tanto sufrieron a la estancia... cuidar de su alma hasta purificarla...

La mano dejó libre al caballo; desapareció el bulto balanceado, y prosiguió el trote sosegado y natural entre la amistad de la noche.

* * *

...Ahora, con la vida nostálgica y plácida, se prepara a apadrinar la boda severa de Adelina con Cecilio.

La compañera está con Dios.

No le avisa más ningún dolor remiso desde la zona alcanzada con su vida libre de las condiciones físicas.

* * *

...El casamiento de Adelina se realizó en el pueblo de Treinta y Tres.

Días antes, había venido a aprontarse, hospedándose en las casas espaciosas de un pariente consular.

Se había consumado una ceremonia doméstica muy rápida.

El día de sus bodas, como primer movimiento importante, Adelina llevó a la tumba de su madre las flores más lindas que descubrió en los jardines chacareros de los aledaños del pueblo.

* * *

...Vueltos a la estancia, Adelina acentuó aquella maternidad de cuento que, sin darse cuenta, había ejercido desde su infancia.

Sin la presencia raigal de doña Cleta, casada, hija mayor y preferida del padre, su "maternidad" se adueñaba de la estancia y los seres con fuerza incontrastable.

Mamita...

* * *

...Cuando el repentino anuncio del primer hijo la dobló de ciega dulzura, su maternidad pensó una forma entrañable que habría de traer su desate telúrico, tras el ciclo ligado y creciente.

Pero, entre los momentos de su vida, UN MOMENTO, volvió a la vista tocada el día de las escondidas.

El puntazo de la daga de Hermógenes que creyó desaparecido con los agudos dolores primeros, empezó a latir otra vez, pero de un modo más afirmado.

Posiblemente, la remoción del embarazo llegó hasta el ojo imperceptiblemente quebrantado y le despertó la incisión.

Como persistiera la oculta molestia, vino al pueblo con Cecilio, y fueron a un oculista norteamericano que había establecido su consultorio ambulante en el hotel.

El oftalmólogo le recetó colirios y una pomada, que le aliviaron aquella pertinaz hincadura.

Le entregó además unos lentes finos.

Cuando don Ezequiel la vio con los cristales delante de los ojos, la celebró, sonriéndose:

—Pero Adelina: el norteamérico te ha abonitao.

* * *

...Apareció el primer nieto.

Don Ezequiel gustó una alegría identificadora en las dormidas raíces de su sangre.

Ezequiel Cecilio fue el nombre hecho que se les ocurrió.

Después, de la manera más inacusable, se le llamó Purruca.

Nadie se acordó del nombre caliente de los primeros tiempos.

Al concebir el segundo hijo, el ojo marcado de intenciones trágicas, repitió sus avisos de espina hundida.

Nuevamente al oculista.

Esta vez el técnico era criollo y de Montevideo.

Le recetó igualmente colirios y pomada lenífica.

Pero le cambió los lentes.

Le hizo trabajar en Montevideo un cristal prolijo para el ojo sufriente.

Adelina tuvo que alarmarse.

Iba notando que aquella gema débil veía gradualmente menos y con luchadora dificultad.

Pero su temperamento disimulaba el lento abandono de la mitad de su luz.

Como al probar las congojas del parto en el tercer

hijo sintiera una conmoción cerrada al ojo hendido, pensó en la tenebrosa posibilidad de la pérdida.

Nacido el tercer vástago, sufrió la imbibición luminosa del ojo sentenciado.

La mariposa apagó un ala.

No existe mellicez más obligada y misteriosa que la de los ojos.

Días después de perder el ojo de las escondidas, notó con angustia tácita en el otro ojo, recientes pulsaciones... dolores inesperados y corridos entre los nervios y las membranas más recónditas... lagrimeos espesos...

Antes de dar a luz el cuarto hijo, se le apagó y secó el hermano patéticamente consecuente de su ojo perdido.

Quedó ciega.

Cuando se le desprendió el cuarto hijo, no pudo verlo.

Decía que lo adivinaba.

Describíalo con tan entrañable semejanza, que uno se ponía a meditar en la milagrosa capacidad del ser para suplir y aventajar esencialmente a la naturaleza.

* * *

...Aquella taciturna pareja de don Ezequiel y Adelina, acercada por un gran dolor que, juntando los impulsos pasionales y el fondo pronto de predilección, venía a ponerlos en una ceñida ayuda sentimental, se manifestó en un binomio purísimo de melancolía idílica.

No esa aura de encanto directo y actuante que se da en los novios, en los esposos, en la consanguinidad, en las poderosas amistades.

Ya, para cualquiera, aquella estancia con sus raíces y sus divisiones, con sus seres y sus cosas, era una propiedad presente y hundida de don Ezequiel y Adelina.

Ellos realizaban el corazón invisible que movía y embalsaba el ambiente tónico.

Su idilio contaba el tejido de la vida, la muerte, la vejez y la ceguera.

TERCERA PARTE

X

Adelina había conseguido la ceguera como una enseñanza.

La luz no se había fugado, relámpago sin vuelta.

Fue la ocupación bebida de la noche.

Otra visión empezó a revelarse en ella. Más certera. Más pura.

Categoría misteriosa, la ceguera le quedaba bien.

Sabía andar, oyendo la colocación, voz de los bultos.

Imposible un tropiezo con el uso medido de sus pies.

Cruzaba el patio llevando su figura levantada, igual, procesional.

La cabeza en los oídos.

El movimiento en la vigilia del tacto.

Regaba el laurel blanco y las enredaderas de zocará del aljibe.

Vestía a sus hijos. Tomaba al chiquito, y al lavarle la cara, su mano bendecía una dibujada felpa de durazno elegido.

Después le palpaba el ángulo tierno de los hombros, y "lo sentía crecer", decía.

Su inclinación oferente la traía seguido a la cocina para coronar las comidas con el caudal de postres que producían sus manos como dones extraordinarios.

Aquí era la admiración de doña Maura, mujer de fáciles y seguros ojos físicos.

La ceguera la transfiguró.

Vino a ser en la estancia la sacerdotisa benéfica.

Conducía a los gurises con verrugas al primer asomo de la luna nueva. Vuelta hacia la uña lúcida del cielo, bisbiseaba palabras virtuosas que sólo ella sabía... Frotaba los granitos feos de la piel... En una semana desaparecían las piedritas ásperas.

Hacía traer de las majadas esos corderos guachos y melopeicos que no atinan a criarse sin madre, y les colocaba con tiento cordial la vasija de leche debajo de las carretillas, mientras los ahijaba, peinándoles los vellones con sus dedos evangélicos.

A las ovejas —casi siempre— los cuervos bermejos les habían sacado los ojos al parir los recentales...

Las familias la solicitaban de madrina para sus criaturas, como si fuera un hada capaz de infundirles los carismas de la virtud, de la salud, de la inteligencia, de la suerte.

Con sagacidad más segura que el ojo alcanzador de las lluvias contra el asiento de los cerros, conocía la venida de las aguas.

Antes que las polvaredas jinetearan el lomo de las piedras, Adelina, en su interioridad climatérica, notaba el acercamiento de los vientos negros que el cielo agazapado arroja desde sus concentraciones coléricas.

* * *

...Anochecer revuelto y alucinado.

Conocido ciclón de la isla caracolea, fremitante, y levanta, como un juguete, el barril de rastra lleno de agua.

Adelina, de bruces, imponiendo el filo del hacha, pónese a tajear el suelo con cruces intencionadas.

Por poco tropieza Lagarto en ella.

—¿Qué hace, madrina?

—Cortándole las alas al ciclón.

* * *

...La viaraza de los vientos le provocaba una ansiedad pávida.

Entonces, solía ponerse en cruz, abriendo sus brazos amansadores.

Cuando alguien, después de tropear, de recorrer el campo, de andar entre el sol bravo se pescaba un tabardillo, ella, con un vaso de agua, volcado y sin derramarse sobre la cabeza del dañado, susurraba su ensalmo.

El agua, trabajando en el fuego malsano, subía, borbollonadora, hasta el fondo del vaso.

De golpe, refrescado y con despejo salvador, se levantaba el insolado y le daba las gracias, como en un milagro.

Adelina entraba al comedor. Guardaba el vaso oficiante con su permanente sonrisa sin dirección.

Su esposo se fue acostumbrando a la vida que se manifestó fácilmente alrededor de aquella forma augusta.

Cada palabra, todo pedido de su compañera, eran atendido ruego en su intimidad abnegada.

Los hijos, entreverados con los gurises de la estancia, con las visitas y los tíos grandes y chicos, se criaban en una desatendida felicidad de naturaleza.

...Una tarde estaba Adelina colocada frente a la puesta del sol, con Alférez cerca.

Le llegó una idea en la que se detuvo: desde la muerte de su madre, la estancia se venía entregando por las raíces.

Ahora, su ceguera. Pronto...

Poderosa lluvia de luz colorada le envolvió la cara.

—¡Qué sol malo! — dijo.

Trastornador anuncio le asustó los pensamientos.

Al llegar al patio, un

—Güenas tardes, Adelina, — la fijó, trémula.

Era el compadre don Valentín, padrino de Hermógenes, conmilitón de patriadas.

—Buenas tardes, don Valentín. ¿Qué anda haciendo?

—Vengo a presentarme a mi jefe. La cosa 'stá rigüelta.

En eso llegó al oído vigilante de Adelina el llanto de su hijo.

Entró angustiosamente hasta la cuna estremecida.

Lo trajo entre los brazos y se lo mostró al viejo capitán de su padre.

—¿Ni el llanto de los hijos abandonados los harán mejores?

—Esto es custión de hombres, Adelina.

—Y ¿qué quieren los hombres?

—Arreglar el páis. Echar abajo los salvajes. No dejar vivo un salvaje.

—Entonces las mujeres somos mucho mejores que ustedes.

—Adelina, vos no sabés nada. Las mujeres no comprienden estas cosas.

XI

Estamos, pues, de guerra. Nuestra raza consideraba a la paz como un descanso de esa diversión.

La paz era la terminación del primer tiempo, como decimos en *football.*

Hijos y testigos de hazañas guerreras; criados en la repetición épica de los relatos; dando tono y explicación a sus actos en esa sustancia inflamada, los varones vivían con la atención preparada hacia el momento empujador de las revueltas.

* * *

...Don Valentín, como un cuarteador del huracán, viene a ofrecerse a su jefe y compadre, muy intrigado, porque no lo ha visto moverse.

En la cena, por imposición de don Ezequiel y a ruego de Adelina, no se habló una palabra de guerra.

Imposible. Todos referían a ella pensamientos y propósitos.

Terminada la cena, don Valentín que malsufría un desasosiego refrenado por encontrar su gente para incorporarle los voluntarios que arrastrara, resolvió tocar a fondo la situación, y convidó a don Ezequiel y a los hombres para una entrevista rápida, allí mismo.

—Vamos para la cocina — propuso don Ezequiel, llevándose al compadre levantisco y a los tres posibles compañeros de patriada.

En la cocina, como ofreciéndose, una comparsa acechante de agregados y peones charlaba con entusiasmo desenvainado, esperando el momento de la invitación.

El tufo tóxico de los mecheros y las velas hechizas endurecía un olor penoso de cueva sabática.

Sentados alrededor del fogón en troncos de ceibo y sillas enanas forradas con cueros, comenzó don Valentín a franquear el detenido interés de su venida.

—Gueno, compadre: como usté no se ha movido a tiempo, he pasao a envitarlo pa la guerra. Perdone la falta de rispeto. Pero tenemos que hallarnos nel Paso el Sauce al aclarar.

Brutalmente, don Ezequiel lo paró.

—Yo no voy.

—Gue. Pero si usté es nuestro Jefe.

—Yo no voy más a esos bailes. Estoy muy viejo y muy triste. Sin mujer, con Adelina ciega, con hijos y nietos que me precisan...

—Pero yo tamién dejo mi familia, compadre.

—A usté no le ha llegado la hora del juicio. Además, estas guerras ya no son guerras... Y recién me avisan... Antes, yo madrugaba... Ya no les hago falta.

—Compadre, no sea cosquilloso. Usté siempre jué el más necesario. Si es nuestro Jefe.

—No, no, compadre, yo no les hago falta. Y está bien. Estas guerras no sirven para nada. No tienen ninguna gracia ni grandeza. Yo soy de otras épocas. Usté lo sabe... Y ¿a qué se debe esta revolución? ¿Qué es lo que vamos a reclamar?... Mire, compadre: ya que tiene usted tanto entusiasmo y yo tanta pena, me voy a sacrificar. Le entrego mi puesto. Yo ya no sirvo para hacer punta. Tengo que dejar mi lugar a alguien que valga más que yo. Usted merece ser el Jefe de la División.

—Pero, compadre, y anque usté no venga... ¿los muchachos y Cecilio?

—Yo no les privo. Consúltelos.

Cecilio y Antonio María estaban comprometidos.

Pero se irían con los peones y agregados voluntarios al otro día, al anochecer. Pensaban incorporarse a Lauro Chaves sobre el Paso de la Calera.

—Y ¿vos, Goyo? — interpelólo don Valentín, al ver que no se decidía.

—Yo soy colorao, don Valentín.

Todos se rieron del asombro de nuestro caudillo menor.

—Pero ¿tás loco, muchacho? Lo oi decir muchas veces y nunca quise creerlo. ¿Vos colorao? ¿Cómo es eso, compadre?

—Como lo oye, don Valentín.

—¡Ah, si un hijo mío me hubiese salido cuervo colorao! Lo corro de las casas.

—Eso lo hubiera hecho usted, pero yo no. Yo respeto las opiniones ajenas, y mucho más las de mis hijos.

* * *

...Terminada la escena clásica y ardiente sobre aquel fogón central y redondo donde ya dormitaba el trasfoguero que había empezado a cerrar su párpado de ceniza, don Valentín salió a buscar su caballo.

Una vez en el patio, se despidió con religiosidad de todos.

Y puesto en el camino, sobre el tordillo claro de su preferencia, se largó a galope acelerado en dirección al Paso de los Sauces.

—Este hombre —pensaba don Ezequiel, entrando al comedor— no agarra más juicio. Está loco de remate. Ojalá siga así... porque agarrar juicio con el

dolor y la muerte, como yo, sólo se consigue sacrificando a los demás...

* * *

...La noche fue espaciando el maceteo del caballo, hasta que el torrente cascabelero de los grillos... las limpias ocarinas de los sapos... y el chifle ligero de las víboras, consiguieron apoderarse del campo, MESURANDOLO.

De un mundo separado y sonámbulo llegaban prolongados gañidos.

Entrevero de relámpagos blancos y colorados alucinaba la noche, desde la base de los horizontes.

Los truenos se echaron a rezongar entre las ollas de los cerros.

El ñacurutú ayeaba como niño robado...

XII

Al otro día Adelina fue elegida para bordar las tres divisas.

Cosa de maravilla: bordaba como la más extraña y completa figura de los cuentos.

Sus dedos conocían los colores.

—Esta es la tuya, Goyo. Tiene el mismo color del sol que ayer me llenó la cara.

—Ponele "COLORAO AL FIN".

—No se rían de mí. Pero yo distingo los colores mucho mejor que ustedes.

—Ponele "COLORAO AL FIN".

...Al no verlo movido en el principio del drama, ustedes me preguntarán ahora por don Floro, el capataz de la estancia, mi tío y salvador cuando las andanzas acrobáticas de la tostada.

Al producirse el alboroto insurgente, andaba por Santa Clara.

Allí lo sorprendió la concentración de voluntarios y se alistó orgulloso en la creciente bélica.

* * *

...Cecilio se opuso a que Adelina le bordara la divisa.

—No —protestó—. A mí déjemenla lisa. Blanca no más.

—Entonces ¿no vas con gusto a la fiesta? — le recriminaron sus cuñados.

—No. Declaro que voy casi a la juerza. Pa que no digan que no soy hombre.

—Bueno, Adelina, apurate. A la mía ponele "COLORAO AL FIN". Recién voy a usar la divisa que me gusta. ¡Por fin voy a entreverarme con mi gente!

—A la mía ponele "SALVAJES TENGAN PACIENCIA". Nada más.

—Y ¿te parece poco? — exclamó Goyo entre una risa nueva, — aturdido, ebrio con la alegría de llevar su color sobre su cabeza libre.

* * *

...La hermana, con tino hagiográfico, fue bordando el lema de las divisas diferentes.

Aquellos momentos de presagio y exaltación la tu-

vieron convulsa y atareada en una idea que ocupó el núcleo herido de su actividad amorosa...

Llegaron a manejarla hasta ponerla lúcida...

Al entregar las divisas bordadas a sus hermanos, su boca sufrió el acceso de una tartamudez pítica...

* * *

.. Cuando los ojos del cielo cayeron sobre el patio con tal amontonamiento y participación que la noche se acercaba a mirar, complicada, el destino de aquella familia, se hallaban los hombres de guerra prestos, rodeados del grupo doloroso de su gente.

Como divisa cósmica, la Vía Láctea tenía separado el cielo con el símbolo salpicado de sus zonas.

Mudez inevitable había impuesto su dictadura mágica.

Despedida liberadora.

Besos, lágrimas, sollozos, bromas, recomendaciones de Adelina y el vozarrón hierático de don Ezequiel, clausurando la ceremonia:

—Que Dios los cuide y vuelvan bien.

Abrieron la portera. Ocuparon el camino. Los abrazó la noche.

* * *

...Habrían hecho un par de leguas.

Goyo sentía la divisa en el bolsillo interior del saco, igual que Antonio María, mejor que Cecilio...

La cinta, recamada y viva, como pasada por las enredaderas de zocará del aljibe, le campanilleaba en el corazón. Aviso épico de orgullo nuevo.

Se acercó — sofrenando — a sus hermanos.

Los estrechó contra el pecho levantado.

Callados abrazos. Fuertes hasta doler...

Tomó la dirección de su concentramiento.

Allí lo esperaban, para aumentar el escuadrón de voluntarios, los hombres colorados, arrebatados de simpatía heroica por Basilisio.

* * *

...Pocos días después se supo que los dos ejércitos habían peleado.

De los muchachos nada se contaba.

Don Ezequiel vivía en la estancia con Adelina y la familia abundante que le quedaba y se apretaba sobre él: centro agrupador de espigas.

Los hijos chicos, los ahijados y algunos peones reacios a la guerra que los descuidaba como a plantas rastrojeras, le ayudaban a cuidar el campo y las haciendas numerosas y chúcaras.

Iba seguido a lo de Amejeiras.

Se allegaba a Treinta y Tres.

A veces entraba al medio del pueblo.

Aquí conseguía penosamente o por casualidad noticias tranquilizadoras que le endulzaban el pecho.

Con una alegría dramática que lo "cuartiaba", se volvía a la estancia, —animando aquellos caminos pávidos que asaltaban y desenvolvían la collera de los cerros—, y llevaban sus leonados colores, su rosada pastosidad, su bermejez sombría...

¡Los hijos estaban vivos!

Los había visto Sixto Techera, el pulpero de Tupambay.

Estuvieron en lo de Medina, cuando el desfile de los ejércitos.

Goyo pasó poco después que Antonio María y Cecilio.

Preguntó por ellos.

Sus hermanos le habían dejado una carta llena de corazón y bromas, y la piel de un gato montés... para las puntas de la carona.

* * *

...Un día el ejército blanco fue avistado desde el mirador de la Jefatura de Treinta y Tres.

Dijeron que andaba buscando dónde detenerse para comprometer batalla.

Al otro día apareció el infierno a caballo en un torrente de uniformes colorados.

Flagró el combate.

Fue una cosa gaucha.

Después del tiroteo y el agote de las municiones, se fueron unos sobre otros con sables y lanzas entre el humo maldito y los ciegos alaridos.

* * *

...Plantada la noche, se oyó el anuncio de los chajás, trasmitiendo a los oídos de las poblaciones el mensaje de que "alguien" se acercaba.

Al poco rato cayó sobre la portera de las casas un paisano agitadísimo, clamoreante.

El caballo jadeaba como poseído.

Los perros se le iban hasta los estribos.

—Juera Lión... Juera Flecha... Guaraní... juera... juera...

—Güenas noches, viejo. Güenas noches. Asujeten los perros. Soy Hilario.

—Pero, ¿qué andás haciendo? ¿Cómo has venido? ¿Y Antonio María? ¿Y Cecilio?

La ciega salió al patio sigilosamente.

Su oído se abrió con tremenda absorción.

—Cecilio 'stá bien. Pero Antonio María y Goyo...

—¿Qué les pasó?

—Es espantoso.

—¿Los hirieron?

—Pior.

—¿Los mataron?

—Más pior.

—¿Los degollaron?

—Mucho más pior, viejo.

—Pero ¿qué diablos les pasó?

—No se habla de otra cosa.

Adelina lo oyó bien:

—En el entrevero... Si se hubiesen visto las caras... Se miraron las devisas y se estrellaron... y se cayeron de los caballos... Arrastrándose... sin sombrero... ricién se vieron... Se abrazaron llorando y sangrando... Hermano... Hermano... Ansina murieron.

Don Ezequiel echó, por la primera vez, una maldición entrañable sobre la guerra.

La selva santa de sus barbas se salpicó del agua más honda de sus ojos, como la isla sorprendida con el peor aguacero.

Al llegar al centro del patio, un tropezón de su alma lo abrazó a Adelina.

—Yo lo adiviné... yo lo adiviné... —gritaba la hermana ciega—. Y lo adiviné cuando les bordaba las divisas... Era llamar la muerte... Separarse así, después de vivir unidos desde la cuna... Era llamar la muerte...

¡Qué diferente y qué idéntico aquel abrazo final de Goyo y Antonio María, y este abrazo de don Ezequiel y Adelina, en el medio del patio de la estancia, bajo el luto presente y ausente de la noche!

XIII

Terminada la guerra, concluida la diversión, el gaucherío licenciado volvió a sus pagos y al imán doméstico. ¡Cómo fue recordado éste en las noches duras... y al acercarse el momento diabólico de los encuentros!

Quien haya dormido, tapado con heladas y lluvias, al descampado, entre las piedras, sobre los pasos, —y haya evocado la luz nocturna de su casa y el rincón de su cama—, puede valorar el regreso a la querencia. La evocación ha sido el pretexto vehemente que disimulaba el depósito sentimental del recuerdo.

Profundamente, lo que se extraña es el aura cordial, el ambiente embalsante, la presencia de la madre, de la esposa; la atención de las hermanas; el barullo encantado de los hijos... a veces, un pájaro, una vaca, un árbol, una dulce costumbre... la callecita más linda del pueblo... el camino repetido... el "no sé qué" que puebla el pecho.

* * *

...La revolución celebró la ceremonia del desarme en Nico Pérez.

Allí, hombres sobresaltados se aclaran con alegría convulsa, en un cambio de almas... Se arrancan de

los sombreros las cintas diferentes y desteñidas, y se anudan, chocándose alborozadamente los pechos.

* * *

...Cecilio se cortó para sus canchas, acompañado de Hilario Céspedes.

Este había vuelto a incorporarse a don Valentín después de consumar el arriesgado mensaje que lo llevó a comunicar a don Ezequiel la hazaña patética de sus hijos.

Llegados a Tupambay, Hilario se detuvo en casa de un compadre muy camarada, y Cecilio enderezó solo, rumbo a Isla Patrulla.

Don Floro Mariño, el capataz, había sido herido en un amasijo de gritos, tiros, boleadoras y lanzazos, y se hallaba convaleciendo en Bagé, de donde había escrito a don Ezequiel, anunciándole su regreso, conforme tirara al diablo las muletas de fantasma que le habían regalado en el hospital.

* * *

...Ustedes me preguntarán ahora por Hermógenes.

El sonámbulo oyó hablar de la guerra cuando se manifestó, y no le vio novedad inquietante ni trascendencia sentimental.

Denso anestesiamiento, una detención dormida, le envolvían la vida, emparedándolo en una estratificación de encantorio.

—Yo qué sé de guerras —había dicho—. Tanto me da ir como quedarme. Vivir como morir.

Y se quedó.

Nadie intentó llevarlo.

Contrarias partidas pasaron por la estancia, pernoctando en las islas y los galpones.

A ningún jefe se le ocurrió invitar para la patriada a aquel mozo, ajenado del mundo, sumido en sí, como embrujado sin cura.

Cuando Hilario trajo la noticia de la muerte de sus hermanos, tembló al borde de su conciencia abandonada, como zamarreado desde afuera.

Nada lamentó.

Ni pudo mostrar el ansia de una palabra.

Andaba hundido, como buzo sordo, sin un interés cordial inmediato que le diera importancia humana.

Adelina que se movía sosegadamente en los preparativos para recibir a Cecilio, le dio la nueva de que volvía su cuñado, con voz empañada y con su sonrisa sin dirección...

No se interesó.

Ni consiguió arrancar una palabra desde su hundimiento.

* * *

...Esa mañana, cuando la luz "cuartiadora" pintó al sol, se había acercado a las casas un compañero del escuadrón de Cecilio, adelantando que éste posiblemente ya habría salido de lo de Lucio Amaro, adonde fue a quedarse la nochecita anterior, pues lo vio de lejos galopar en dirección de las poblaciones de la estancia, tratando de ganarle de mano a la noche que se venía derramando como tinta soplada.

* * *

...La ciega triste, contenta y amorosa, "imponía" lo mejor de su arte sobre el postre que mantenía en fragante cocción.

Desde que le anunciaron la llegada de su esposo, se había consagrado a preparar el dulce de sidra, tan caro a la fina costumbre de Cecilio.

* * *

...De golpe, llega Alférez y le salta hasta la cintura, avisándole ALGO extraordinario con braceo apremiante.

Don Ezequiel se entretenía, examinando unos cueros.

Al sentir que Alférez chilla y amaga dispararse a un punto seguramente ocupado por un drama con el que tiene mucho que ver la ciega, se da cuenta de la proposición del perro.

Alférez quiere que lo sigan.

Tiene que mostrar un acontecimiento que afecta necesariamente y EN PRIMER TERMINO a Adelina.

* * *

...Doña Maura se había dedicado a la comida del recibimiento.

Vigilaba los matambres que se doraban con lentitud olorosa.

Se hallaba en ese momento inclinada sobre el fuego, aguantando los más gruesos sudores.

Espumaba el puchero de espinazo, preferido de la casa...

Giró la cabeza tocada con la bolsa negra del pañuelo, y no pudo reprimir el trágico pensamiento que la alarmó, pues conocía el secreto de aquel gruñido y adivinaba la realidad del anuncio.

Trató de suavizar el repentino terror que impuso su influencia, diciendo:

—A lo mejor Alférez 'stá namorao o anda por rabiar... de sonsera...

* * *

...Don Ezequiel, Lagarto, los peones y los muchachos, arrancan detrás del mensajero turbador.

El perro maravilloso corre con un jadeo elástico y presagiante que hace mal.

En esto, llega Hilario a las casas.

Se apea por el lado del galpón principal.

Deja el caballo sujeto a un gancho del tirante y después de saludar, como un aparecido, a Adelina, pregunta por don Ezequiel... y si Cecilio no ha llegado todavía...

Adelina, sutilizada ácidamente, contesta, con miedo traicionero, que LO ESTA ESPERANDO...

—Es extraño —dice Hilario—. Debió de haber llegao antes que yo. Yo 'stuve a buscarlo en lo de Lucio Amaro, y allí me dijeron que ya había salido... hacía como dos horas...

* * *

...¿Qué había pasado?

XIV

Despacio, a visión de trote, empezaron a asomarse los testeros perdidos del Yatay.

—¡Qué lindura! — gritó Cecilio con una efervescencia armoniosa en las entrañas.

Detrás de esas interminables colleras "verde palma", comprometidas de dulce pavor, con seguridad se enderezaría, como siempre, el Cerro del Aguila.

No hay otra masa en la naturaleza más bien cortada y colocada.

¡Pobre don Secundino!

Cuando se despeñó con el carro y pisó al hijo.

Decían que "desageraba".

Pero era el yunta de su viudez: única cosa que le obligaba el pecho.

Don Secundino se pasó todo lo que le quedó de vida subiendo y bajando el cerro, desnudo y con los pies tajeados hasta los huesos.

¡Piedras hacheras!

Un día cayó en el hoyo durísimo donde había guardado al hijo.

En la mitad de la pared del monte.

* * *

...Los cerros se pusieron a danzar con la música de su sangre. Lo veía... lo entreoía...

Un ambiente de plata celeste, invisible y visible, emparejó el aire y el horizonte hasta correrle piso al cielo.

Por aquel lado, los planes de las faldas, mostrando sus ensenadas, jugaban a bañarse con el agua de las sombras.

Estas sombras de nuestras sierras...

Andan en secreto. Con soplos indios. Como pañuelos inesperados. Arriba. En los pozos. Por los centros. Diagonalmente. De esta mole a la otra. Colgándose...

Y se van, y vuelven, teniendo, hosco y movido, el cerrerío...

* * *

...Cecilio había entrado en los límites de la estancia, después de atravesar caminos reservados, campos diferentes y sostenidos alambrados que le ofrecieron, por etapas, el corazón de las porteras.

Salía de la ebria humedad de los abismos: condenado balanceo entre las patas de los cerros con sus rebaños de piedras sueltas, como huevos de roc. Ya avistaba el caserío por un costado y la forma bermeja de la isla mayor sobre los galpones, como un dibujo propio.

Veía los talas poderosos, donde colgaban los arreos y ataban los caballos, y donde sacrificaban las ovejas, cuya gota de sangre había sustituido la corteza del pie con su trágico herrumbre.

Recordó los antiguos hormigueros que les perforaban las raíces y las salpicaduras de los claveles del aire que arrojaban espinas de brasas moradas desde el centro vivo de sus flechas rígidas y aéreas.

Las veces que había sorprendido, en los nidos de las calandrias, la ceniza indecisa de los tordejos...

Cuando distinguió el círculo de puños del corral de palo a pique, se le hizo más cierto, y menos posible, el acercamiento...

Súbitamente, lo zambulló un recuerdo avasallador: se acordó, como despierto en ligante escena cinemática, de una carneada en el campamento...

El zumbo circular de los lazos... el desorden de las vacas... la furia de los caballos... el amarre de los cuernos... el desjarrete clamoreado de las vícti-

mas... el cumplimiento del sacrificio para los fogones voraces de la revolución...

Pero lo más pávido, fue aquella procesión de las vacas en la media noche cómplice y atenta: cuando se acercaron a los restos de la hecatombe... olfatearon, ancha y aseguradamente, la sangre y la muerte de sus compañeras... y se dieron a mugir con una pena que hizo callar al campamento y moverse la noche.

¿Y aquel tinguiñazo de la centella en el medio de las caballadas que provocó el trueno subterráneo de los cascos?

Después se le unieron dos olores: vino a evocar unas coronas que había visto en un carnaval sobre el estandarte de una comparsa que cantaba en la plaza de Treinta y Tres, y otras coronas que le parecieron las mismas y que había aislado en el cementerio del pueblo un dos de Noviembre...

Quebraban un idéntico olor...

¿Y los muchachos?

Regresaba solo...

¿Adónde los habrían llevado después que juntaron los muertos?

El los había visto cuando se produjo la retirada.

Al trote largo.

Ceñidos por la muerte.

Inolvidablemente...

En esto, tuvo que pasar por un sendero que hacía piso a una oreja del bosque.

Al desembocarla, se topó con su pitanguero.

Aquel árbol lo recibió con una sorpresa retenedora.

Sus brazos indígenas, lúcidos de gotas ciliares, lo envolvieron en un ambiente resinoso y púrpura de cristal botánico.

¡Las pitangas!

En este árbol se detenía todos los veranos.

De chico, cuando venía a jugar a la estancia.

De mozo, cuando se allegaba a visitar la novia.

De hombre casado, cuando iba a bañarse, a hacer leña, a tomar sombra después de los apartes y los quehaceres ásperos.

Entonces, trepado a sus ramas, como silvestre acróbata, o parado sobre el caballo, como jockey de circo, colmaba sus manos, la boca y el sombrero con aquellas joyas ariscas.

* * *

...El rosillo que Cecilio consiguiera desde su estado bagual, pues fue él quien lo domó y arrocinó hasta convertirlo en flete de confianza, había hecho toda la campaña con su dueño.

De los más fieros y alucinados encuentros habían salvado siempre; llevándose, a veces, como ganga anexa, alguna chamuscadura o inevitables roces y puazos que sólo sirvieron para adoctrinarlos...

Cecilio atribuía tanta suerte a un amuleto que le colgara Adelina antes de salir a la revolución.

* * *

...Al abrir la portera del fondo, el rosillo había empezado a mosquear las orejas y a resollar con intención, agitando el pescuezo.

Un relincho de anuncio le saltó claramente.

Y ya el freno iba siendo desatendido.

Con todo, fácil fue detener aquel caballo leal y soliviantado sobre el pitanguero.

Aquí, los tábanos, enconados, se dieron a ponerlo más impaciente con su crueldad aguda.

Cecilio clavó a un costado la lanza de la patriada.

Pensaba abandonarla en el alero de los galpones, con las marcas, como recuerdo cerrante.

Había jurado no participar en ninguna otra guerra desde que vio a sus dos *hermanos* fajados por la muerte.

Parado sobre el rosillo, mareado de fragancias conocidas, se dio a comer sus frutas entrañables.

De este gajo, del otro, de aquel ..

Y el rosillo a continuos cerdazos con los tábanos.

Fue a tomar, de un montón trémulo y alto, las más lindas...

El caballo, exacerbado, se sacudió todo, perdiendo Cecilio el arriesgado equilibrio.

Se ensartó gravemente en la lanza por la parte derecha del cuerpo.

* * *

...Cuando don Ezequiel, los muchachos y Lagarto llegaron adonde el perro se detuvo, pudieron ver a Cecilio agonizando en el suelo, con la lanza entrada, haciendo mortales esfuerzos para sacársela.

Don Ezequiel, perplejo y comedido, corrió hasta él, y con trágico vigor, le fue desencajando aquella arma bárbara de entre el hervor sangriento de las entrañas atravesadas.

Al ser extraída, Cecilio murió.

* * *

...Hilario, que había caído enseguida del alboroto de Alférez, no pudo quedarse allí; y enterado del

anuncio del perro, dijo a Adelina, tomando el rastro, vibrante de influencias:

—Yo tamién via ver qué novedá es ésta.

Iba acercándose al pitanguero, cuando se dio cuenta de que don Ezequiel, Miguel, Ubaldo y Lagarto se disponían a traer un cadáver para las casas.

Por el caballo vio QUIEN ERA la víctima.

—Pero, ¡pobre Cecilio! — atinó a decir, con una contracción tiránica de la boca llena de amargura.

* * *

...El rosillo permanecía en el mismo lugar, bajo el pitanguero, enviando la lluvia furiosa de sus cerdas sobre el picaneo de los tábanos.

Al aproximarse Hilario, miró la escena y comprendió.

Doloroso relincho lo empujó hacia el dueño.

Bajó la cabeza sonora y le olfateó la cara.

Después se enderezó, y se quedó, aguardando.

Don Ezequiel subió a él.

Cecilio fue fijado en cruz sobre las cruces.

Así regresó de la guerra a las casas el marido de Adelina.

XV

Desde la noche del casamiento de Palmira, Hermógenes había empezado a sufrir la alarma de una causa que hasta ese momento desconocía como cosa de su vida, pero que aguardaba en el depósito moral de sus acciones consumadas la ocasión de venírsele a la conciencia, y ocuparla.

Acentuándose con demostraciones inevitables, ese

acto de su niñez iba a llevarlo a la plenitud de una responsabilidad que le atravesaría el pensamiento hasta dejarlo sin defensa y sumergido.

La evocación del puntazo... la bizquez cómplice y simpática que le notó enseguida... lo que pasó después, hijo por hijo... la ceguera que tuvo su origen en el inesperado punzón de su daguita.

Y ¿para qué le habían regalado esa arma que él exhibió aquella vez con inocente arrogancia?

¡Asesino, a los diez años, de la más cruel y extraña especie!...

Despótica tristeza le cerró la vida.

Era un "maneado", un apretado violento de su intimidad.

¿Cómo pensar? ¿Cómo percibir variadamente? ¿Cómo hablar? ¿Cómo moverse en sus adentros?

Ese maldito padrino don Valentín...

¿Por qué no tuvo la ocurrencia de regalarle al ahijado en su cumpleaños un recadito, un pañuelo fino de golilla, unas botas de cuento?

Y ahí andaba, réprobo de sí mismo, alucinado de su profundidad acusadora.

Lobizón doméstico.

* * *

...Cuando trajeron el cadáver de Cecilio, oyó los clamores de su hermana —ciega y viuda— y sintió un toque despertador que le corrió los ojos.

Aquellos ojos sanos, desintonizados y abiertos que nada veían con interés, OYERON más que los oídos.

La repentina y visible soledad de Adelina se le apareció como realidad contrapuntística, y fue insinuán-

dole en su cavilosidad —hasta despejársela— una salida torpe, pero franqueadora.

Dulce, congojosa solidaridad lo fue removiendo de su letargo habitual.

Ahora iba dándose cuenta de que Adelina, que lo manejaba con su ceguera pero que lo retenía con la placidez heroica de sus días, comenzaba a quedarse SOLA... mutilada en el centro de su vida... COMO SIN VIDA, por que la vida es indivisible cuando alcanza la fusión amorosa de su destino...

Adelina se le desplazaba de la supinez biológica, pareciéndole que sin su vigilancia permanente PODRIA CAERSE...

* * *

...Mientras actuaba el velorio, su interioridad acumulada iba soportando las primeras mareas de una angustia preparadora...

Sobresalto revelador le cruzó el corazón, cuando notó que lloraba sin esperarlo.

Aquella alma anudada vivía ya la certidumbre de un drama imperioso, anhelante, nuevo.

El fondo del asunto, su solución íntima, tenían que resolverse en una afirmación salvadora del ser.

* * *

...Alférez, que se había endurecido de lealtad al lado de Adelina, impresionaba la espectación conturbada de Hermógenes, quien, desde la puerta de entrada al velorio, miraba a don Ezequiel, unido al sillón por la pesadumbre, con su negra blusa de plie-

gues y el torrente claro de sus barbas quietas... miraba al cadáver... miraba a sus hermanos... miraba a los hijos de Cecilio... y detenía los ojos DESPIERTOS en Adelina; cobrando, cada vez con más luminosidad, reciente inteligencia de la soledad y pasión de su hermana, sin luz en la cara...

El velorio se estaba celebrando en la misma sala del casamiento de Palmira, donde se le había aparecido, con traidora vehemencia, el miedo fijador de su responsabilidad.

Tan balanceada aquella noche... Tan inmóvil ahora...

Ya sentía un impulso aconsejante y bueno de acercarse a su hermana viuda, y besarla arrepentido...

* * *

...De golpe, percibió el olor de malvas religiosas que fluía la presencia de Adelina.

Aquel aroma le envolvió el pensamiento, hasta sutilizarse en una esencia ayudadora.

* * *

...Cuando sacaron el cadáver y se lo llevaron en procesión gaucha de caballos acompasados y ponchos oscuros, Hermógenes, tirado en un ímpetu redentor del alma, se abalanzó a su hermana; la estrechó con un sollozo grande y desconocido, y la besó, mojándole la cara.

Lucidez liberadora, como ebriedad brusca, le abrió el pecho, le "desmaneó" la vida, —y viéndose salvado, se puso a hablar, asustándose y regocijándose de las palabras que, al fin, conseguía decir y oírse:

—Adelina... yo no voy... yo me quedo contigo... yo te hago falta... Ya no puedo ser un idiota... un fantasma estúpido... Tú me necesitas... Perdóname... pero yo no fui culpable... Yo siempre te adoré y respeté... Hermana, no has quedado sola... Desde hoy, voy a ser tu mejor lazarillo...

CUARTA PARTE

XVI

El descuido natural de la vida me había ido entrañando a aquella estancia, y cuando pensé en volver al colegio de Juanita, percibí — alarmado — una protesta íntima que se atrevió a fijarme acre y agradable pena.

Aquel ambiente, marcado de ausencias actuantes, era un escenario de anuncios subterráneos y supersticiones aéreas, concatenando pensamientos y movimientos, como oleaje sutil.

Mi tío don Floro arribó a decirme un día, con voz tambaleante y temeroso cuidado, fosforeciendo sus ojos bayos y engavillando con insegura mano su barba plana de cola de tararira:

—Mire que jué alegre esta estancia.

Vos te has de acordar muy bien... Las veces que venías a enseñarnos compuestos... Aquellos bailes y yerras que presenciastes...

¡Ah, qué lindo!

Aura tuito 'stá amargo, cáido... apagao...

Pa mí que aquí hay algo más que la muerte, che Pedro.

Si habré visto morirse familias enteras, — embrujadas y apestadas...

Pero esto es otra cosa. Nu es lo mesmo.

Tamos ligaos dende el otro mundo.

Vos que sabés tanto, tratá de sacarnos este daño.

Mirá, Pedro: a vos solo te lo digo... A veces, dis-

pués de media noche, siento una chancha muda que llega de abajo de la tierra y se pone a arrastrar un sinfín de cadenas... que no se acaban...

Encomienzan a cantar los gallos... y los perros se sueltan a llorar... y enseguidita mesmo, se oyen unas carcajadas escandalosas como si Mandinga anduviera mamao con tuitos los demonios...

—¡Juera Lión!... ¡Juera Flecha!... ¡Guaraní!... Semo nosotros... ¡Juera!... ¡Juera!... —gritan... dispacito... las ánimas... [1]

Y queda un silencio, Pedrito, que... nos deja dormir... pero... sudando de miedo.

¿Quién se anima a aguantar esas cosas?

Si me agarra la noche nel monte, te juro que escucho siempre, al salir ajuera, que me chistan... que me llaman... y hasta que me chiflan si me apuro.

Si se levanta viento, me pechan unos gemidos que me parecen de los finaítos...

El dedo diabólico que le presionaba el resorte de su risa paradojal, le obligó a brincar aquel alejado ejejejejejeje que le daba una categoría de lobizón rezagado.

* * *

...Hermógenes, 'con su palabra resucitada, se me allegó una vez a pedirme unos días más.

---

1 Yo quisiera con esta llamada ayudar a sentir ese "gritan . dispacito, . las ánimas". Imposible explicarlo Esta dicho fuera de toda física relación auditiva El viejo Floro habla realmente "en otro mundo" Y en otro mundo que tiene que ver absolutamente con este

Los que han pretendido empobrecer al gaucho inmenso con horizontes y miserias, veanlo aquí como un quebrantador de límites Uniendo este mundo con el otro

Por aquí se puede llegar al "gauchismo cósmico" que siempre hemos cantado y que tantas bromas fáciles nos ha valido.

Yo notaba que mi presencia valía como sostén animador.

Poseía el centro mágico adonde venían a buscar tregua... ardua alegría... aturdimiento necesario...

Cuando entré en la estancia, mi alegría era de lo más vacilante.

Pavores nerviosos me sujetaban los días en cepos de obsesiones y me mojaban las noches de susto.

Acostado, me perseguía el miedo de morirme dormido...

Mi ejercicio de curandero espiritual, recimentóme una energía salvadora que me convirtió en ejemplo de fortaleza.

Los muchachos me invitaban casi todos los días a pescar en las lagunas escondidas. A bañarnos en las aguas empozadas en los bancales y espaldas de piedra.

Me ensillaban el caballo más suave para traer la majada a la caída de la tarde... para vigilar las vacas a mediodía... para permitirnos el lujo chico de una carrera improvisada en las listas donde se emparejaba el campo.

Solían venir de sus correteos y fechorías por los términos de la estancia con ofrendas que me colocaban en el privilegio, cada vez más fácil, de una dictadura como sólo se señala en narraciones maravillosas.

Miguelito me presentaba un día un huevo de ñandú dormido en barbas de palo. Otro, un surtido de huevitos de pájaros: marrones, grises, rosados, bermejos, de un blanco húmedo y un verde seco, moteados y chorreados, morfológicamente.

Ubaldo, seguido, me regalaba rezumados tejidos de camoatí, a costa de hincaduras heroicas.

Como sabían de mi pasión vegetal, a cada momento

acudían con calagualas, helechos enanos, lianas de gruta, achiras, sensitivas, madreselvas, zocaráes...

Llegué a poseer una variedad fantástica de ejemplares que iba desecando con anotaciones líricas.

Bajando las tardes, con Lagarto y los gurises uncíamos la carreta, y nos echábamos sobre el piso andariego.

¡Gorjeante regreso encima de la carga de leña, entre el olor de las orillas del monte, vestidas de novias por las yerbas de pajarito!...

Don Ezequiel, Adelina, Hermógenes, don Floro, los muchachos, Lagarto, los peones, Alférez, doña Maura, la estancia por todos los sectores donde la tocaba mi presencia, cobraban un interés redivivo y luciente.

Benéfico estremecimiento de volver a ser: DE SER COSTOSAMENTE...

Más de una visita se detuvo para aprovechar aquella época de inesperada alegría.

Ahora, no era yo el pergenio del petizo manoteado y la madrina renga, lector de los novelones que resultaban angurria solemne de don Ezequiel.

Había, sin embargo, un personaje allí que me reproducía.

Era Lagarto, el gurí que me llevó la tostada caliginosa.

XVII

Adelina y don Ezequiel resolvieron despedirme con un banquete original, del que me iba a acordar mientras viviera, según me lo anunció Lagarto con cara recomendadora.

Declinaba la tarde, y empezó a acercarse la hora

de los preparativos del convivio sospechoso... invisible.

Digo invisible, porque no barrunté trabajo avisador ni el más bobo trajín que me hiciera creer en él...

* * *

...Piedras abajo cabecea el sol.

Don Ezequiel se me acerca; me entrega un jarro de impresionante capacidad, y me invita:

—Vamos a tomar leche.

* * *

...Metidos en el corral, nos detuvimos sobre las coloreadas vacas que se rebullían con los terneros cerca, contenidos.

Lindos animalitos, revolcados en tizas geográficas.

Caretas quejosas... orejas acascaradas... dulces hocicos... ojos de niños serios de xilografía...

Allí estaba agrupada la gente de la estancia con vasos, jarros, baldes, copas y guampas labradas.

Doña Maura, que ya se había familiarizado conmigo hasta el punto de llamarme "sobrino", ordeñaba las vacas bravas, vigilando el ordeñe que practicaban las muchachas, prendidas en las ubres llovedoras de las lecheras pacíficas.

Colaboraba un olor amarillo, dulce y seco de talas y cinacinas y de la alquimia vegetal de las boñigas.

Adelina repartía parcelas de pan casero con su aérea sonrisa sin dirección y su generosidad de espiga.

Al entregarme mi parte, aconsejóme:

—Coma éste, que es el más grande, y tome bastante leche. Mire que el banquete va a demorar.

No hice como los demás.

Bebí escasos tragos y apenas desmoroné el montón de mi pan.

Adelina a cada rato me aconsejaba:

—Coma bastante pan. Tome mucha leche. Mire que el banquete va a ser muy tarde.

Naturalmente. Yo, reservándome para la cena misteriosa que habría de realizarse, como en los anales espiritistas, con aparición de mesas y manos desde zonas ocultas, apenas alcancé a probar el pan y la leche que en forma abundante me sirvieron.

Don Floro inclinaba desde el canecón a su interior contumaces raciones blancas, mascando pan casero ávidamente en la media circunferencia que le pasaron.

Como era hombre de apetito caudaloso, yo creía que a la hora del banquete iba a presentarse con las barbas limpias y en condiciones de amplia hospitalidad gástrica.

—En este banquete sí que nos vamos a ver juntos. Cuando la llegada tuve que dir a hacer una denuncia. ¿Te acordás, Pedrito?

Ejejejejejeje...

* * *

...La nochecita había colocado las primeras piedras del cielo sobre el patio.

Don Ezequiel, conmigo a un lado y Adelina al otro, condujo hacia el comedor la procesión doméstica.

La moza de las trenzas endrinas y las duras mejillas coloradas, vino a encender la lámpara que se derramó sobre la mesa como una represa fosfórica.

...Andábamos por la mitad de la noche.

Yo repasaba mi estadía, magnificándola.

La palabra se me bañaba entrañablemente. Se me perfeccionaba...

Alcanzó a parecerme macerada en fragancias de malvas, hinojos y alhucemas sublimados...

Seguía lamentando mi cercana ausencia, mi ya casi llegada despedida, cuando un aviso centrado en la garganta, la nariz y los ojos, consiguió reportarme.

Estaba para llorar.

Si alguien hubiera arrancado, yo lo habría seguido...

* * *

...Don Ezequiel se levanta.

—Bueno. El montevideano tiene que madrugar. A dormir todos.

Recién me supe dar cuenta de la insistencia de Adelina para que me embolsara el peñasco de pan casero y me bebiera una catarata de leche.

El banquete de despedida se había consumado en el corral.

Al fin, al fin, entró un poco de risa en aquellas casas tétricas.

¡Con qué temor se reían!

Realmente: LLORABAN DE RISA.

Hermógenes, el único que no podía reir, miraba a Adelina, y consideraba, reverentemente:

—Cuando ella se ríe no ha de ser malo reirse...

XVIII

Bueno. Ya estoy en el colegio de mi hermana.

Juanita había utilizado a Eleuterio, el discípulo

comedido y apajarado que le andaba siempre delante como riel de sus órdenes y deseos.

Este personaje preferido, fue el encargado de reclamarme.

Sacó el sulky de lo más recatado del galpón; prendió a las varas el overito de oleaginoso color bagre, y a las seis de la mañana se presentó a recogerme.

* * *

...Como a cada momento se me fuera haciendo más difícil separarme de aquella gente balsámica, había pasado el mediodía.

* * *

...La tarde adelantaba...

A desprenderme no me resolvía.

¡Ah, corazón pícaro, desatendido embrollador de de nuestro destino!

Nadie lo sabe hilándose a las distancias y los seres, a los bultos y momentos de la vida.

Y un buen día, cuando intentamos apartarlo del centro de aparente desinterés donde se agranda olvidado, lo que va a quedar fuera de nuestro alcance sensible le suscita una música de melancolía y protesta recónditas...

Es la revelación de que nuestro pecho trabaja más y se agarra mejor que la vigilia natural de la conciencia.

* * *

...Vinieron procesionalmente a despedirme hasta la portera ancha del camino.

Don Ezequiel, presintiendo que iban a sumirse de nuevo en la convivencia patética de sus muertos, recuerdos y congojas, me abrazó tan tembloroso, que le adiviné la pavidez.

—Fuerza, viejo, ánimo. No se entreguen. Unos se van y otros vienen. Pero todos se quedan. Cuando uno quiere, nadie muere. Cambiamos de lugar. Los buenos que se van nos vigilan y ayudan.

—¡Ah, muchacho! Siempre fuiste sabio. Perdé cuidado. Esas palabras van a sostenerme. Tenés razón. ¿Cómo van a estar muertos mis muertos si son los que más viven aquí?

* * *

...Adelina, con antigua tiesura, seguía la despedida en la seda más interesada de sus oídos.

Al darme la mano, dijo, con su sonrisa aérea, aludiendo a mi casamiento próximo y a su viudez inmensa:

—Por el tono de su voz noté desde que lo oí que sigue siendo muy bueno... Que sea así la compañera... Y que Dios no los separe nunca...

* * *

...La tarde se endurecía. imperiosa, dando importancia participante a la naturaleza.

Quebrándose, nadaba el sol entre las piedras fieles.

Resbalaba la luz, recogida, techando las sierras atiborradas con eléctricas láminas naranjas.

Detrás de la cocina principal de la estancia, — fijas y trémulas —, las verdes estrellas de los tártagos y las caritas trópicas de los girasoles... Como atendiendo...

Allá, la zona rufa de la isla mayor, deshilachando alambres lúcidos de pirotecnia.

Y más lejos, después de la manguera permanente, sobre el oeste, en el ángulo pétreo de una división centenaria, el panteón de la familia, con su blanco perdido y su corona de cruz negra.

Allí se incineraban los cuerpos licenciados de los abuelos.

Allí estaba Cecilio.

Pero no descansaban doña Cleta, ni Goyo, ni Antonio María...

Doña Cleta iba a venir a su LUGAR, con su raigal jerarquía.

El viejo Ezequiel y Adelina tenían religiosamente planeado el traslado de sus restos desde el cementerio bayo y pentagonal de Treinta y Tres.

Pero los hermanos que no se casaron para andar en yunta; cuyos cuerpos nadie identificó después de la batalla, jamás podrían presentar sus últimas cenizas en el hogar ciego de la muerte, donde se funden las familias sentimentales para apretarse más y no morir deveras.

En la preocupación amorosa y supersticiosa de la estancia, aquellos TRES MUERTOS HACIAN FUERZA.

Sobre todo, los dos hijos, vueltos almas errantes, sin cuerpos reverenciados.

Cenizas ausentes.

ANIMAS EN PENA.

* * *

...Exabrupto — es la palabra que puede decirse — Hermógenes se me descargó con un abrazo recio y cerrado que me alzó en dos cuerpos.

Ceñíame su mudez retenedora...

Y no conseguía vencerla...

Húmedo pudor traducía la lucha trenzada de su moral.

Cuando alcanzó a rogarme: —Volvé pronto, hermano—, se le empezaron a aflojar los brazos.

Pero su palabra no salía de ahí.

—Volvé pronto, hermano.

Recién el niño suave y quebradizo —el "Lagrimilla" de nuestra infancia— subía a mojarle la vida, asomándose a sus ojos buidos y verdes, como pozos mágicos.

* * *

...Un separador —¡hasta pronto! — y me fui alejando... alzando mi brazo, con repetido ejercicio cordial, hasta perderme en las sierras dominadoras.

Tío Floro se me ofreció, como buen capataz y mejor escolta.

—No sea cosa —dijo, guiñándome—, que el overito risulte otra tostada.

Nuevamente tuve la suerte de oír su risa: pero, ya avisado, la aprecié como si le saliera de un espectáculo ventrílocuo.

Y aquí viene a un lado del sulky, pidiéndome que no los olvide y vuelva pronto a animarlos...

Al otro lado, trota el malacarita con Lagarto encima, unido a él como una misma cosa.

XIX

En el colegio de Juanita me abracé con Agustín Diogo.

Se había presentado a buscarnos.

Al otro día asistí a las pencas en lo de Amejeiras.

El juez de paz, haciendo honor cabal a su promesa, había conducido de tiro un caballo reluciente y sonoro para el poeta.

Perdí unos cuantos reales a la taba, en la que oficiaba de coimero principal un pendolista parlanchín que manejaba al comisario.

Festejando el tónico entrevero con centenares de criollos auténticos, en un galope cantado me volví al colegio, donde mi familia estaba entregada a los preparativos.

* * *

...Holgadamente acomodados en el carruaje de Agustín Diogo, iniciamos el viaje de regreso a las casas grandes del pueblo.

Nos bajamos, para desenvararnos, en un pintado arroyo del camino.

Fácilmente, nos pusimos a tomar mate.

* * *

...Agua entre arenas gruesas... pajas con flechas claras... camalotes de velas moradas rizadas... collarcitos de huevos caracoleros... caraguatases coronados... mimbres leales... sombras de toro con sus andersenescas lanzas de rombos agudos... talitas crespos con sus glorietas olorosas... un ceibo espigado de churrinches... luz limpia... aire decorador... sombra feliz...

Aquella mariposa... este pájaro que no sabe nada...

...Diogo cargaba en estos viajes su guitarra madura, con unas cintas en la cabeza que la componían hasta darle figura de lepidóptero.

Se puso a tocar piezas, dulces y alígeras, que le corrían los dedos sutiles y justos desde la torre del mástil a la boca de la caja.

XX

A la mañana siguiente de haber llegado a Treinta y Tres, estaba en la vereda pizarra de mi caserón, mirando la lona de un circo reciente, armado en el ombligo de un terreno frontero, geometrizado por dos caminos en cruz.

Como notificado por el fluido de un drama libre, comencé a darme cuenta de una ceremonia estupenda que ejecutaba el pueblo.

* * *

...Una forma negra y tanteante avanzaba pidiendo limosna con la suplicante mano vacía.

Los vecinos le iban cerrando sus puertas con premura colérica y temerosa.

—¡Cruz diablo! ¡El diablo te lleve!

—¡Malditos sean! ¡Malditos sean!

—¡Cruz diablo! ¡Perra vieja! ¡Perra negra! ¡Cruz diablo!

¡La bruja ciega Bruna Méndez, a quien rechazaba el pueblo por los crímenes infernales que había oficiado!

* * *

...Pensé en Adelina con una contracción sollozante.

¡Sagrada, preciosa forma que se fue apagando,

como una estampa, sin merecerlo, con una heroicidad íntima que la llevó a conseguir la visión permanente del SER!

¡Mancha proterva de perra sabática!

Magullada a sable, hasta considerarla muerta el comisario que la apaleó, ahora se sostenía como un aviso macabro de la maldad oculta, ciega y atravesada.

De

EL YESQUERO DEL FANTASMA

(Entretenimientos)

1943

ISIDORO LUCIANO DUCASSE
Conde de Lautréamont,
Poeta uruguayo.

PRIMERA PARTE

I

Los hermanos Guillot Muñoz han publicado un libro, ágil y contagioso, sobre Laforgue y Lautréamont.

Se trata de una joya crítica, detonante en nuestra "plaza intelectual". Trabajo de probidad literaria, de filiación sutil, de estilo gemático.

En nuestro ambiente, donde no ha habido hasta ahora un verdadero crítico militante, este libro nos trae la sorpresa de una alegría matinal.

Lleva hombría interior, sonda entusiasta y viva, pasión limpia y humana de arte.

Alvaro y Gervasio nos hablan, en lengua forastera, de Laforgue y Ducasse, dos poetas nacidos en Montevideo.

De Laforgue todo el mundo ha hablado en una confluencia de glosa y adhesión. Lo sienten y admiran los intelectuales de jerarquía alquitarada. Todavía la furia laforguista que estableció una familia de iniciados, conserva la llama primera, en una prolongación vestálica. Laforgue dejó su "inglesita", mujer plañente, flexible y fiel, que colocó el trípode y que inició la llama...

Pero del pobre, del feroz, del abandonado Ducasse, recién se vienen dando cuenta ciertos espíritus valientes, encandilados por la fiera maravilla.

El movimiento "Surrealiste" lo ha empuñado como una enseña fantástica, y lo ha desatado sobre la época con amor tendencioso y saña.

Lo cierto es que Lautréamont, con un poco de aliento, les quiebra las manos y les aventa los programas.

No es para sectores ni para franjas de épocas.

Esta entidad apocalíptica es una de esas Fuerzas que suelen meterse por el Arte para zamarrear al mundo y desencajarnos de los resortes y límites que fluyen, fácil y corriente, la vida, desde sus más dramáticas honduras.

II

Isidoro Luciano Ducasse nació en el Montevideo que tenía sitiado Oribe en 1846.

Hijo de François Ducasse, Canciller de Francia en el Uruguay y figura familiar de Montevideo, hizo su primera cultura al lado del padre, hombre de variado y opulento saber, dueño de la biblioteca más audaz de aquellos tiempos y muy pagado de las cosas del espíritu.

Un día llegó a Montevideo el botánico francés Gibert, emigrado del Segundo Imperio. Republicano de romance, tuvo que escapar sigilosamente a la persecución trágica de Napoleón el Chico. Venía de Bruselas, último refugio azorante...

Este hombre sapientísimo y cordial encantó al niño Ducasse en tal manera, que la vida de Isidoro Luciano estuvo puesta sólo en dos cosas desde que lo vio y oyó: en el maestro estremecido y destinado y en la biblio-

teca mágica. (No sé por qué me acuerdo yo ahora del soneto cabalístico a la Biblioteca de Rollinat.)

De ahí salió preparado para el Politécnico de París aquel joven "hermoso, retraído y barullento" que conoció don Prudencio Montagne de 17 años de edad, y a quien parece temía el mismo padre...

Alvaro acaba de conseguir de manos de una tía de Isidoro el único retrato que hoy se conoce del poeta. Demuestra tener 18 ó 20 años, y es tan parecido con nuestros jóvenes de esa edad; tiene el aire adolescente de Montevideo tan hiriente, que, verlo, desconcierta de sencillez circundante, "casera". Es alto y jovial, de una salud provocativa.

Esa amargura legendaria de que lo envuelven no anda en la placa.

Allí está el joven Isidoro Luciano Ducasse, sabio y efluviante, que había de ocupar en el Instituto Politécnico de París el Sillón prestigioso de Augusto Comte en la asignatura de Matemáticas.

Ultimamente se ha hallado en la biblioteca de M. Gibert dos ejemplares de *Las flores del mal* de Baudelaire, cuya dedicatoria está firmada por Isidoro Ducasse en una época que coincide con su adolescencia.

M. Dubreuil en una interesantísima página que acaba de publicar en "La Cruz del Sur", hace muy atinadas referencias sobre una expedición de M. Gibert a Tacuarembó con fines de observación geológica, en cuya embajada técnica habría ido Isidoro Luciano con sus compañeros de estudio.

Llama, asimismo, nuestra atención sobre la coincidencia de opiniones entre el Gibert que en 1864 flagelaba la manera de Musset y Leconte en el *Patriote*

Francés de Montevideo y el Lautréamont de *Poésies* que repite, aunque con más saña, las negaciones del maestro.

M. Dubreuil, espíritu dispuesto y sagaz, ha dado un paso más en el esclarecimiento de la vida de Lautréamont hasta 1867.

En este año ya aparece en el Politécnico de París. [1]

Tiene 21 años. Falleció a los 24, de escarlatina... en una casa del Faubourg Montmartre. Habría muerto de la enfermedad de los niños. El 24 de noviembre de 1870. En el París sitiado. Así cantan los papeles...

Había nacido en el Montevideo del Sitio Grande el 4 de abril de 1846.

III

A los 30 años de muerto Isidoro, Rémy de Gourmont lo descubre, desconcertado. No atina a explicárselo. Lo hace danzar, siniestramente, en la Psiquiatría. Su sentido humanista y su experiencia de crítico no alcanzan hasta él. "Genio enfermo", "genio loco", dice, "de una originalidad furiosa, inesperada".

Después teoriza, como estaba de moda por aquellas calendas lombrosianas en que se catalogaba tranquilamente a Leopardi y a Byron.

Ya antes de Rémy, había salido a tallar León Bloy.

Pero, ¿qué iba a acertar aquel católico feudal, de una obsecuencia gruñente al Sylabus?

---

1 Al doctor Pedro Sáenz de Zumarán el Conde de Lautréamont envió con dedicatoria desde París uno de sus libros, llamándolo "mi protector", como cosa de vinculación reciente y familiar con Montevideo

Así lo consideró y conservó siempre la tradición de la casa. (Dato del doctor Hugo Antuña, persona de altísima solvencia moral, cuya esposa es nieta del doctor Sáenz de Zumarán.)

Lautréamont era el símbolo enemigo de su Dios y de sus ideas. Sin embargo, logró percibir en la frente del Muchachote Réprobo la seña del Espíritu Santo...

El mirífico y desventurado Darío lo pone entre los *Raros*... verlainianamente... y le anda cerca a Bloy en teologías y resquemores de sacristán.

Por suerte Darío se pudo agarrar a Poe y a las matemáticas. De no, deja solo a Lautréamont en manos del Bajísimo.

¡Qué Dios se lo perdone, pero no se podía esperar otra cosa de Darío, el hombre de ánima más cobarde que ha cantado sus miedos por la tierra!

En Montevideo se explotaba teatralmente a Lautréamont en los tiempos de Roberto y Vasseur. Se hacían bromas lautréamontnianas.

Y llegamos a nuestros superrealistas. Y se hace el escándalo.

Soupault, uno de los más íntimos corifantes del grupo, escribe dislates por todos lados. Paul Dermée, uno de los que más lo han acertado, no puede tocarlo en plenitud, debido a la incapacidad horizontal que trazan las sectas. Y André Salmon, como uno de esos conocidos noveleros que escriben en París con cualquier pretexto, dice en una página escrita en noviembre último, que Ducasse se crió en Tarbes, y le llama "pirenaico", etc., etc., después de proclamar que el Uruguay y la Argentina están produciendo un nuevo estremecimiento, animado por el espíritu francés.

¡Qué originalidad de estremecimiento... "latinoamericano"!

Lo cierto es que Lautréamont se les va lejos... por lo más hondo... por lo más largo...

No es con armazón crítica ni con maneas de escuela como se puede abrazar a un poetazo así.

Este espíritu inaudito pide almas aparte para revelarse. Y pocos llegarán a resistirlo y comportarlo si lo "visitan" con amor inclinado y furia lenta y clarificadora. (Léase bien: furia lenta...)

Por que Lautréamont ya ni es un poeta.

Es una fuerza metafísica metida en el Arte para gritar verdades esenciales y acusaciones que serían truculencias sino fueran verdades bravísimas que el pudor o el temor de los hombres disimulan y cohonestan.

IV

La clave de los *Cantos de Maldoror* está en el poema a las Matemáticas.

Por allí se adivina la idea del Bien Esencial y del orden pitagórico que había adquirido Ducasse en su iniciación sinfónica del Cosmos.

En ese canto dulce y fuerte, nostálgico y hermético, se percibe trágicamente el "optimismo metafísico" de que habla Landsberg.

Ya en los comienzos del libro, confiesa Maldoror, acongojado, su fresca y lisa inocencia respecto de Dios y de los hombres. Y dice, como gimiendo, que, al ver la maldad humana y divina sobrepasar las más crueles y lancinantes perversiones de la naturaleza, se hirió la boca, en un acceso de mártir violento, para reír como los hombres...

Esto, ritualizado en tono deprecativo y como reprimido de serenidad sollozante, está en el canto de las Matemáticas.

Se siente allí la nostalgia del Bien Primero.

Habla Lautréamont como un pitagórico desesperado, como tremenda palabra restauradora, como el oceánico Amor Universal, lastimado en todas las olas.

El joven de las remotas ideas armoniosas y del danzante trenzamiento cósmico, sale de sí y se ve en su Montevideo de calles guerreras y familias diezmadas, de legionarios y de héroes.

El sintió, desde la cuna, la fusilería, el cañón, la metralla, los desafíos, los alertas, las patrullas, y los homenajes, con tambor apagado, del Sitio.

Llegan hasta su anhelo auditivo y voraz los relatos calientes y removedores de los encuentros continuos y las muertes herejes.

Se cuentan las degollinas y los descuartizamientos de la Zanja Reyuna.

Sabe de la carnicería de Arroyo Grande y de India Muerta. (¡Ah, Urquiza, el gaucho galerudo que no sabía nadar!)

Sobre los hogares acecha la amenaza trágica, la presencia del martirio.

Atraviesa las conversaciones el federalismo granguiñolesco, con sus gorros de manga y sus blusas federales, y sus hazañas de la Refalosa, de la verga, de la brea chocarrera y los asesinatos desfachatados.

¡Qué de cosas, en verdad, ferales, "maldororeanas", no le tocó ver, oír y sentir en la percepción ineludible de su Montevideo natal hasta el momento de su ida definitiva para París!

Terminado el Sitio Grande, tres ejércitos unidos, van a abatir la tiranía de Rosas, el rojo Caudillo Pampa.

Caído Rosas, el Uruguay pareció escenario de un gran momento de reconciliación patriótica, cuando un

buen día un presidente caduco y blanducón huye despavorido a pedir amparo en una nave de guerra extranjera.

El Triunvirato absurdo acaba en grescas principistas y en asaltos al Fuerte de Gobierno, hasta que aparece de Presidente de la República don Gabriel Antonio Pereira, el lastimero sobreviviente de la Independencia.

Y entonces se vio que la reconciliación entre blancos y colorados era oscuramente imposible.

Y vino la deportación de Juan Carlos Gómez y de los asambleístas del San Felipe, el federalazo al Parlamento y la alucinación goyesca de Quinteros.

Y vino la revolución de Flores con las hazañas de nuestra épica criolla en Cañas Veras, Coquimbo y Paysandú, culminada con esa barullenta entrada del ejército florista en Montevideo.

Y vino, por último, la guerra de la Triple Alianza que apagó sus fortalezas y descargas en la muerte cerrante de Solano López, conciencia segura y grandiosa de su raza, con lo mejor de Napoleón y de Rosas...

El pobre Isidoro pierde los pulsos y se vuelve de un estoicismo patético. Y esto no es el fastidiante aporte taineano de la influencia ambiente, sino una comprobación fatal del poder de la vida (por dentro y por fuera), pues somos seres de proyección y de satinación biológicas y nos es imposible eludirnos de la penetración envolvente del lugar en que vivimos.

Ducasse, pues, ve el Mal (Dios y los hombres) entre la sangre y el infierno que lo anegan. EN LA ZONA IDEAL MALDOROREANA DE AQUELLOS TIEMPOS.

Pero la fe fundamental lo salva y endurece.

Y los *Cantos de Maldoror* salen del drama primordial entre la creencia entusiasta del orden absoluto y la algazara dominante del Mal.

Lautréamont es desde entonces en el Arte la angustia metafísica que clama por el Bien esencial que se ha perdido.

Por eso leer el libro sin beber hasta su más amargo gozo el canto de las ·Matemáticas. es extraviarlo radicalmente. Pues toda esa fruición aparente de episodios que dan la pulsación del libro, está conmocionada por una saña restituidora.

Si se ha de hacer crítica libre, no se puede decir que en los *Cantos de Maldoror* abunde el sadismo frenético y tendencioso de Villiers de L'Isle Adam, de Baudelaire y de Gerardo de Nerval.

Para el que vaya a las últimas raíces del libro con una valiente buena fe reveladora, los *Cantos de Maldoror* manan una presencia Madre de pavor y hermosura, pues aquello es la seña desgarrada de un masoquismo inmolatorio.

Léase el canto al Hermafrodita, el canto a Marvel, a la Loca y las tres Margaritas, el canto al niño que pierde el ómnibus de noche y el diálogo esotérico del hombre y la serpiente, y se verá con qué corazón atroz llora este poeta niño por las aberraciones de Dios y de la Vida y cómo deja vislumbrar, entre el espesor del símbolo y las sacudidas del relato, su idea de la Unidad Feliz, que ese dios que él golpea, enloda y humilla de manera dictatorial, no sabe conservar, porque tal vez no existe sino en el engaño avieso del hombre que lo hizo.

V

Pero nuestra misión, en estas rápidas líneas, es solamente la de decirle a nuestra gente uruguaya: Tenemos un poeta máximo que puede pecharse con Esquilo, con Dante, con Goethe, con Leopardi, con Djelal Eddin Rumi, con Jalil Gibrán.

El Uruguay, como lo profetizara el "montevideano" Ducasse al cerrar el primer canto de su libro, ha visto nacer, crecer y hacerse en sensibilidad creadora a uno de los poetas más grandes y extraños de la segunda mitad del Siglo XIX.

Es más: Lautréamont ha escrito el canto 1º de su libro en Montevideo.

Percibo en esa Rapsodia eterna el mojamiento telúrico, el fluido actuante del Montevideo de aquellos tiempos.

Por lo demás, el libro atesora imágenes y reminiscencias hirientes de Montevideo y hasta del interior del país, llevadas en la corriente viva de la memoria sensible y en su libreta de apuntes líricos.

Después de Ducasse, el Gran Nietzsche me resulta un seminarista, un ortodoxo, con todas sus paradojas y sus genialidades. Lo aventajará en sabiduría estereométrica, en complejidad sentimental, en prolongación de vida.

Pero este niño espantoso se lo lleva en desaprensión cósmica, en vastedad esencial de asuntos, en desgarro apotegmático y fondal.

Después de Ducasse, el misterio precoz de Rimbaud queda explicado y... menos misterioso.

Ducasse, el inmenso uruguayo, el "montevideano", como a sí mismo se llamaba con un orgullo exótico y

precioso, queda desde hoy para siempre como uno de los genios de primera cumbre en el mundo y como un poeta URUGUAYO inconcuso, documentado y hasta justificable, por su desaprensión suramericana, su macabrismo rioplatense y, sobre todo, por imposición de un destino generoso que ha querido hacer del Uruguay el primer pueblo de la América Nueva.

SEGUNDA PARTE

I

Hablábamos así en 1925.

En este momento tengo cerca de la mano el tomo de última data de las obras de Lautréamont.

Philippe Soupalt lo ha ordenado y agita los comentarios con interés ardiente.

El libro viene de 1927, dos años después de nuestras palabras.

Como se ha visto, yo interpretaba los *Cantos de Maldoror* con libertad heterodoxa... con INGENUIDAD EXTRAÑA, según me lo dijeron entonces amigos y hasta ilustres dómines franceses.

¡Quién iba a sospechar que hoy el mismísimo Lautréamont vendría a confirmar mi osadía, provocada por lecturas desprevenidas!

Yendo por un camino opuesto al de Rémy de Gourmont, León Bloy y Darío, los más calificados voceros de la exégesis réproba, yo me animé a percibir un soñador pitagórico en la esencia turbulenta del libro; un iniciado del ejercicio cósmico que veía directamente quebrantado por la pasión del hombre y del

dios que produjo ese bípedo hábil para tolerar su perversión.

Lautréamont llega a los más potentes sollozos y a las más bravas flagelaciones desde un AMOR FUNDAMENTAL, ofendido en todos sus centros...

Pues bien; esto que impresionó como una enormidad simplona, ha sido confirmado con una carta del propio Lautréamont. (El día que conseguí leerla fue uno de los más lindos de mi vida.)

Oigan lo que va a confesar la conciencia de este muchachón, dando al traste con los adjetivos y la licantropía que le destinaron sus intérpretes.

Escribe a Verbroeckhoven, asociado al editor Alberto Lacroix, íntimo camarada del uruguayo:

"Déjeme explicarle mi situación:

Yo canté el Mal como lo hicieron Mickiewickz, Byron, Milton, Southey, Musset, Baudelaire, etc.

Naturalmente YO HE EXAGERADO el diapasón para dar algo nuevo en la intención de esta literatura sublime que canta la desesperación SOLAMENTE para oprimir al lector y hacer DESEAR AL BIEN como un remedio...

...Vended, yo no os lo impido. ¿Qué es necesario que haga para esto?

Decid vuestras condiciones.

Lo que yo quisiera sería que la crítica fuera confiada a los principales LUNDISTAS. (Esto es, a los responsables. Sabemos que en la prensa francesa privaba una noble tradición crítica de los Lunes creada por Sainte Beuve.)

"Ellos únicamente juzgarán en primera y última instancia EL COMIENZO de una publicación que no verá su FIN sino más TARDE.

ASI, PUES, LA MORAL FINAL NO ESTA DADA.

Sin embargo, hay YA un DOLOR INMENSO en cada página.

¿Esto es el MAL? No, seguramente.

Si la crítica llega a hablar DEL BIEN (si llega a entender el SENTIDO trascendente del Libro, decimos nosotros), yo podré en ediciones sucesivas, ARRANCARLE ALGUNOS CUADROS DEMASIADO FUERTES.

Ducasse."

Esto es de una grandeza cerrante.

En "Poesías" aparece el espíritu que iba a dar la moral última de los Cantos.

La muerte lo detuvo de golpe y el final del gran Libro quedó como un estupendo anhelo sin realización artística.

"Es, pues, —continúa Lautréamont—, EL BIEN, SIEMPRE EL BIEN lo que se canta en el libro, pero por un método más filosófico y menos ingenuo que el de la antigua escuela, de la cual Hugo y otros son los únicos representantes vivientes." (Poésies.)

II

"Era grande, imberbe, nervioso, ORDENADO y TRABAJADOR."

Así lo planta con toques acabados Alberto Lacroix, simpática figura de obrero intelectual, a quien vinieron a alarmarlo tanto los atrevimientos "rioplatenses" de Isidoro, que, con fraternal angustia, llegó a proponerle la sordina para las truculencias del texto.

¡GRANDE y NERVIOSO!

Así lo había visto en Montevideo poco tiempo antes

don Prudencio Montagne, único sobreviviente de sus relaciones de Colegio.

En París tuvo amigos comunistas que participaron después en los sucesos de la Commune.

Hasta ahora sólo se ha conseguido identificar a dos de los más adictos: Georges Dazet y José Durand.

Del primero habla repetidas veces en la primera edición de los Cantos. Lo llamaba "alma inseparable de la mía", "el más hermoso hijo de la mujer"... (Bien lautréamontniano esto último.)

Del segundo se sabe que fue desterrado de Francia como elemento perturbador después del zafarrancho de la Commune.

Lo evidente es que Isidoro frecuentaba amistades revolucionarias y hacía una vida alarmante de orador audaz y orientador.

Su nombre aparece en Memorias Secretas de Policía como el de un cabecilla de grupos peligrosísimos para la tranquilidad social.

Cuando habla levanta truenos de aplausos. Aprobaciones listas al asalto. Las ideas que los detectives le sorprenden noche a noche en las inflamadas asambleas juveniles, son de lo más condenables, según la ortodoxia del conservadorismo imperial.

Tan caudillo se le consideraba, que ha quedado la duda de si su muerte brusca y extraña no habrá sido... un secreto de eliminación oficial. (El certificado de escarlatina era muy fácil de conseguir...)

III

Y ahora vamos a referirnos a un problema de aparente eficacia que se hace valer hasta por críticos pon-

derados de casa, con el lamentable fin de retacear la URUGUAYIDAD de Lautréamont. Me refiero al lenguaje.

Se dice, inflexiblemente, que Lautréamont es poeta francés porque escribió en el idioma de su padre.

¿Hay en el lenguaje que se escribe y se habla una implicancia fatal de nacionalidad?

Fácil sería negar esto, pensando que nosotros usamos un lenguaje importado.

Si nos echáramos a sutilizar sobre el tema, podríamos constatar revelaciones inesperadas que nos apoyarían; en las traducciones, por ejemplo.

Se suele percibir en importantes casos que algunos autores entran de veras en su lengua al ser traducidos.

Así Saint - Víctor, temperamento ancho, sonoro y generoso en las mejores versiones castellanas.

Así, Sábat Ercasty, poeta de sustancia metafísica, en las recientes traducciones al alemán del polígrafo Rauhut.

¿Dejan de ser uruguayos los Guillot Muñoz por haber escrito precisamente su libro sobre Laforgue y Lautréamont en idioma galo?

¿Podrá ser considerada francesa Delfina Bunge de Gálvez por haber escrito libros (y excelentes) en FRANCES y desde Buenos Aires?

¿Dejan de ser arios y de responder a la más antigua lealtad de su raza, Ghandi, que predica la liberación espiritual y política de la India en INGLES y Vivekananda que también en idioma anglicano ha predicado las más recónditas enseñanzas de la Sankya?

Y Verhaheren, el formidable poeta, ¿deja de ser belga por haber usado el francés y no el valón para crear sus libros encendidos?

Pero hay más: en un texto de Literatura Francesa

que acabo de leer, sostiene su autor que los mismos franceses no hablan su idioma propio, que debió haber sido el céltico, —idioma que, como sabemos, fue suplantado por el latín de los conquistadores romanos, de donde derivó la primitiva lengua romance con la que se formaron el francés antiguo y el moderno.

El lenguaje es signo más profundo y misterioso —y hasta más práctico— de lo que ve la gente.

¿En qué lenguaje iba a escribir Isidoro, hijo de un Canciller de Francia, educado en colegios franceses, frecuentando grandes amistades francesas, haciendo vida cotidiana francesa, leyendo preferentemente francés en un Montevideo de comerciantes, legionarios e intelectuales franceses?

Tenía que hacerlo en francés, envuelto en una imposición de lenguaje, como nosotros lo hacemos en castellano por fatalidad histórica, pues nuestro idioma raigal, nuestra Voz de Naturaleza, es guaranítica.

El hecho de que Lautréamont se haya zafado siempre a las clasificaciones de escuelas literarias en Francia, nos está diciendo que este Vasto poeta se les escapa a los antologistas de todo parentesco nacional.

Nosotros no reclamamos, llevados de un chauvinismo inferior, la URUGUAYIDAD de Lautréamont.

Defendemos cuestiones más hondas y de más monta.

Pero es lo cierto que, yendo a la seriedad filiativa, Lautréamont es una CORRIENTE COSMICA DE NUESTRO ARTE y DE NUESTRA RAZA, mientras que en Francia será siempre un excomulgado, un compadecido, un maldecido, un DESACOMODADO.

Entrando al Libro, sin limitaciones de letra, en los hondores de los *Cantos de Maldoror* se OYE el lenguaje duro y valiente de la URUGUAYIDAD que nadie

podrá sacar de allí, pues constituye su esencia y presencia permanente.[1]

(Trabajo leído en el homenaje del SODRE de 1932)

1 Ultimamente se han producido tres cosas referentes a Lautréamont, que nos permitimos consignar: una Conferencia en el Liceo Frances radiada por Leo Poldés y una edición de los *Cantos de Maldoror* aparecida en Buenos Aires, ordenada y prologada por Gómez de la Serna

Podemos asegurar que nada añaden a lo que aquí se dijo. Es más que andan perdidos, MUY LEJOS de nosotros.

En cuanto a la tercera referencia, se trata de una página del escritor Luis Vidales

Trae algunos enfoques críticos vibrantes y admirables Glorificadores —especialmente— para Isidoro

Pero, con habilidad ya muy visible, esa página, utilizando datos fantasiosos de la vieja leyenda francesa, trata de escamotearnos al uruguayo ilimite.

1942.

ISLA PATRULLA

Centro Progreso de Treinta y Tres

Enero de 1936.

Treintaitresinos:

Hemos sentido siempre la verdad del árbol.

Ha sido el símbolo de nuestra vida.

Desde la oculta red de nuestras raíces, sabemos que sólo se alcanza el horizonte remoto y la estrella más nueva con el abrazo creciente y circular.

El árbol ha manifestado, desde nuestro despertamiento espiritual, la verdad de nuestra vida.

Por eso, el recuerdo vigilante de Treinta y Tres anda en los entresijos de nuestras ocurrencias líricas.

De ahí arranca esta seguridad presente, el acento áspero y genuino con que nos atravesamos en los temas.

Podremos ir muy lejos, como la golondrina, o más arriba que el chajá.

El ímpetu de la raíz es el culpable.

Yo me he considerado un instrumento de mi raza. He soportado la responsabilidad de sus clamores. La he querido hasta la fusión.

La raíz solariega, el ambiente mágico, la sustancia hundida, manan la música de la expresión.

Y esta identidad esencial que en todo momento gozamos, es la realidad íntima de nuestro arte y de lo durable que hemos hecho.

No hay en esto soberbia ni anulación; que ambos polos pueden darse en este planisferio moral.

Es la hombría desgarrada y directa; la confesión natural de un hombre que siente su origen, quiere descifrar su destino, y oye y ensancha la armonía subterránea de su solar: DEL PAGO, como decimos dulcemente.

Vean algunos en Treinta y Tres un vigía del este, una salida fluvial a otros pueblos, una zona védica de arrozales.

Para mí Treinta y Tres es mi infancia escolar, mi andariega juventud maravillada, el permanente imán de mis palabras lindas.

Amo sus sierras hurañas que, al apagarse la tarde, se tiñen con la celeste reminiscencia de su antigüedad atlántida; los palmares vírgenes del Cebollatí, el Tacuarí arachán iluminado, el Olimar doméstico, patria de mis nacientes éxtasis.

Amo esos cinco cerros de Lago con su lítica lámpara central, de donde surge derramándose el día, como si el sol en Treinta y Tres fuera de escape órfico.

Percibo, actuando en mí, con la memoria inmersa de los abuelos, el arregosto de nuestra ancestralidad aborigen: aquellos indios arachanes, altos y santos, que detuvieron más de una vez la irrupción sojuzgante de los charrúas, y que tuvieron por misión ritual, como una prolongación de la Estirpe Madre del Cozco, la de ver salir el sol y cantar el nacimiento del día.

Que ese es el sentido guaranítico de arachán: gente del este, gente que sorprende la aparición del sol antes que los demás hombres.

II

Admiro el privilegio de Treinta y Tres para plantar varones hazañosos y patriarcas fundamentales.

Y si la culminación se ha de dar por fatalismo contrapuesto, no hay que desesperar de los grandes horrores si Treinta y Tres muestra los tipos más aviesos, atesora, por eso, los más extraños héroes.

Esa es su clave moral, su trágica polaridad.

En Treinta y Tres está la gente más maula y temeraria de la tierra; la selva más fragante y espinuda; los pájaros más estridentes y melodiosos...

Se confrontan aquí los hombres más bárbaros con los más suaves.

Pero no olvidemos que el amor es más vasto y hondo que el odio y la negación, y que en la alquimia de los seres el bien triunfa del mal, transformándolo en energía feliz.

Pensemos en Dionisito Díaz, el "ángel fiero atravesado": inaudita precocidad heroica que pronto hemos de cantar.

Este manifiesta, desde el fondo vivo de una región, su capacidad de amor heroico, y como en la imagen gótica del poeta alemán, hace que una raza sea "la torre volada que pasa los techos del mundo".

III

Recuerdo en este momento dos desfiles que mi más alejada niñez registró, y que me permiten abrazar a Treinta y Tres con sus pasiones tremendas y sus colores dramáticos.

El primero es un recuerdo bermejo y atropellado.

Pasaba Basilisio por los portones de nuestro caserón solariego al frente de sus escuadrones ariscos.

Iba a entreverarse en las cargas gauchas de Aceguá, y conducía los hombres fieles que todavía lo evocan con el poncho de Fausto y el arriador de Frutos.

La otra impresión es más decorativa y tiene la fuerza numerosa de un cuadro de Velázquez.

Don Bernardo Berro, el Patriarca Blanco, venía encabezando una manifestación apoteósica con el brazo en cabestrillo.

Volvía con una herida de ese Aceguá, adonde fue Basilisio en mi primera evocación.

Música, flores, aclamaciones...

Y aquel Varón, bravo y sacrificado, mostraba la isla de sus barbas mojadas con el aguacero sentimental de su pecho profundo.

Grande es mi pago en sus colores y en sus separaciones.

Para el que valora, levantado, el caudal de pasión de sus hombres mejores, blancos y colorados son fuerza heroica, santa agitación, que pierden su limitaje y su encono y sólo existen como afirmación humana y riqueza robusta de arte.

¿Y la naturaleza, la familia, los amigos, los recuerdos?

De eso vamos a hablar en seguida, pues está en el romance que nos va a servir de sostén temático en esta conversación.

Tan trabajada se halla la gente por la letra hecha y tributaria, que una obra desaprensiva la encoge y horroriza.

Todo lo que se produce debe parecerse a lo clásico, a lo ultramarino.

De lo contrario, no existe.

Así, hemos vivido en una vergonzosa entrega sin atender al destino artístico, que es donde debe manifestarse de veras la originalidad "diferencial" de la creación.

Pues bien: yo, con todo atrevimiento, digo que para mí lo único interesante y vivo es mi naturaleza, mi raza, mi lenguaje y mi intimidad. Y que si hemos de ser ALGO en la integración cósmica, debemos hundirnos en nuestra sustancia y asomarnos a ella.

Muchos han escrito ya sobre *Isla Patrulla.*

Páginas de afirmación y de negación infame.

En estos polos, aunque se pena bastante, me gusta el baile.

Pero algunos sabios ponderados me han dicho cada cosa...

Un crítico de aquellos que se explican con Moratín el Chico, con Valbuena y Cañete, me escribió esto: "usted ha cometido una herejía imperdonable. Ha escrito "un patio atorrante", y eso no es digno ni castizo."

El párrafo es de una travesura enorme .. me parece.

Se trata del patio de la casa descuidada de una pulpería en las sierras.

Un chiquilín listo hubiera escrito, como en el libro:

"El avispado pulpero nos recibió con saludos estrepitosos, haciendo entrar a mi hermana en las piezas de la familia, a través de un patio atorrante, asaltado de plantas fáciles y yuyos atrevidos, con un parral huesudo y rotoso en un ángulo."

Pero vamos por partes. Y hablemos con cierto orden.

Siendo *Isla Patrulla* un libro autobiográfico, yo podría decir que muy poco interés crítico presenta para mí.

Son gangas del muchacho que lleva uno presente y metido en el cuadro mejor de la entraña.

Isla Patrulla es un romance que nació hace años en la ocasión cordial de una visita.

Recuerdo que un hermano llegado de Treinta y Tres estuvo unos días en mi casa de Montevideo, y con él evocamos tiempos y seres de *Isla Patrulla* que tanta parte tienen en nuestra infancia.

Adelina era nuestro asombro.

La habíamos conocido de moza y de novia con sus vivos ojos celestiales. Y ahora, ciega y viuda, aparentemente a oscuras, admiraba a todos con su espíritu iluminado y un equilibrio físico tan increíble...

Había sustituido el ejercicio de los ojos con la perfección de una vigilia sentimental.

Algo de milagro o... seriamente milagro, como se dice en el *Romance*.

En esa época nació el libro.

El asunto es, pues, muy nuestro, pero de calidad cósmica. Como es lo nuestro también sustancialmente.

Lo primero que se me ocurrió, cuando me decidí a realizar el romance, fue soltarme a escribir sin plan ni determinación de forma.

Dentro del entusiasmo puro va una armonía ordenadora. Hay que provocarla. Registrar la poesía en su filtración de arranque.

Puse a Adelina como centro imantado y con ebria osadía y cierta mágica seguridad, fui promoviendo el "acompañamiento" de la ciega maravillosa.

Como en el caso creciente y hermoso de la aparición de las formas, Adelina fue trayendo y complicando seres y naturalezas actuantes que vinieron a ceñirle coro inesperado, íntimamente necesario en el jubileo de su nacimiento artístico.

En Treinta y Tres, por suerte, la raza gaucha se conserva como fue y en ejercicio dramático permanente. Es fácil, para quien conoce esto, con lucidez encantada, dar en el tono definidor.

Yo no he tenido interiormente más trabajo que el de hundirme hasta encontrar mi infancia e invitarla a la fiesta DE NUEVO...

Hay que ver con que misteriosa certeza responde el NIÑO que llevamos profundizado en nuestros abismos. Las cosas que ha visto y registrado y de que ni sospechamos en nuestra aturdida vigilia de hombres...

Isla Patrulla, pues, es absolutamente autobiográfico y sus frases o versículos son el vertimiento de una niñez descubierta.

Atlántida retozona...

El caso que le da osatura dramática está en la ciega lúcida, — núcleo imantado que agita y atrae la más fúsil unidad hasta darle al libro (al menos, en la intención del autor) una categoría de sinfonía bárbara o de moneda prolija.

Y aquí conviene que se diga el rigor con que fue ceñido y purificado.

Confieso que se me fue la mano en el castigo.

Le saqué partes muy buenas. Pero que distraían la redondez girante.

Tratando el autor de que el romance quedara ligado y ágil, sacrificó anécdotas, descripciones y "documentos" que lo hacían espectacular, pero que entorpecían el desarrollo de su círculo.

Es muy diferente un anecdotario o un libro de memorias de lo que tiene que ser una obra corporalmente cerrada.

La trama, el lenguaje, la proporción, llevan su "línea de fuerza", su designio de forma concluida.

Lo infinito, lo inconmensurable, están adentro... tanto puede la palabra... o pueden no estar en lo escrito y hallarse presencial e invisiblemente en la obra.

Hubo, pues, que tajear, ajustar, flexionar, hasta dejar las cosas limpias y solas, y poner la palabra en puntas de pie.

La música atraviesa los cuerpos y funde la densidad.

La música hará danzar el libro como cuerpo poseído.

Si no resultare eso, hemos perdido el tiempo y el sentido esencial de la expresión artística.

V

El asunto que arma y vertebra la obra es sencillo y cargado.

Alguien ha dicho que nuestra raza es alegre, dicharachera y ruidosa.

Que Dios se lo perdone.

No hay raza más tácita y parva que la gente gaucha.

Lleva su religiosidad, su ideario, su definición. Es tan vasta y arisca su expresión oculta, que muy pocos espíritus han podido valorarla y "aguantarla".

Para mí es un problema de entrañas. Hay que venir de ella, de su profundidad escondida y auténtica. Y con la más buena y amorosa naturaleza.

Y esto sí que es difícil: cobrar sentido responsable y aguantarlo...

Espínola, titán sensible, es uno de los escasos que han conseguido en *Raza ciega* traer a la visión del arte la fuerza zahareña del gauchismo.

...Don Ezequiel Cruz es el patriarca de *Isla Patrulla* y el caudillo blanco del lugar.

De su matrimonio con doña Cleta le han nacido dos hijos que, como el país, se separan en DOS COLORES: Goyo y Antonio María.

El primero siente desde chico una inclinación escandalosa por los colorados.

Antonio María es blanco, como su padre y los abuelos.

Don Ezequiel se pasó diez años pidiendo una hijita para adornar su vida y coronar la estancia con la flor más linda de su sangre.

Un día aparece Adelina, la hija pedida...

Aquel hombre se puso en adoración.

Entraba a la pieza de la natividad. Besaba a la compañera. Y se detenía en los ojos de la recién nacida, tratando de adivinarles el color...

Bueno. Esta hija llegó a ser con el tiempo la "madrecita" de la estancia.

A los doce años se produce un hecho inesperado y terrible en su vida.

Dice el libro:

"Cuando Adelina cumplió los DOCE AÑOS se hizo un festejo completo." "...pusiéronse a jugar a LAS ESCONDIDAS...

"Adelina se ocultó detrás de la mitad baja de la puerta de una cocina.

"Hermógenes andaba insoportable con la daguita que le había regalado el padrino.

"Metía la lengüeta en las hendijas y en los agujeros de las puertas, buscando a la ESCONDIDA.

Dio la tremenda casualidad de que al entrar la punta de la daga por el pequeño boquete de la media puerta del escondite, Adelina, agachada, pusiera allí uno de sus maravillosos ojos.

"La daguita, como lanceta malvada, le tocó el iris..."

Un día estalla una revolución, y don Valentín, el padrino de Hermógenes y caudillo gravitante del coronel Cruz, viene a ofrecerse.

El viejo Ezequiel, —viudo, con Adelina ciega y rodeado de hijos y nietos que lo necesitan—, resuelve no ir a la guerra, porque la considera sin gracia ni grandeza, hecho como está, a los encuentros MANO a MANO y a las cargas visibles de lanza.

Este es el momento desligante en que Goyo, el hijo colorado, *puede irse con su color*, pues siempre acompañaba al padre en las guerras, *sin divisa ni armas*, por cordial filialidad.

¡Hay que ver con qué alegría bromea y ríe!

¡Por fin me voy a unir a LOS MIOS! — grita con desahogo separador.

Se produce un combate gaucho, y entre humos y alaridos, se van unos sobre otros.

Sin sospecharlo, Antonio María y Goyo se han estrellado, cayendo mortalmente heridos de los caballos.

Por el suelo, sin los sombreros, se miran las caras, y se reconocen.

—Hermano... Hermano... Y se abrazan. Y los faja la muerte.

Hilario Céspedes, un tipo simpático y dispuesto que anda en el *Romance* y que la gente de Treinta y Tres recuerda bien, lleva el mensaje de la muerte de los hermanos a la estancia del coronel Ezequiel Cruz.

Adelina, que al bordarles las divisas, en una anticipación de ciega iluminada, había previsto tal cosa, se abraza con su padre en el patio de la estancia, bajo el luto PRESENTE y AUSENTE de la noche.

Termina la guerra y se produce el licenciamiento.

Cecilio, el esposo de Adelina, regresa a la querencia, VIVO y acongojado.

Al cruzar por una oreja del bosque, dentro ya de los límites del fundo, el árbol de su vida — un pitanguero — lo detiene, mostrándole sus gotas rojas y dulces.

Arrebatado por sus recuerdos de muchacho, se para sobre el rosillo para gustar sus frutas entrañables, después de clavar a un lado la lanza de la patriada.

El caballo se rebulle, exacerbado por el calor y los tábanos.

Cecilio, erecto sobre el rosillo, como un jockey de circo, va a tomar las gotas más lindas...

De un sacudón colérico, lo tira el flete sobre la lanza, y cae de la cabalgadura, ensartándose bárbaramente.

A todo esto, Alférez, el perro preferido de la familia que había venido a recibir a Cecilio, se da cuenta de lo que ha pasado y vuelve a las casas a anunciarlo con manoteos y gruñidos.

Hermógenes, desde la noche del casamiento de Palmira, anda enquistado moralmente con un sentimiento abrumante de responsabilidad.

Cuando en las relaciones del pericón oyó la cuarteta que dijo Adelina sobre el trato de los ojos...

¡Se cree culpable de la ceguera de su hermana!...

Al ver el cadáver de su cuñado, siente un "toque" en su vida que lo despierta.

Ahora su hermana va a quedar SOLA. Sin el compañero...

Ya no puede ser más sonámbulo, un idiota, el buzo sordo, lobizón doméstico del *Romance.*

Por él vino la ceguera. Su misión reparadora debe ser la del Lazarillo.

Mientras se desarrolla el velorio, este terrible y salvador juego de su responsabilidad lo somueve y dirige. Y cuando sacan el cadáver, en un arranque desligante de su voluntad despierta, se abraza a la hermana y le salpica la cara a besos.

Este Hermógenes que anda en el libro de manera reservada y difícil es, para mí, una criatura queridísima. Y en él me he permitido el lujo de traer al arte un personaje completamente descuidado de nuestra campaña.

Los autores que han escrito sobre nuestras cosas, han visto muy de refilón los temas de la calidad de la raza.

Este Hermógenes tan frágil, tan suave y tan patético, viene de un tipo racial muy vigente en nuestros campos.

¡Cuántos muchachos finos, aparentemente inexplicables, existen en nuestros ranchos y han sido y son compañeros y amigos míos!

¡A cuántos he aconsejado y ayudado, y son hoy maestros, veraces apóstoles de toda enseñanza, o conductores de grupos y familias!

No, no, no. Nuestra estupenda raza es algo más que ese montón de pendencieros, de tarados, de guerreros y de cigarrones de enramada que a cada momento nos presentan los escritores fáciles y sistemáticos que han ofendido al gaucho!

Nuestra raza es sustancialmente poesía moral.

Y los que la conocen saben que está capacitada profundamente para manifestar héroes y santos, como las razas más valiosas de la historia.

...En su Cuarta Parte, consumados los hechos, el *Romance* presenta un escenario tan trabajado por la conciencia de la separación, que la obra se traslada al otro mundo.

Entonces se siente con toda su temerosa grandiosidad la figura fosfórica de un personaje que actúa "atracado" en su interior. El viejo Floro Mariño.

Ustedes lo recordarán...

Como un Medium en ejercicio, escenifica las ánimas... Las ánimas que, con ritos astrales, percibe acercándose a las casas en horas abracadabrantes...

Este fantasma racial parece que no "endureciera" el libro.

Y sin embargo es uno de los que más lo llenan.

Es que está DADO (o ha querido darse) en operación rápida y esencial.

Yo siento un arte que, en su aspecto plástico, debe VERSE en asomamientos definitivos.

Se puede documentar, desarrollar, "acumular" un personaje. Pero es hablar inútilmente. Armar volúmenes pasajeros.

Fácil me hubiera sido calar la intimidad de ese pávido receptor de escenas astrales.

Pero ¿qué se gana con escribir 30 ó 40 páginas si se ha de llegar a la constatación de que es mejor decirlo en 4 líneas?

"Don Floro Mariño arribó a decirme un día, con voz tambaleante y temeroso cuidado, fosforeciendo sus ojos bayos y engavillando con insegura mano su barba plana de cola de tararira..."

¿Para qué más?

El tambaleo interior y el sigilo, la fosforescencia óptica, el temblequeo cómplice de la mano en la barba...

Yo creo, señores, que se describe mucho y se analiza demasiado. Y pienso, también, que anda bastante habilidad y sabia simulación en las cosas estéticas...

Abundantes páginas decorativas o psicológicas, nos producen, muchas veces, seriamente contraloreadas, la sensación de documentos negativos.

Sólo por intuición genial, por adivinación paciente y sondeo amoroso se puede tomar el interior de los seres y su "acompañamiento", y con los recursos mágicos del lenguaje crear ESTABLEMENTE.

Pero los forjadores esenciales, los demiurgos triunfantes, son escasos.

Modestamente, pues, y con cabal discernimiento de mis alcances, solté *Isla Patrulla* en forma poemática, sin DESCRIPCIONES ni DOCUMENTACION — siguiendo ese oscuro y certero entusiasmo de la intimidad que Poe consideraba la fuente del arte.

VI

Y ahora vamos a explicar por qué clasificamos a nuestro libro de *Romance* y no lo llamamos novela.

Para mí esto es muy importante.

Declaro que no soy novelista ni podría serlo.

No poseo esa paciencia del escritor artesano que, bajo el rigor constante de un plan vasto, acumula antecedentes, madura personajes y describe con interés y entretenimiento.

Admirable familia de la que hay acabados modelos.

A mí me gusta la narración interior vivaz, es decir, el HECHO ATRAVESADO. Contar las cosas con propiedad entrañada.

Por eso, en los versos y las prosas que saco al viento, anda siempre ese "yo" que a muchos circuns-

pectos dómines desagrada, pero que a mí me da sostén lírico, una seguridad apasionada sin la cual no podría moverme en forma, ni para adentro ni para afuera.

Ya en *Júbilo y Miedo*, haciendo contrapunto a esa censura que me fue formulada por un notable crítico de "La Nación" de Buenos Aires, cantaba defendiéndome:

Nadie culpe mi palabra,
Aspera, pura y sin mal:
Es mi raíz poderosa
Que sólo así me hace hablar...

Cada uno, cuando cobra conciencia de su destino de expresión, debe hacerse oír con su prístina "informa", — sea utilizándose como víctima maravillosa o trasladándose a los recursos eficaces.

Pero, señores: si la intimidad, en última instancia, no aporta sus accesos, su lucidez, su experiencia, sus adivinaciones, — de esto podemos tener desde ya la más absoluta anticipación: NO SE PRODUCIRA EL ACONTECIMIENTO DE LA CREACION ARTISTICA.

En este punto debemos ser inflexibles.

Una cosa es la sustancia genuina, realizada de veras, y otra, la habilidad de la cultura estereométrica.

Para decirlo con dos grandes figuras: una cosa es Marcel Proust y otra muy diferente ese señor Paul Valery, quien, con una alquitarada y sobrepensada maestría, ha llegado a darnos la receta de la "poesía pura" que, en el fondo, no es sino la detención de los arranques secretos y la estratificación de la movilidad vital.

Se cuenta que cuando Víctor Hugo hablaba de la muerte, si lo hacía en la mesa, comía como siempre,

y si lo seguía en broma, no dejaba por eso de reírse; en tanto que, cuando Baudelaire la nombraba, se le afilaba una lividez en la cara cómplice que hacía visible la impresión patética que la palabra le producía en el centro del ánimo.

Así en el arte, señores.

Sólo pueden hablar los que traen la expresión desde la "urna" íntima; los que arrancan sus operaciones desde los manantiales de la sinceridad soplada.

Sé que el destino de mis cosas es tremendo.

Por lo que percibo o se me quiere todo o se me niega absolutamente. Hasta con saña "voluntaria"...

Es que la sinceridad hace mal...

Hay tanto "simulacro", tanto engaño, tanta buena educación, que uno resulta "inaguantable".

No me importa. Seguiré siendo el niño de siempre.

Ya lo he dicho y cantado. El niño debe crecer indefinidamente. No hay nada más triste y mortal que un hombre con minúscula...

Los que atesoran curiosidad trascendente y sutil sentido, han conservado al niño.

El NIÑO es lo único que existe.

Dije en cierta ocasión una frase en broma que hoy la creo de veras.

A mí me cuida el ángel de la Guarda, porque nunca he dejado de ser niño...

El hombre es quien corre al ángel. Y así le va...

Es el Niño, señores, el que ha hecho las Cosas que han quedado en el arte.

Y es el Niño, me parece, si no me sugestiono, el que ha escrito *Isla Patrulla*. El mismo que manoteaba petisos para visitar estancias... pero que conservó aquello tan bien, que hoy le sale como gorjeo hundido de la MEMORIA.

VII

Para terminar.

Mucha gente me ha preguntado si lo que se cuenta en el Romance pasó así.

Yo me sonrío y contesto: — Pasó así porque lo cuento yo.

Señores:

Hay una realidad superior a los momentos terrestres, pero que los utiliza.

Es la realidad artística que sabe estabilizar los movimientos de la vida.

De esta manera, lo que se fija en arte con inspiración certera, existe más y mejor que los hechos que han servido de elementos de fusión lúcida.

Yo puedo decir, por ejemplo, que Hermógenes es una creación completa, sin modelo episódico ni referencia física directa.

Pero el "acompañamiento creante" lo reclamaba. La ciega maravillosa se lo merecía...

No me pregunten, pues, si pasó así en Treinta y Tres como en el libro se cuenta.

Yo, tozudamente, contestaré:

—Pasó así, porque yo lo quiero...

(Se me ha de perdonar el empaque de este trabajo. Fui a Treinta y Tres con un orgullo infantil tan inevitable que puede ser simpático.)

JORGE LUIS BORGES

Conferencia dada sobre apuntes. Rehecha a pedido, para los Anales del Ministerio de Instrucción Pública. Acto de Arte y Cultura en la Universidad. (Julio de 1937.)

I

Parece broma o guiñada de cuento: la ausencia de Jorge Luis Borges, a quien correspondía este Jueves, debe transformarse en invisible y sonora presencia.

Veremos si logra tanto el sortilegio de la amistad militante.

Yo tengo que ser la voz animadora que ha de traer a Jorge Luis Borges a esta velada epónima.

Lo intentaremos, llenando el cálido espacio que se le ofrecía para recibirlo en centro de alegría y recogimiento.

Larga y sostenida amistad me ha permitido seguir a Borges en los estadios vivientes del arte.

Desde sus versículos ultraístas hasta esta perfección en que se halla, tocando ya — por hondura — en las lindes de la seriedad otoñal, Borges me ha hecho conocer, como hermano ejemplar, todas sus ocurrencias.

Lo conozco, pues.

Con limpia afirmación, puedo proclamarlo uno de los más íntimos camaradas.

II

Hace muchos años Borges y Ricardo Güiraldes, con dos amigos dispuestos, fundaron una revista amanecedora y escandalosa.

Escandalosa en Buenos Aires, donde la densidad y la dureza en achaques de arte no podían permitir ni tolerar la irrupción fantástica de las vanguardias literarias.

Por suerte se trataba de dos grandes espíritus que, con el tiempo, lograron ser perdonados, tolerados, oídos y... hasta seguidos.

Güiraldes publicó su *Segundo Sombra*, y aquello terminó en la apoteosis derechista de Lugones y en el aplauso nacionalista de los magnos diarios porteños.

Borges publicó su *Luna de Enfrente*, sus *Cuadernos, El Idioma de los Argentinos*, y aquello provocó también — quieras que no — el entusiasmo sospechoso del chauvinismo interesado.

Pero, por fortuna, Güiraldes y Borges son mucho más que esas conformidades periódicas.

Guiraldes es, no lo olvidemos, el autor de los *Poemas Místicos*, y Borges el ensayista extraordinario de *Historia de la Eternidad.*

Quiere decir que Borges y Guiraldes son dos "ejercitantes": dos hombres interiores de todos los tiempos; dos momentos permanentes en el destino de la creación artística.

III

¿Cómo es Jorge Luis Borges? — preguntaba yo antes de conocerlo, al maestro Pedro Figari una tarde

en que nos vimos con Jules Supervielle en efusiva triada.

Nuestro pintor habló, entonces, fisiognómica y spenglerianamente de Borges.

Y así lo vimos docto, huyente, melodioso y zafarranchado, afilado de adentro y gastado de ojos en aquellos ardores de sabiduría que cebraban corrimientos palpebrales en Juan de Avila.

Y poeta, poeta, poeta. Y donaire. (Esta es la palabra con que quiero marcarlo.)

Un alma que, donde toca, saca música.

De este modo no hay FORMA para Borges. Hay INFORMA, como se canta en la LUZ NEGRA.

Prosa, versículo, verso biológico o taraceado, todo es animación en él.

Pasó en Suiza su juventud de bozo. En aquel lugar de paz y acogimiento almacigado de los mejores hombres durante la guerra bien llamada "europea".

Allí conoció a Romain Rolland, a los expresionistas líricos de Alemania y a los derrotistas mártires de Francia.

Fácil le fue al espíritu naciente y antenado de Borges irse furiosamente al maximalismo ruso. Y sus primeros poemas, cósmicos y abrazantes, se ciñen al mundo y a los hombres en el coro mesiánico de Essein, Maiakowski y los demás vanguardistas rojos.

Llegado a España, encabezó con Guillermo de Torre, Eugenio Montes, del Vando Villar y Gerardo Diego, el movimiento ultraísta. Y publicó poemas en "Grecia", "Cervantes", "Ultra", "Horizonte" y "Cosmópolis" de una intencionada desaprensión ultraica.

Metido en su Buenos Aires natal, secreta imantación de raíz y un envolvimiento mágico de naturaleza,

le dieron esa conciencia de estabilidad humana y familiar, sin la cual nadie puede decirse hombre en la tierra.

> Las calles de Buenos Aires
> Ya son la entrada de mi alma...

Cantan así los dos primeros versos de su *Fervor de Buenos Aires.*

Cuando sus compañeros de ultraísmo lo leyeron en este Poemario, se alarmaron.

—Se nos va. ¡Reacción! ¡Retardatismo! ¡Infeliz salto atrás! ¡Traición!

¡Ay! Borges acababa de hacerse hombre pleno, poeta orbital.

Y es que esas parcialidades agrias y violentas, con un sentido directo y a mano para moverse, no pueden sufrir el ensanche ecléctico de los espíritus grandes que van integrando indefinidamente su vida con las zonas armoniosas por donde pasan.

Un poeta genuino no puede ser futurista, ni simbolista ni ultraísta.

Tiene que ser todo ESO en su desnatamiento esencial.

Así se consigue LO INFINITO de la INDIVIDUALIDAD.

IV

Fervor de Buenos Aires es libro albriceante, con ingenuidades y travesuras que recuerdan a Heine. Y salpicadas audacias y humorismos de "ista" sincrético y de biselada criolledad.

Gemático y galopado de imágenes, con una arritmia

de cierta iniciación íntima, es el Canto fresco, menudo y desinteresado de la Cosmópolis suramericana.

Viene el reverso en prosa: *Inquisiciones.* Pero ¡qué prosa!

Hasta hoy creía ver el privilegio glósico del castellano en Ventura García Calderón, por lo que lleva de gracia, de matiz ardiente, de "versucia", de minero verbal.

Pero Ventura ha manchado su prosa en prólogos utilitarios y cosas de vintén.

Borges lo aventaja. Es más sabio, más tornátil, más sutil, más "coral", más hombre de adentro.

Zamarreado por simpatías profundas, escribe con acierto caliente, con brío, con parquedad robusta.

Inquisiciones es un libro de Semblanzas y Ensayos cortos.

Habla allí de Torres Villarroel, de Joyce, de Quevedo, de Brownie, de Cansinos, de Gómez de la Serna, de Unamuno, de Herrera y Reissig, de Berkeley, de Macedonio Fernández... y hasta yo caigo en la elección de este pescador de "aguas vivas".

Por adentro de todo esto, como soplo escapado, juega un ingenio sentimental y sano. De crítico intimista, con receptividad abierta en las semillas generosas. Verdadero paradigma de crítico sensible, capaz de dar ese *eureka* de la inteligencia de que habla un crítico reciente. Vale decir, de lirificar el entusiasmo mental con las dulces heridas de la belleza.

El estilo de Borges es: densidad suntuaria, humor escondido, sondeo diestro, intensidad proba, placidez hervida.

Me parece gustarle, en trasminación segura, ese ACENTO SURAMERICANO que he visto hasta el pala-

dar en Sarmiento, en Montalvo, en las *Memorias* de Darío, en algunos cuentos venezolanos y platenses y en destinados poetas y novelistas de nuestra América Nueva.

Elegir páginas en este libro es imposible. Hay en él calidad pareja.

Y todo es novedad. Todo es ver desde hoy los hombres, las ideas, las emociones, las palabras...

Y ¡qué criollo y universal es Jorge Luis!

Sólo así se estructuran los artistas.

El árbol, que es el Poeta fatal y elemental, dice en su silencio ontológico: desde la más baja punta de la raíz se va a distribuir las estrellas y a ocupar el universo.

Inquisiciones es libro de sorpresas y elástica hondura.

V

Al tiempo mismo de estas "inquisiciones" publica Borges *Luna de enfrente*, — libro de aliento lugareño, color moderno y aguda picardía.

Allí anda un poema a la muerte alborotada de Facundo en Barranca Yaco, — bermejo, brusco, maravilloso.

En 1926 da a la estampa *El tamaño de mi esperanza*, donde ya está presente esta profundidad jovial que se le siente con frecuencia en sus últimos trabajos.

En el *Idioma de los argentinos* sostiene una pintoresca argentinidad que —para él— es un problema chico y sin fin de calles, patios, lunas y palabras vernáculas, quedándose en pecho vivo y creciente de eternidad...

El estudio sobre Carriego es de generosidad infantil, de entrada golosa, ingenuidad descubridora...

Carriego es uno de los fanatismos tónicos y explicables de Borges.

Carriego es pariente muy cercano en cosas aledañas y episódicas de Borges...

Y después de haber publicado *Historia universal de la infamia*, nuestro admirable camarada nos regala este último libro *Historia de la eternidad*, donde lo vemos en la colocación cenital de sus andanzas místicas.

Todos estos libros, ágiles, entrados y traviesos, van afirmando un Borges que ya estaba visible en el amanecer vocacional de su fervor de Buenos Aires.

Dos de estas obras son, para mí, el conseguimiento más lindo y completo de Jorge Luis.

Me refiero al devocionario de Carriego y a la *Luna de enfrente.*

En el primero hay tanta fruición bohemia, tanta complicidad lírica, que la prosa ha desaparecido en vivacidad narradora, susurrante, evocatriz.

El ánima del barrio, el gozo atorrante del suburbio, el tránsito lento de las orillas urbanas, el asomamiento rosado de la esquina que indica los sitios o da el arranque supino de la pampa, —todo esto, ¡tan borgeano y carrieguista!— se funde en la glosa picaresca, en la referencia salpicada, en la anécdota encendedora...

Luna de enfrente es la misma caja de asuntos, más decorativa y numerosa... Desparramo tintinador de versitos limpios...

Por aquí es por donde se puede aechar y acertar a Borges.

Borges tiene una manera de ser menuda y trascendente. (¡Te agarré, duende!)

Cualquier punto cordial le sirve de centro mágico para ensilarse o perderse infinitamente.

Presenta el patio y adentro la estrella. Pone la calle y la sigue... desde el yuyo que le moja las piedras hasta el último ángulo que se funde en lo ilímite.

Sigilo de avispa escondida, trabaja el corazón incansable. Su frente ávida y alegre y su curiosidad y su temeridad lo llevan despacio, despacito y lejos... Y contradice y busca zonas y seres de toda distancia, y brinca de pasión ante los hallazgos y se ríe de los que no vieron ni sintieron presencias y músicas que él trae con albricias y paramenta con dignidad ritual.

A veces tiene apasionamientos cómicos, muy desconcertantes. Pero, naturalmente nobles, desinteresados, simpáticos.

Para nosotros Jorge Luis es una inmensa amistad, un corazón necesario.

Y en el ejercicio de la vocación artística, Borges es ejemplo de humanista moderno: sinceridad desnuda, estímulo inesperado, alma abarcante que planea, cuando lo arrebatan las causas, en las esferas cósmicas.

VI

Pero quiero detenerme un poco en *Historia de la eternidad,* último libro del camarada. Precisamente, por ser el último y por lo imponente del asunto.

Yo declaro, señores, que siempre he luchado con las solemnidades fijas y conclusivas.

Nuestro destino ascensional, nuestro espiritualismo militante lo exigen.

Yo también he sentido y siento, como Borges, un desagrado heterodoxo y rápido contra las palabras absolutamente impuestas y la secuela ceremonial que traen con rigor dogmático.

Se dice "eternidad" y se piensa en lo menos eterno, en lo que seriamente considerado no existe: en la muerte.

Borges, con un atrevimiento suramericano, se las tiene tiesas con Platón, con Plotino y con San Agustín; sosteniéndose en la idea de que la eternidad es una cosa muy diferente de lo que se predica, porque no hay concordancia esencial en la formulación.

Levanta la acusación clásica de Bossuet hacia el protestantismo: no sois la verdad porque no dais la unidad, la identidad originaria.

Anda mucho de Luciano en las ocurrencias escépticas y sistemáticas de Borges: la misma prevención zumbona y retozona del estilo, idéntico júbilo del contrapunto ingenioso.

Sin embargo, Borges en su vigor sintáctico, ha procurado y conseguido la fusión de dos maestros supremos y aparentemente antitéticos. Me refiero a Gracián y a Quevedo, por más que su ahinco temperamental lo lleva a Torres Villarroel, el saleroso y desatado escolar que, con el brujo del Diablo Cojuelo, Pérez de la Oliva, Juan Huarte y Pero Mexía, está esperando la crítica sutil y valorativa que lo ascienda a su jerarquía primate.

Indudablemente, nos hemos vuelto faraónicos con el susto y el culto de las palabras impuestas.

Parece que nuestra débil humanidad tuviera necesidad congénita de vivir periódica y permanentemente con palabras contrapuestas y poderosas.

Para las épocas, la yunta polar: cristiano-pagano, - apolíneo-dionisíaco.

Para todos los tiempos, el vocablo lapidario: eternidad, infinito, absoluto.

No puede ser.

Mientras sufra el hombre la imposición de los términos verbales, será regido por modas y por ideas hechas.

Esta rebeldía, esta osadía de Borges, está en el espíritu de los renovadores, de los que se ponen en los riesgos, de los que algún día nos van a enseñar a adueñarnos de la creación, ya que, según la sentencia de Emerson, el mundo pertenece a los descontentos.

Yo también, señores, me he insolentado siempre con las apariencias magnas sin contenido viviente. Y sobre todo, con esa palabra ETERNIDAD, estagnación sepulcral explotada por religiones y filosofías.

Declaro haberle dado "pellizcones" tremendos, tratando de restituirla a su vigencia esencial, a la movilidad crecedora, a la sorpresa circular...

La eternidad es la realidad más dinámica, "creciente" y actuante.

Trabaja y viaja con y en nosotros. Encendida oleada, de ella venimos.

A ella iremos, fundiendo nuestros desparramados destinos en coros ajustados.

Yo pediría a la maravillosa voz de María V. de Müller nos leyera LA GRAN NOCHE, poema de *Júbilo y miedo.*

Saltando en sus recuerdos vivos, puros y oscuros,
La muerte sólo es cambio de afinación filial.
La hemos hecho amorosa y ligera y liviana,
Y ya es la noche herida de nuestra luz mortal.

El corazón del hombre la ha tocado en el nudo
Escondido de Dios, y su profundidad
Es el imán tremendo de la esperanza seria:
Ya gozamos su música materna y abisal.

El hombre es hoy la luz heroica
En la divina oscuridad.
Todo vino de adentro de la maternidad
DE LA NOCHE SUBIENDO HACIA LA CLARIDAD.

¡Está ÁGIL DE AMOR VIVO LA ETERNIDAD!

¡Está ágil de amor vivo la eternidad!... Por aquí alcanzamos a Borges, a este gran Borges de alma revoltosa, de hostilidad arcangélica, de herejía sentimental.

Al cerrar su libro sobre la Eternidad, Borges repite una página estupenda de su libro *El idioma de los argentinos.*

Oigan bien en ella con qué ahondamiento juguetón Borges ilumina su intimidad hasta alcanzar la evocación recóndita, el dulce pavor.

Caten allí el idioma sutil y cómplice de esa menuda e interminable experiencia o aventura sin móvil, inesperada...

VII

Señores:

Se puede afirmar que el ambiente artístico que produjo en Buenos Aires la aparición de "Proa" es un nacimiento espiritual.

Todos sabemos que hasta ese momento en la Cosmópolis del Sur se vivía bajo la aprobación inevitable y constante de tres hombres, ilustres, pero muy exigentes.

El mayor de ellos y el de más autoridad: Leopoldo Lugones.

Imposible aparecer como individualidad interesante sin el espaldarazo del dictador artístico. Y ya sabemos que esto, en el océano de sorpresas y revelaciones estéticas, es un expediente peligroso.

Entiendo que los hombres hechos deben cobrar apostura apostólica, solicitud patriarcal, y ayudar los destinos nacientes, promoviendo la aparición de los INDIVIDUOS, sin la entrega neófita ni el estímulo obligante.

Fácil gloria es la de suscitar coros y ceñirse de ecos. Pero esto resulta destrozante. No es, no puede ser la misión despertadora de los maestros de conciencia profunda.

Más que un discípulo (una repercusión) lo que interesa esencialmente en el arte, como en todas las disciplinas donde se crea, es la "salida" de los acentos, de las expresiones flamantes.

Hay que agrandar el corazón para descubrir en los demás la Belleza, — asomo del alma, sostén y corona del mundo, — y gritarlo con alegría, terciando en su advenimiento y afincamiento individual.

...Otro de los magnos, Ricardo Rojas. Un sacro varón con su estampa de misionero indígena. Pero no la totalidad de las cosas.

Rojas que, como buen sabio provinciano, ha inventado su PALABRA, se ha quedado en última instancia como escritor benemérito y poeta de poco fuego, tan entrañado en preferencias locales y tendencias periféricas, que no ha tenido tiempo para ver más allá de los límites de su *Eurindia.*

...En último término, Arturo Capdevilla. Hombre de muchísima suerte. Desde su teosofía jurídica de Córdoba se largó a Buenos Aires a sugestionar con lirismo melodramático y a plantarse en autoridad. Y lo consiguió.

Capdevilla es el que se ha puesto más cerca de las vanguardias y del río avasallador de originalidad y liberación.

Pero Capdevilla está regulado por la vieja medida, por las ménsulas mentales finiseculares.

Imposible contar con él ni esperar de él una efusión solidaria.

Y aquí quiero decir que al hablar de estos tres hombres ilustres no lo hago llevado de ninguna pasión inferior, cosa imposible en mí.

Admiro a los tres. Pero censuro su actitud, su dureza o desdén hacia los amaneceres del espíritu, su tiesura dogmática, insoportable en el ambiente de los libertadores, que ha cambiado de destino, pero conservando el fondo saludable de rebeldía.

Los tres son hombres de América, figuras consulares de su nación. Pero ninguno de ellos se ha mostrado animador ni siquiera glosador pasajero de las nuevas orientaciones.

Es más. Lugones, reiteradamente, como un obcecado, manda esos varapalos de dómine desoído desde "La Nación" de Buenos Aires que resultan, para nuestro ilimitado sentido del Arte, una grotesca tentativa de imposición autoritaria.

Estos tres hombres, señores, como una línea media olímpica, incontrastable, perfecta, apoyaban hábilmente el juego o dejaban llegar a la vidriera solamente a aquellos que pasaban por la iniciación, no de su doctrina, sino de su manera de ser.

Llevados por una pasión natural muy noble, se consagraron a la formación de una literatura nacionalista.

La realizaron ahincadamente, pero sufrieron la limitación del horizonte que les cerró la visión y les cortó la relación universal.

Empezaron por donde empieza el árbol. Pero se quedaron en las raíces.

El ideal del árbol debe ser el reparto de sus dones y no el hundimiento en la sorda complacencia de sus dos pasos de tierra quieta.

...Un día apareció en Buenos Aires una revista: "Proa".

Nombres nuevos, formulación valiente, entrenamiento mental, sabiduría en ejercicio, CON RESPIRACION.

Los muchachos de esa casa rebullente se mostraron curiosos, generosos, extraños, cordiales en todas direcciones.

No exigían marbete. No imponían programa. Admiraban. Fueron, por eso, admirables.

Jorge Luis Borges fue el fondo y el aire en ese ambiente de desborde mágico.

El atrajo los mejores espíritus del mundo; él leyó y estudió las cosas y los hombres mentales de todos los tiempos; él sopló el fervor sobre su entrañable ciudad reconquistada; y aquel apostolado violento y necesario de "Proa" cobró tal persistencia y vigor, que el Buenos Aires de hoy —en último término y su valorización fundamental— es el Buenos Aires de Borges.

¡Bienhaya, pues, esta ocasión que me permite decirlo, y benditos sean los pueblos donde se abre una estrella interior de esa despertadora iluminación!

SANTA LUCIA

I

Al este, la torre bermeja de Anzoateguy; al sur, el triángulo blanco de la parroquia; al oeste, la carretera sonora y batida, y al norte, el río jovial y celeste con su prado democrático, con su talar antiguo y con las trémulas veredas de sus sauces que se detienen en las dos alas del puente...

Y en el centro de esta rosa sentimental, yo con ojos y alma colocado durante tres meses... tres meses de poesía y sosiego, de verso y baño, de juego elástico y recreo interior.

¡Hagiografía criolla!

En Santa Lucía se percibe el fluido benéfico de una PRESENCIA INVISIBLE. En el aire dulce y sensitivo corre el espíritu protector de una santa joven y vigilante.

Los reumáticos tiran su palitroque a los pocos días de alojarse allí; los neuróticos entran en armoniosa compasidad; los asmáticos abren las compuertas de la vida respiratoria; el insomnio rebelde se vuelve honda morronguera; como en los Descansos del maestro Espinel, los misántropos se desopilan. Las heridas todas se entregan, desaparecen... o se olvidan.

Se vive en un ambiente de leyenda piadosa y saludable.

Y esta influencia planea y actúa sobre seres y cosas.

La gente es de una condición patriarcal y pareja.

Nadie roba, nadie mata, nadie pelea. Yo no he presenciado ninguna discusión violenta. No puedo hablar de ofensas de monta.

Una vez perdí un lápiz de valor en la orilla del río adonde iba renovadamente la población a refrescarse con el abanico de las corrientes. A los tres días vine a hallarlo en el mismo sitio donde se me había caído.

Un amigo dejó olvidados en el bolsón de su auto, durante un día entero, títulos importantes y alhajas costosas. Al darse cuenta, como un poseído, corre a la calle a constatar el robo. Buen chasco se llevó. Allí estaba todo como lo había dejado. El vidrio de la portezuela abierto y los títulos y las alhajas asomándose, como una tentación...

Pero... ¿qué gente es ésta de Santa Lucía? — me preguntaba con asombro de cuento.

Me ha tocado en suerte sorprender personas que al ver en el suelo una moneda o una prenda cualquiera, no se agachan a levantarlas por temor a que se les acuse de apropiación sospechosa o de robo. Buscan al interesado, denuncian lo que han visto, avisan en las casas correspondientes.

Me he pasado semanas enteras tratando de dar con un policiano. La policía no es allí una necesidad dramática.

En la realización de unas carreras de bicicletas, me tocó presenciar las maniobras de servicio. Y lo hice con intención.

El oficial, el sargento y los varitas no hacían otra cosa que decir una palabra e indicar los lugares de estacionamiento. Todos colaboraban en el desenvolvimiento decoroso y vivaz del espectáculo.

Esto es Santa Lucía: una región de naturaleza cor-

dial y encantada y de sentido humano ejemplar. Un centro de belleza alegre y de tradición patricia con sus quintas antañonas, con sus caminos tranquilos que os llevan a tal poblacho, a tal residencia, a tal fuente, a tal seno de arena... Y sobre todo, con esa flor de dos pétalos celestes que canta el nombre de la comarca: florecita fina, sensible y pintada, como una pequeña mariposa detenida... Mariposa vegetal que aparece en todas partes, poniendo pupilas maravillosas en las veredas, en las casas, en las callejas, en la entrada del bosque, en los mismos muros y en el poncho de pasto de las zanjas.

Yo no conozco una estampa más rica en flores y en árboles. Flores de preferencia criollas y coloniales. Y el soláster de las dalias. ¿Y los árboles? Los que más impresionan son los pinos caseros. Los hay de todo calibre: desde el arbusto con su esmeralda naciente y líquido hasta el pino aéreo y navegante con su verde seco herrumbroso, enganchando las nubes y dando a los ojos una visión temerosa y titánica.

Me parece haber dicho todo y no he dicho nada.

Quiero acentuar esto: Santa Lucía es una porción uruguaya terrestre y celeste. Desalteradora. No es posible en su atmósfera la tristeza acerba, la idea torcida, el pensamiento impuro. Yo no sé si contribuye en algo la inocencia acústica. Lo cierto es que desde las afueras de la ciudad, cuando uno se acerca, se perciben las melopeas domésticas.

Indudablemente priva allí un espíritu eufórico. No se siente la gravedad impositiva que parece ser fondo anejo de la santidad tradicional.

Aquello trasunta el entusiasmo de una santa moza estimuladora: tintineo de plata sutil, roce de velo ce-

leste, arco iris en redoma, cítara cristalina de la luz, joyería de la noche.

II

Fundada a mediados del siglo XVIII por un destacamento de soldados paraguayos, Santa Lucía ostenta desde entonces un embalse de agradable molicie guaranítica.

Cuarenta ranchos militares fueron el origen de la población.

El contingente venía destinado a servir de apoyo en el "desquite" de la Colonia del Sacramento que soñaba con reparador encono don Pedro de Ceballos.

Como resultara "raigable" la idea colmenaria, se resolvió desde Montevideo darle categoría de pueblo novato al montón primitivo de pentágonos de adobe.

Y allá llegó un día el teniente de dragones don Eusebio Vidal a suministrarle el envión oficial de su crianza histórica.

¡Resonante lugar!

Nada menos que Liniers con el ejército que iba a salvar la capital del Virreynato se detuvo allí, haciendo escala de alivio en el camino al Puerto de Colonia.

Corto me he quedado. No he dicho toda la grandiosa verdad. Liniers, según una crónica que acabo de ver, desfiló ESPECIALMENTE con las futuras tropas reconquistadoras por las calles chacareras del infantil villorrio.

Doña Bernardina, la esposa andante de Rivera, llegó a ser proclamada en 1834 por una Comisión de categoría, Patrona del Pueblo, como una Santa viva y a caballo.

A la gloriosa Asamblea del 25 en la Florida y en carácter de departamento, envió como delegado a Simón del Pino, uno de los Jefes mayores de la Agraciada.

Se sabe que Rivera, antes de Cagancha, aseguró el ala más rápida de su ejército contra el Río y sus ejidos.

Pero ¿qué mejor ejecutoria que la de haber sido rincón de estancia de los abuelos de Mitre, Academia de Letras con Magariños Cervantes, casa de Armando Vasseur, sepulcro de Nicolás Herrera, chacra de holgorio para Bauzá y escenario de crecimiento para Rodó?

Justamente Vasseur, a quien acabo de nombrar, es un hijo de Santa Lucía con todas las de la ley.

Lo ha contado y lo ha cantado.

Criado en su centro, provocó alrededor de su ciclo escolar y de su adolescencia lírica, una leyenda de criatura prodigiosa.

La gente de pro predicamento lo llamaba, con orgullo provinciano, el "hijo del francés". El francesito, según acaba de decírmelo el mismo Armando, emocionado como un chiquilín.

III

En 1814 se detiene en Santa Lucía la prestigiosa delegación que había salido de Montevideo hacia Purificación con el designio de visitar a Artigas, ante quien iba a defender la causa del Cabildo.

La trilogía patriótica estaba integrada por don Antolín Reyna, regidor de menores, Fray Benito Lamas y el maravilloso sabio Dámaso Antonio Larrañaga.

Precisamente es Larrañaga quien anota en su Diario la situación primitiva de Santa Lucía, y describe el pasaje de la delegación por la picada de Juan Chazo con la ingenuidad apicarada del chico que hace la rabona por primera vez, — cosa propia en él siempre que describe sus andanzas fuera de los límites familiares de Montevideo.

Cuenta don Dámaso que intentaron vadear el paso en un bote gaucho de cuero. Imposible. Lo encontraron ensopado y con averías. Entonces un vizcaíno, botero antiguo y muy hecho a las maniobras de la época, les arregló el problema con cuarterolas y pipas y condujo enjuta la ilustre delegación a la otra orilla sobre la misma sopanda de caminos que los llevaba.

Cuando "reveo" este momento en las narraciones de Larrañaga, me echo a valorizar, con gozo evocador, esa estampa arcaica que desde el Paso de Juan Chazo vio nacer y crecer, no solamente a Santa Lucía, sino a la misma patria.

Me produce un erizamiento ancestral, como el que debió sentir Dante, cuando en los círculos de la Comedia se encontró con Cacciaguida, el trisabuelo.

O fronda mía, io fui la tua radice...

El vizcaíno planta la aspereza estética de una figura de Orcagna.

Por estos benditos tiempos Santa Lucía conserva, en estado caduco, un Cabildo de formidable tradición, el que, transformado en mansa capilla, sirve de casa de oraciones a los escasos y devotos vecinos.

En ese cabildo, según los cronicones y referencias orales, se administraba justicia al estilo de la que se usaba en la España del Siglo XVI; viéndose con

frecuencia la aplicación de los castigos feroces de Pero Crespo, el bárbaro Alcalde de Calderón.

Cerca del 40, nuestra ciudad insinúa su vocación de paraje señorial y turístico. Se han afincado familias de nombre claro y principal. En forma dispersa, pero condicionadas por el eje umbilical de la plaza. Familias de Larrobla, Latorre, Maturana... Hay una escuela de primeras letras a la que concurren descalzos y medio disfrazados veintiocho niños heroicos. Trabaja un carpintero con taller... El señor Goddefray de Montevideo ha hecho construir una mansión cercada sobre la misma plaza. Ese predio ordenado y céntrico es el arrobamiento artístico de los que lo contemplan. A él viene orgullosamente su dueño a pasar las temporadas de verano con su prole, los amigos y la parentela.

En 1839 se detiene en Santa Lucía la delegación legislativa que se traslada a Durazno con el fin de comunicarle a Rivera su elección para ejercer la tercera presidencia.

Esa Comisión llevaba asimismo el mandato expreso de la Asamblea de tomarle el juramento constitucional. La componían: don Alejandro Chucarro, patriarca de los primeros tiempos, —los diputados Sagra y Píriz y Benito Chain—, y llevaba como secretario a don Juan Manuel Besnes e Irigoyen.

Besnes ha documentado el viaje en forma pintoresca y a él deben recurrir los que quieran conocer las "figuras" y el ambiente visible del Santa Lucía de hace un siglo.

En 1855 Santa Lucía es visitada por el Presidente Flores.

Por esas calendas se dibuja en firme desde adentro

como pueblo con casco y molde definidor, con alma propia.

Poco después empieza Montevideo a desplazarse en verano con sus mejores familias rumbo al paraje cuyo nombre tira como un imán distante el corazón de aquellos días románticos.

Nace entonces la moda noble y romana de fundar quintas lejos de la urbe.

El ferrocarril, por su parte, colabora en este movimiento de buen tono y sabor clásico.

Y un día inolvidable, el 11 de julio de 1872, llega el primer tren a Santa Lucía, poniendo sobre su río dormido el soplo rápido de la locomotora y el juego de las bielas y las ruedas chorreando humo...

La candorosa costumbre patricia del veraneo se localiza con más vehemencia en la región favorecida por los ingleses.

Y ya presenciamos un torneo de buen gusto emulador: quintas de Mitre, de Lacueva, de Rebollo, de Alcoba, de Pernin, de Bauzá, de Gutiérrez, de Regalía, de De La Hanty, de Zaballa, de Capurro, de Magariños Cervantes, de los abuelos de Blixen, del padre de Rodó. Y los turistas que sufren la sugestión maravillosa del desplazamiento. Y lo que debe alojarlos y retenerlos en un plácido aliento de recreo: la fonda. La fonda en su acepción castiza: casa "limpia" de visitantes. Y ¿cómo se llamaba? ¡Ah qué lindo! Oigan bien: FONDA DEL FERROCARRIL. ¡Si tendrá poder en los pueblos novatos el Polifemo de los rieles!

A esta casa *pioneer* vinieron a pasar temporadas resonantes las familias más empingorotadas y campanudas de Montevideo.

Pero resultó insuficiente. Y un buen día don Ramón

Suárez establece la Sucursal del Hotel Oriental de Montevideo que, andando el tiempo, habría de transformarse en el muy conocido y celebrado Hotel Biltmore. Todavía este hotel abre sus brazos grandes para recibir los viajeros que salen de la estación o se vienen por los sosegados caminos de entrada y las blancas carreteras tamboreadas.

Los viejos vecinos de Santa Lucía cuentan con vanidad local que en el primitivo Hotel Biltmore, no sólo se han alojado Presidentes del Uruguay, sino mandatarios de otros países, entre ellos Juárez Celman, el famoso gobernante argentino, atacado por la revolución radical.

IV

Dos quintas se conservan que detentan el nombre de sendos personajes clásicos en las letras de la nación.

Una de ellas es la quinta de Magariños Cervantes, nuestro patriarca literario de la segunda mitad del siglo pasado.

La otra fue la residencia donde hizo los primeros pininos y pasó de los limbos de la infancia a la vida José Enrique Rodó.

La finca de Magariños Cervantes se halla en un estado de apagamiento que apena. Pero que no le hace mal. Estoy por decir que le sienta bien, porque pone así el símbolo adecuado al destino que ha sufrido la poesía del propietario y a la época en que se manifestó y dominó.

Todavía sostiene la corona octogonal de su mirador sobre los anchos hombros de sus viviendas.

Es una imponente mansión de un cándido mestizaje estilístico que recibe la luz del cielo en oscilante asalto

circular, deteniéndola golosamente en la copa geométrica de su torre.

La quinta del padre de Rodó es un inmueble vivo que da sobre la calle principal, con un jardín abundante al frente y un enrejado a lanzas sobre la vereda.

Hace unos días estuve en Santa Lucía y fui con Pitila, mi compañera, a visitarla, armado de nuestra Kodak.

El hijo del actual dueño me contaba que al frente del jardín y formando cabezal a la calleja íntima de las casas erguían en otro tiempo dos cipreses el triángulo de sus velas ensimismadas.

Y me siguió diciendo que los taciturnos mellizos quedaban muy bien sobre las rosas y establecían una influencia de fijeza y signos.

Rodó pasó su infancia al lado de estos emblemas que dan el secreto de su estilo.

Sosiego armonioso de ciprés sobre rosas que se renuevan...

Yo no quisiera sutilizar, porque esta página no va a eso. Pero percibo el espíritu de Santa Lucía en la obra de Rodó.

V

Y ahora van a desfilar tres personajes de Santa Lucía.

Habrá otros más sabios, más serviciales, más pintorescos.

No los conozco.

Son tres figuras de poesía y humanidad.

Empecemos por el negro Toribio.

Toribio es el Santón y el cronista de Santa Lucía.

Su centro estratégico es la Parroquia.

Desde allí se mueve y reparte las noticias.

Premio al mérito es esto.

Oye misa con los primeros gallos.

Pillín como es, lleva consigo, invariablemente, un juego de té para rifar.

Esa rifa picaresca, según los malintencionados, es el caso repetido del mismo milagro: el negro saca siempre el juego de marras con el número bendito que se anota, — y cada mes lo porta a la rifa callejera en el envase virgen de su caja de lujo.

Ya todos están en el sainete. Y ayudan, con buen humor lugareño, al retinto curtido y suave como yuyo sufrido.

No hay casamiento, no hay bautismo ni velorio que el negro Toribio no sepa.

Es más: da informes de todos los enfermos, de los forasteros, de los preparativos para cualquier acontecimiento; de los noviazgos que se inician y de los párvulos que nacen.

¡Ah negro macanudo!

Sin Toribio, Santa Lucía carecería del más fuerte y leal color humano... y de su boletinero.

...Y aquí tenemos al compositor de vehículos don Agustín Soca.

Es el herrero infatigable.

Yo lo llamo desde hace mucho tiempo médico de los caminos, cirujano de las ruedas.

Una carreta se ha detenido en el Paso de las Brujas.

Se le ha quebrado el eje.

Hay que traer a Soca.

Y allá va el maestro tiznado a poner en marcha, de nuevo, la monumental tortuga gemidora.

Por el puente corre un muchacho comedido a buscar al mago del movimiento circular.

Un auto anda "rengo" de una rueda de atrás.

El médico de los caminos da unos toques, unas vueltas de llave, unos leves martillazos, un poco de aire...

Y vuelve el volante a trepidar sobre la carretera.

A toda hora del día llegan a su taller, salpicado de malvas y claveles, camiones torcidos, carruajes averiados, carros tropezadores, bicicletas flácidas, carrindangas, carricoches, remolques penosos...

Vienen a la sala de operaciones.

Y de allí salen roncando, gritando, campanilleando, como salvados o resucitados.

El maestro traza un círculo de llamas.

Pronto se cuaja un arco de humo y boñiga, donde son colocados, como en un rito laborioso, las ruedas heridas.

Golpes, ajustes, masajes.

Y de golpe, como en los cuentos, las ruedas se incorporan y amenazan con irse.

El maestro y sus hijos se abalanzan a sujetar los enfermos restaurados que ya sienten la invitación del camino, como una cosquilla.

Yo lo he visto en el trajín continuo y reparador. De aquí para allá. Envuelto en ruedas, golpeando ruedas, llevando ruedas, rodando, entre risas y chanzas, por todos lados.

Y lo he sorprendido en ocurrencias inverosímiles: componiendo triciclos de niños o mirando, como genio de juguetería, la manera de volver al movimiento un auto diminuto empotrado en moldes de curación.

Siempre que lo veo en el centro de sus maniobras, me acuerdo del herrero de pueblo de Longfellow.

Como en el poema del viejo Henry, Santa Lucía se despierta con el campaneo de su yunque.

Los chicos que regresan del colegio se acercan a contemplar las flores coloradas, celestes y amarillas de la hornalla regulada por el fuelle.

And children coming home from school
Look in at the open door;
They love to see the flaming forge
And hear the bellows roar...

La herrería de Soca reproduce la humilde y conmovedora poesía de Longfellow.

Y a tal punto se juntan en mí la reminiscencia cultural y la visión presente, que más de una vez se me han escapado del pecho, boca afuera, los últimos versos del Patriarca:

Thanks, thanks to thee, my worthy friend,
For the lesson thou hast taught.

...¿Y aquel auto que lleva al volante un hombre blanco?

¡Ah, por algo va tan ligero!

Es Mateo Legnani, el otro médico, el de las criaturas bípedas y pensantes...

Blanco el cabello, blanca la mostacha italiana, blanco el guardapolvos y blanca el aura de ese varón de sacrificio que lleva un alma clara, como una luna sentimental.

Con él quiero cerrar esta página. Con su abnegada velocidad, con su albura en ejercicio.

Ya lo veo gritar, alarmado: — Pero si este hombre

me pone en la zona feliz de los milagros ¿qué me deja para hacer?

¡Ah don Mateo! Los santos tienen su límite de intervención en nuestras cosas. Confórmese con saber esto: usted cura lo que la santa epónima no puede curar.

Hablando en serio, Legnani es uno de los escasos varones que han hecho de su vida una columna cálida de armonía.

Imposible contar con él para asuntos sin vuelo, para actos sin trascendencia, para el asomo de una traición, una crueldad, una herejía, un traspié cualquiera.

No. Legnani vigila como un asceta sus pasos.

Parecerá fanático, ocurrente, atravesado, hasta absurdo.

Pero don Mateo es la blancura de adentro para afuera.

El hombre cabal de Santa Lucía.

1939.

FLORENCIO Y BATLLE

I

Mi viejo amigo don Emilio Sánchez Castellanos acaba de pasarme un documento, no solamente de importancia histórica, sino de emocionante calidad humana.

Es una carta de Florencio Sánchez, la última, según se me asegura, que escribiera el genial dramaturgo.

Viene dirigida a don Teófilo Sánchez, padre de don Emilio y figura militante en letras y periodismo, a quien solían recurrir nuestros intelectuales cuando silbaban los bolsillos flojos y la necesidad apretaba.

Tío de Florencio y muy camarada suyo, a él acude el corpulento y desmedrado indio en términos que dan — como cosa de Sánchez — pena y risa.

Hecho a privaciones y duras semanas, Florencio no era hombre de soltar elegías a la miseria.

Ya con el pie en el estribo final, la vieja palabra curtida le viene a la boca, y pide con desespero y gracia, como un iniciado en la Picaresca criolla.

Solicita con dignidad. Con patética dignidad. Porque invoca lo suyo. Y hace caudal hasta de su vida.

"Vende mis obras vendibles. Véndeme a mí"...

Le ha dicho un mago galeno, de esos que fácilmente sugestionan a los suramericanos en Europa, que con una estada de un mes o mes y medio en Suiza, puede rehacerse, curarse, salvarse. ¡Salvarse!

De ahí la congojosa esperanza, la alegría áspera de zamarrear al tío.

Necesita mil quinientos francos enseguida para comer y... por decoro. Le da vergüenza seguir capeando los almuerzos. Tiene miedo de hacer una barbaridad.

Pide porque está exhausto. Pero ¡con qué delicadeza espantosa!

No digas nada... Así, con pudor gaucho.

El documento de Sánchez es un espejo entrañable.

Se puede seguir como un monólogo en el que EL es la víctima central.

Horror a la pluma, a los libros, a los diarios. Neurastenia. Insomnio.

El estilo directo y desgarrado, COMO VOZ DE LA HERIDA.

II

Dios se lo haya perdonado. Para mí, Samuel Blixen mató a Florencio.

Un poco en broma y un mucho en serio, vamos a explicarlo.

Por aquellos candorosos tiempos andaba una frasecita incontrastable.

Si alguien hacía algo extraordinario en arte, la recomendación cerrante de la crítica era: para perfeccionarse necesita un viajecito a Europa.

Blixen detentaba un doble aspecto de Sainte Beuve y Jules Claretie.

Animador jerárquico, vigía y revelador de los percances estéticos de nuestra plaza.

Acababa de representarse *Los derechos de la salud.*

Aplausos, elogios, abrazos. Apoteosis casera.

El dinámico Suplente escribe una de sus mejores páginas.

Sánchez era un Sudermann, un Ibsen, un Strinberg. Desconocido... Malográndose...

Para hacerse un valor universal era menester el viajecito...

El impresionable Florencio ya no oyó ni vio otra cosa. Ir a "redondearse" a Europa. Pisar el Continente lustral. Volver, después, a demostrar que el poeta español tenía razón.

Con ir un mes a París
Y almorzar con Víctor Hugo,
Vuelves y pones el yugo
Literario a tu país.

¡Pobre Florencio! El era muy sugestionable. Pero no servía para eso.

A los pocos días de verse en el mar, se le oye decir brutalmente: — Yo no sé cómo la gente se encanta con los viajes por agua. Ando aburrido y rabioso. Parezco un condenado. No veo más que olas y nubes. ¡Qué vaina!

¿Quién concibe a Sánchez sin la mesa del café, los amigos y la calle?

Llega a Europa. Frecuenta lugares y sectores mentales. Y se da cuenta de que no le hace falta nada. De que, frente a esos escritores hábiles y muy bien educados, le sobra todo. SE SOBRA de verdad.

Ya era tarde.

Le prometen traducciones, representaciones, consagración.

¡Iluso! ¿Qué podría interesar a las logias artísticas y a la industria oficial de la crítica europea un autor teatral del Uruguay?

Y son, precisamente, *Los derechos de la salud,*

aquella dolorosa comedia que celebrara Blixen, los que lo engolosinan, humorísticamente.

Niccodemi se los traduce y los entrega al Antoine de París.

Allí quedarán... como los derechos reales de la salud de Florencio en Milán.

Debo esperar, dice. Todavía esperamos...

III

Y ahora, a lo que más nos interesa de la carta en este momento.

Batlle y Sánchez se encuentran en Europa.

A Batlle nadie le recetó el viajecito...

Había desempeñado la Presidencia de la República, y se dedicó a recorrer el mundo, como Solón, para traer experiencia universal al alma de su país.

Quince días estuvieron en "continuo contacto".

Florencio cobra presencialmente una impresión grandiosa del Maestro.

Batlle, a su vez, se da cuenta del demiurgo que ha plantado en escena tanta creatura perdurable y le dice que lo necesita. Que se venga con él al Uruguay. O cuando inicie su gobierno. [1]

"El hombre ha tomado un buen camote conmigo. En cuanto a mí, me siento realmente entusiasmado. Creo que hará una gran Presidencia."

Vamos por partes.

Florencio es de cuna blanca.

---

1 La carta fue escrita por Sánchez poco tiempo antes de su muerte.

Como se sabe, Florencio Sánchez falleció en los primeros días de noviembre de 1910 y Batlle empezó a ejercer su segunda Presidencia en marzo de 1911. No pudo ser.

Nace y se cría en un ambiente inflamado de caudillos con divisa y hazañas mentadas.

Apenas le asoma el bozo, salta voluntario a caballo y sigue el color de su familia.

Se halla en Arbolito. Ve y sufre de cerca la dureza moral y la angosta inteligencia de los conductores campesinos.

Aquello le trabaja adentro.

En la ciudad se consagra al periodismo y a la lectura tentadora, angurrienta, emancipadora.

¡Adiós, partido! ¡Adiós, miserias separatistas!

Los asuntos humanos, el destino del hombre, la psicología social, el porvenir de América.

Esto vale la pena.

Basta evocar así rápidamente los pasos, para dar con la clave rítmica del acercamiento en esta integración providencial del apostolado.

"Batlle me necesita."

¿Cómo no iba a necesitarlo, si cuando se produjo el encuentro ya la primera legislación batllista y el teatro de Sánchez se habían dado la mano?

¿Cómo no había de buscarlo Batlle que seguía rumiando la reforma civil y la transformación institucional de su país para su segunda presidencia?

¿Cómo no había de llamarlo Batlle, cuando se sabe que en aquellos momentos planeaba la creación de agrupaciones artísticas con el alto fin de darle brillo clásico a la nación?

¿No fue Batlle el creador de la primera orquesta sinfónica? ¿No pensó en nuestro teatro estable con Sánchez en el centro?

"Creo que hará una gran Presidencia."

Esto, en Sánchez, es de una grandeza, más que con-

movedora, solidaria; "cómplice", como solemos decir dándole categoría mágica al vocablo.

Impresiona de veras el allegamiento de estos dos gigantes madrugadores que el Uruguay ha dado a América.

Impresiona por lo inesperado.

Yo declaro que recién me entero de este ENCONTRONAZO y de esos quince días de frecuentación trascendente.

Teníamos la gloriosa confirmación de la confluencia. Pero en forma coincidente y apartada.

Aquí el documento nos presenta una temperatura de conciencias que se reconocen, fusión vocacional en dos sombras sustanciales que se abrazan.

Que se abrazan físicamente, como lo exige el rito de la tierra.

Sánchez profetizó seguro al referirse a la segunda presidencia de Batlle. Porque lo hizo como se precisaba para que no fallara la palabra anunciadora: desencarnándose, aligerado de pasiones cegantes y de cálculos menudos.

Así, una carta caída por casualidad en nuestras manos nos ha reproducido una de las vigencias más lindas que ha podido regalarnos el vaivén simpático de la vida: Batlle y Sánchez durante quince días hablando, planeando, soñando...

Tenía que ser así.

Santa Lucía, marzo 1942.

TRES NEGROS ORIENTALES

Artigas quería que fuésemos orientales.
Esto de uruguayos no nos viene de los orígenes.
El que acertó fue Lussich con su tres gauchos.
No vamos a ser menos.
Aquí se acercan tres negros orientales.
Terceto de retoños del afro, de lo más nuestro, de lo entrañablemente oriental.

EL NEGRITO MONTEVIDEO

Tengo para mí, que si hubiera estado gobernando en el Paraguay Carlos Antonio López en vez de Francia cuando Artigas entró en busca de refugio y reposición, se hubieran entendido, se habría salvado la Federación Platense, y el Paraguay, aliado cordialmente a nuestro caudillo, habría participado de los ríos interiores de las Provincias y en el camino universal del Río de la Plata.

Hubiéramos sido muy otra cosa el Paraguay y nosotros. Y se hubiera evitado esa peligrosa hegemonía de Buenos Aires, que desde el coloniaje nos tiene a los saltos con sus reacciones negativas.

Bueno. Ya está todo hecho, consumado y... consumido. Y... bien caro se ha pagado el desaire de Francia a nuestro héroe madrugador.

Decimos esto, por la corriente simpática que se estableció en 1845 entre el mandatario paraguayo y nuestra República.

El gobierno de la Defensa que — hace precisamente

un siglo — había abolido la esclavitud negra en forma terminante, tuvo la admirable ocurrencia o corazonada de reconocer oficialmente la presidencia del primer López.

Esto produjo en el amplio estadista guaraní otro reconocimiento vivísimo.

Queriendo jerarquizarlo, trató de que el máximo caudillo oriental viniera a alojarse en una mansión digna de su rango en la ciudad de Asunción, de donde había salido en 1820 para Curuguaty entre sacristanes y duendes del Supremo Teólogo don Gaspar.

Artigas se rehusó a encajonarse en la ciudad asunceña.

Soy hombre de distancia y vientos, — contestó.

Entonces, don Carlos Antonio le hizo proponer hábilmente una de su chacras. La más pintoresca de las tres estampas fronteras a la capital que poseía.

El anciano caudillo aceptó.

Y ahí lo tenemos en los naranjales de las Salinas, en vecindad con el Exmo. señor Pimenta Bueno, Ministro del Brasil en el Paraguay y de la familia patriarcal del presidente hospitalario.

...Cuando Artigas entró al Paraguay llevaba dos negros. Uno de ellos, muy conocido y celebrado. El asendereado Ansina. El otro se apodaba Montevideo. Nada más. Y nada menos. El morenito Montevideo.

Un duelo, que se volvió herida despierta, le costó la separación.

—Obedéceme, negro. Con Ansina me basta y sobra. No me dejan llevar otra persona. A tí te tienen recelo. Dicen que eres demasiado pulga. Quédate en Asunción. Algún día nos vamos a volver a ver. Hacé caso.

—Tá bien, mi general. Me quedaré. Usté sabe mejor que yo lo que hace. Usté sabe cómo lo quiero...

Y se quedó llorando duramente. Para adentro. Como los negros de ley.

Montevideo, desde ese día, no supo más nada de su jefe. Pero lo presentía vivo... y prefiguraba el encuentro... en alguna parte... el día menos esperado...

Se dedicó a cuanto oficio le vino a mano, con el fin de allegarse la pitanza. Hasta que se acostumbró a tejer y vender sombreros de sombra.

Llegó a ser el sombrerero más listo y macaco de la Asunción.

Cascabel de carbón, — solían decirle.

...Una mañana andaba el trágico caudillo con el fiel Ledesma arreglando sus bártulos y trebejos en los caserones de las Salinas, cuando, de golpe, limpiándose los talones en el leño de los umbrales, grita una voz:

—Compelmiso, mi general.

Y ya no se vio más que una escena: un negrito ceniciento que se abalanza sobre Artigas. Se hinca ante él. Le besa las dos manos y se las moja con salmuera clamorosa.

—¡Al fin lo vuelvo a ver, mi general, antes de morirme!

¡Qué dicha! ¡Qué lindo!

Le juro que ahora, aunque me eche, no le hago caso.

Yo solo sé lo que he pasado sin verlo estos 25 años...

Dígale a Ansina que me entregue el mate.

Desde hoy me toca a mí servirlo.

FELICIANO GONZALEZ

—¡Abran! — ¡Abran! — ¡Abran!...

Así gritaba un chasque, mientras golpeaba con el argollón del grueso rebenque el Portón de San Pedro, montado en un caballo resoplante y hostigado.

¡Gloriosa noche para Montevideo esa del 29 de diciembre de 1839!

...Terminada la batalla de Cagancha, el general Enrique Martínez había redactado el parte de la victoria sobre el cuero caliente de un tambor.

Enseguida, al devolverle el mate, le dice a su sargento de órdenes:

—Feliciano: el comandante Tula te va a prestar el alazán. A raja cincha, vas a llevar la nota al gobierno. ¿Te animás?

—Mande nomás, mi general.

—Aquí tienes el documento. ¡Buen viaje!

Rápidamente el oscuro preparó el caballo aguantador y celoso.

Montó como un elástico. Y dando espuelas, arrancó rumbo a Montevideo.

Al empezar un tarareo en el camino, se dio cuenta de que sus 19 años tomaban importancia legendaria.

Troloró... troloró... tacatá...

—¿Qué pasa, moreno? — ¿Qué pasa?

—Ganamos... ganamos... ganamos...

Así dejaba Feliciano al galope la alegría aliviadora por donde seguía.

También ¡qué notición!

Rosas, corporizado en Echagüe y Urquiza, adentro del país... Y acercándose a Montevideo, incontras-

tablemente, con el infierno, suelto, y cebado, de los VIOLINISTAS provincianos.

...El jefe político de la ciudad — ¡qué tiempos, señor! — andaba con su farol fantasmal, recorriendo los muros, cuando oyó los argollazos y los gritos del chasque oficial.

Se asomó sobre el caballete. Y aplicándole al retinto la linterna, lo reconoce.

—¿Qué escándalo es este, negro loco?

—Pero abran de una vez. Ganamos. Vengo de allá.

...La gente de plaza, que ya estaba prevenida con la llegada del teniente Chaná, se agolpa sobre el portón de entrada.

A una palabra de don Luis Lamas, se abren las hojas bruscamente.

El negro tiene que apearse para entrar. Tal como ve al pueblo, teme que lo desmonten.

Con el caballo por la rienda, endereza al Fuerte.

—Ganamos, ganamos, ganamos. En toda la línea.

—¡Viva el general Rivera! — estalla el vecindario, haciéndole procesión ardiente.

—También, cuando sepan...

El negro, precedido por el Jefe Político y envuelto por la multitud, llega al Fuerte.

Allí se encuentran los primeros hombres del gobierno con patriótico despabilamiento. Don Gabriel Antonio Pereyra, don Santiago Vázquez, Pancho Muñoz, el general Rondeau, Manuel Herrera y Obes...

Feliciano se acerca osado al presidente en ejercicio, desenfunda del pecho el parte que le ha confiado su general, y se lo entrega.

Don Gabriel descabeza el sobre, lee lo escrito en el documento, inflamándose, y grita:

—¡Victoria completa!

—¡Viva el general Rivera!

Irrumpe una banda de música, no se sabe de dónde; se alza una tribuna, se encienden hogueras, se abrazan los ciudadanos.

Banderas, cohetes, dianas, ¡hurras!

El negro se siente orgulloso, porque se ve la figura central del acontecimiento.

Se larga a llorar. ¡Negro flojo, caray!

—Bueno —propone Santiago Vázquez—. Hay que hacerle un regalo popular a Feliciano.

Inicia la colecta. En un momento junta centenares de pesos.

Todo aquel dinero, que repica agradecimiento, va a parar al hoyo del capacho que sostiene Feliciano por el barbijo.

—Gracias... gracias... gracias.. —dice el negro, tartajoso—. Pero yo no sirvo por plata, señor. ¡Sépanlo!

Intenta tirar a la marchanta el dinero instantáneo.

Rondeau lo abraza y lo detiene.

—No seas mal agradecido.

—Si es así...

—Y ahora — resuelve don Gabriel Antonio Pereyra, — hay que extenderle los grados de oficial al morenito.

—Apoyado. Sí, sí. Bravo, bravo...

—Basta —estalla el negro sollozando—. ¡Basta! Yo no quiero ningún grado, señor.

—Pero ¿por qué? — le pregunta el presidente en ejercicio, desconcertado.

—¿No ven que si me hacen oficial me van a separar de mi jefe? ¿Quién le va a cebar mate? ¿Quién le va a cuidar el caballo? ¿Quién lo va a servir?...

...No tardó mucho Rivera en saber el rechazo conmovedor del negrito.

—Tal vez ha hecho bien. ¡Qué diablos! El día que obligué a mi pobre Yuca a ser oficial, me lo mataron.

¡Ah, mi don Frutos! Pero... ¿qué se le ocurre ahora?

Está usted pasando revista a sus tropas fieles y se empeña en que el negro Feliciano González acepte el galón de alférez.

Montevideo... 1846...

El negro lo mira intrigado. No se anima a desobedecerlo. A recordarle...

El alma bien nacida de don Frutos no se ha olvidado de Yuca.

Se acuerda, en aquel momento de prueba, del chasque que trajo a Montevideo el triunfo salvador de Cagancha.

RAMON PEREIRA

Vengo por Sarandí, manzana del Cabildo, y al llegar a la esquina de Bartolomé Mitre, veo en una vidriera, empotrada en forma de hornacina, un cuadro de colores escandalosos y lindos, como de isla australiana, de crepúsculo en tormenta o de redoma volada.

COMPARSA DE NEGROS... dice la leyenda que lo anuncia.

Pero ¿cómo es esto? ¿De dónde sale esta joya violenta? ¿Quién es este Ramón Pereira? ¿No será el títere de mi escuela?

Sigo despaciosamente. Y en otra vidriera de un saloncito estilográfico me detiene un dibujo a pluma.

PIQUEN NIQUEN... Fiesta de Negros.

¿Autor? ¡Ramón Pereira!

Se me allega el gerente de la agencia. Y al verme con los ojos de punta sobre el cartón, explora, palmoteándome:

—¿Qué le parece?

—Pero dígame usted una cosa. ¿Conoce a este señor Ramón Pereira?

—Ya lo creo.

—¿No será, por broma de la vida, un compañero de banco que tenía yo allá en mi Treinta y Tres escolar, a quien llamábamos "el títere"?

—Que ha de ser su títere, compañero. Es un negrito joven, muy simpático.

—¡Ah!

—Y si quiere conocerlo mejor, cruce a la vidriera de enfrente.

Como un voluntario, hago la diagonal. Y me enfrento con un cuadro, más que estupendo, INESPERADO.

EL ULTIMO CANDOMBE...

¡Ay! Ahora me explico la diferencia que existe entre los colores de la sangre y los de la memoria.

Aquí no se trata de Figari, el revelador bromista y genial de los temas afrorrioplatenses.

Este pintor saca de genuina herencia la coloración. Le viene de los glóbulos heridos, o tocados, para decirlo con gusto místico.

Figari es artista mnemónico.

De los limbos infantiles surge la evocación humorística.

Una deformación onírica y lírica presenta el baloteo de sus imágenes de achicoria y esguince, dando realidad nebulosa al aliento taumatúrgico.

En Ramón Pereira el problema es más infravertido.

Los negros le salen de lo que llaman los cuidadores o pastores morales de su raza "la clase".

De ahí se aparecen las figuras y las ceremonias con esa seguridad de resortes y flexiones que sólo el pulso de un negro inspirado puede soltar desde el fondo soplado de la identidad racial.

...Mi afán de conocerle mejor el estilo, me hace dar enseguida con trabajos suyos desparramados.

En creciente engolosinamiento, no visito, sino que "cato" el juego, la colocación y la estridencia mágica de SOCIAL, ENSAYANDO, JAZZ-BAND — ¡este arco iris pasado por terciopelo! — Y me impresiono en serio, hasta conturbarme, con el terceto de SABAS, BALDUINO y JONAS, y con esa tela tremenda de la MADRE NEGRA...

Después... lo que puede esperarse de un hombre explosivo y sentimental como yo.

Días y días buscando la real persona de Ramón Pereira en las últimas semanas de recordación redentora, en que se celebraba el centenario de la abolición de la esclavitud en el Uruguay.

Un morenito amigo — yo soy muy negrero — me aconseja la manera de pescarlo.

—Está de portero en el Banco de Seguros.

¿Portero? ¡Ojalá! Limpiador vergonzante, señor.

Tuve que irlo a ver en hora contrabandeada.

—Trate de hablar poco y dejarlo, porque nos puede ir mal.

Así me aconseja un portero gaucho, al bajármelo de no sé qué piso, donde andaba de limpieza, después de cerradas las oficinas bancarias.

—Venga, señor. Aquí estoy.

Entro en un ángulo estratégico de sombra. Y lo abrazo.

—Celebro de conocer un gran artista.

El negrito, congojoso de alegría.

—Es usted muy bueno, señor. Créame que nunca olvidaré este honor.

¡Ramón Pereira de limpiador en un Banco!

—Dicen que el morenito vale.

Ya van a ver nuestros hijos o nuestros nietos la desaparición de este montón de miserias que forman los blancos felices, angostos y egoístas, que nada saben ni quieren saber de los milagros del espíritu en nuestro Uruguay.

Sobre ellos va a blanquear — sin fatiga ni tiempo — el nombre de este negrito suave y maravilloso.

Diciembre 1942.

JULIO HERRERA Y REISSIG

(Palabras dichas en el homenaje de los poetas uruguayos)

Me parece verlo, al crepúsculo, subir los anchos peldaños de entrada a la Catedral, la tarde que fue a contemplar los Frescos de Collivadino en la Capilla de los Dolores.

Bastón macará debajo del brazo, guante descalzo en la mano, con la elegancia inalterable de su vida y la irradiación temerosa de un arcángel...

Todavía lo recuerdo, detenido en mis mejores visiones de mocedad.

Su nombre era piedra de toque y escándalo en "peñas", veladas y paliques. En la calle, en la plaza. En la mogigatería mental de aquellos días...

Poeta bien adorado, escarnecido, compadecido.

Le conocí admiradores que lo recitaban fuera del mundo. En éxtasis.

Oí más de una vez a gazmoños solemnes adjetivos de horror, palabras de lástima. Lo más que le concedían iba en la lamentación suficiente: Es un MALOGRO.

La culpa estaba en la morfina. Por eso dice tan horrendos disparates.

¡Pobre Julio! Lo de la morfina es tan humano y explicable...

Remedio mágico era, no estimulante absurdo y peligroso.

Julio nació con un corazón mínimo, como una semilla. Pero como una semilla de esencias.

Ese corazón iba a ser el protagonista escondido y desacordado de su vida.

Los dolores buidos de su arritmia cardíaca — tropiezos de reloj hostil que él sublimó en lírica metafísica — exigían el calmante diabólico del estupefaciente.

Y entonces venía la morfina, como hada de geranios y malva, y aliviaba aquellas agudas angustias de su pecho.

Aprovechando, con astucia heroica, esas treguas, el poeta "disparaba" sus ocurrencias agazapadas, sus venas mensajeras y arcanas.

Y así merced a la droga maldita y benéfica, Julio pudo crear.

Pero el hombre auténtico que se identifica con nuestra entraña terrestre, era de una salud intelectual y moral maravillosa.

Julio fue bromista, callejero, conversador, andaba en las menudencias domésticas y sociales, vivía con sus amigos, tocaba prodigiosamente la guitarra.

Yo tuve la suerte inolvidable de intervenir con él en el homenaje a Alcides de María.

Fue pocos meses antes de su muerte. Yo era muy joven. Pero bastante osado.

Había escrito una silva patriótica interminable, surtida de bronces, de héroes y de mitología.

Y allá por los finales de la recordación numerosa, me abrí cancha como pude, me allegué a la placa bruñida y espeté a la devota concurrencia el sartal de barullos que llevaba.

Julio, encantado de mi atrevimiento, se me acerca, ya flácido y doblado por la congojosa enfermedad.

Se me acerca, como repentino hermano mayor. Y me dice, abrazándome: — Muy bueno, che.

Todavía oigo en el centro del alma esa estimuladora aprobación. Y el abrazo —hoy lo veo— no era para mi tirada gárrula, sino para una juventud que se abría a codazos camino, con el fin de establecer una hazaña lírica.

* * *

Y un día, lo temido y tenebroso.

—Ha muerto Julio en los brazos de Julieta y Schumann.

Entro por el portoncejo de la calle Buenos Aires al velorio. Y sorprendo una escena inmóvil y actuante que no dejaré de recordar nunca.

Angel Falco, el poeta popular de moda, con sus melenas crinadas sobre los hombros, con sus bigotes carbónicos y robustos, con sus lentes densos y el clavel reventón de todas las horas rojeando en la solapa, se mantenía rígido y trágico, montando guardia de honor sobre la cabeza quieta del IMPERATOR de la Torre de los Panoramas.

Después... ese entierro inapercibido y raleado al que sólo asistimos una veintena de amigos.

En homenaje a la hermosa verdad hay que decir que el rito cementerial fue presidido por la figura patricia de Zorrilla de San Martín, quien, a pesar de venir del centro más encendido del romanticismo, sentía una inclinación vigilante hacia los valores modernos más discutidos.

Casi todos los asistentes hablaron esa mañana.

Y aquí el detalle de sugestión simbólica y humorista.

Habló José Luis Panizza, futuro autor de la letra del tango Julián.

Poco antes de fallecer, Julio, en una crisis violenta, había dicho: — Si no fuera católico, me abriría las venas.

Panizza, imitando a Petronio, se animó a consumar lo que Julio — tal vez por estoicismo estético más que por temores de parroquia — no quiso hacer. Se suicidó, cortándose las venas...

Y el dios despertará nadie sabe en qué día,
Nadie sueña en qué tierra de glorificación.
Si se durmió llorando, que al despertar sonría..

Anticipaba así Delmira estos momentos clásicos que estamos viviendo.

Sabemos hoy que el dios está despierto. Y que este día le pertenece.

Y sabemos más por suerte. Sabemos que la tierra de glorificación es su mismo Uruguay, que acaba de hacerse digno de Julio Herrera y Reissig.

Y bien, señores. Esto dice mucho más de lo que vemos. Quiere decir que nuestro pueblo se ha afinado y ascendido tanto, que ya sabe sentir en su entraña — simpáticamente — la certeza recóndita del verso revelador.

Pero hay algo más desconcertante.

El ambiente oficial lleva en este Jubileo la dalia mayor de las ceremonias.

¿Que ha pasado para que este milagro sea visible?

¿Cómo es posible que la gente de gobierno que hasta hace poco vivía separada de las cosas estéticas decida la apoteosis de un poeta tan fino y oculto?

¿Cómo desde ahí, desde donde se negó en vida al

divino lírico toda consideración y ayuda, sale hoy el reconocimiento reparador, la palabra trascendente que busca la fusión de la existencia nacional de la cumbre jerárquica al valle sensible y delicado?

¡Ah! Es que a veces los poetas desaparecidos suscitan apariciones necesarias. Cuando son el Espíritu libre y militante.

El Espíritu, así, rige el acontecer desde sus intenciones infinitas.

Y el Espíritu ha resuelto que hoy Julio vuelva a su tierra para magnificarla. Que vuelva en verso, en recuerdo y en esencia.

Nada más quiero decir. Es esto tan alto y puro, tan INESPERADO, — que nos parece andar sobre tiempo de sueños...

Marzo 25 de 1943.

FIN DEL TOMO I